

Triunfo Arciniegas

Dulce animal de
compañía



Triunfo Arciniegas

Dulce animal de compañía

Alfaguara

SÍGUENOS EN
megustaleer



Me Gusta Leer Colombia



@megustaleerco



@megustaleerco

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

A Lili Vera

Todo veneno es delicia hasta que mata.

ABILIO ESTÉVEZ

Manual de tentaciones

*Porque os corpos se entendem, mas as almas
não.*

MANUEL BANDEIRA

«Arte de amar»

*The world was on fire and no one could save
me but you.*

CHRIS ISAAK

Wicked Game

Primera parte

Tres noches

La puerta trasera del camión se abrió de golpe frente a la catedral y los toros saltaron a la calle, uno tras otro, destrozaron los jardines del parque y luego se desplegaron en todas las direcciones, desdibujados por la niebla del páramo. Uno entró al mercado y revolcó parroquianos y cestas de frutas, otro corrió entre llantos y alaridos hasta el cementerio y se echó sobre las piedras de la tumba del poeta, debajo de un árbol sin pájaros. Otros dos penetraron a la catedral y resbalaron sobre el espejo de las baldosas, causando sofocos y desmayos entre las beatas que renovaban el agua de las flores del altar. Unas se arrodillaron porque consideraron que había llegado su última hora y otras, menos mensas, corrieron a esconderse en la sacristía. Por suerte, no era la hora de la misa mayor o numerosas almas hubieran encontrado el descanso del Señor de la manera más terrible, como dijeron días después en el debate de Voces del Páramo que pretendía establecer responsabilidades. Los toros sacrílegos derribaron los jarrones del altar, los escaparates de veladoras de los distintos santos, las alas del ángel del agua bendita, algunas bancas, las puertas de los confesionarios, y volvieron al parque, donde el chofer del camión todavía se halaba los cabellos, gritaba y zapateaba como un niño. Otros dos cornearon a una vieja y su nieta en la Calle del Ahorcado. La vieja murió casi al instante, empapada por el chorro de sangre cuya violencia no pudieron detener sus manos enloquecidas. La vieron de rodillas, envolviéndose el cuello con los dedos, como si tratara de ahorcarse, justificando así el antiguo nombre de la calle, y luego se estiró sobre el pavimento cuan larga era, no mucho por cierto, se estremeció durante escasos segundos y descansó para siempre. La niña se salvó, aunque su rostro requeriría un largo y dispendioso trabajo quirúrgico y nunca se desligaría de su carácter de testimonio o memoria o referencia de los violentos hechos. Otro animal, negro y sólido, de espigadas astas, revolcó a un muchacho en la plazuela sin consecuencia alguna, aplastó una bicicleta, destrozó las canastas del aseo, quebró la farola de un reluciente Mazda como si de arreglar cuentas con el dueño se tratara, entró al edificio Bellalú en el momento en que se abría la puerta del ascensor y destripó al comerciante Leonel Santana. Las astas desgarraron el vientre y las vísceras brotaron como un ramo de flores. El hecho sangriento estigmatizaría el edificio, por encima de todas las historias, de todos los demás incidentes, triviales o no, que ni siquiera se mencionarían ni mucho menos se divulgarían, y era de esperarse que los apartamentos bajarán de precio y los residentes consideraran el cambio de domicilio ante la absurda perspectiva de muerte por cornada en el ascensor. La negra Luz Almendra, dueña y señora del edificio, en

otros tiempos bella y llena de luz, perseguida y amada, contempló desde la amplia ventana del apartamento el toro que escarbaba entre los árboles y luego embestía al muchacho, la bicicleta, las cestas del aseo, el Mazda. Los gritos espantaron su aire otoñal y melancólico. Se cubrió con la bata y salió del cuarto con la certeza de una nueva y definitiva desgracia en su vida. El muchacho aporreado en la plazuela corrió a olvidar el susto entre los tibios muslos de la mujer que rescató de la niebla. La abrió como una flor, la escarbó y se revolcó en sus abismos, gozoso, porque allí la muerte no parecía posible. El último toro fue acorralado por el arrojo de los muchachos y los alaridos de las niñas en el patio de recreo del colegio Sagrado Rostro, sin heridos ni daños materiales, hasta que los carniceros lo condujeron enlazado al matadero de la vía a Málaga. Los otros fueron devueltos al parque por caballeros más o menos intrépidos e insensatos, con lazos y palos, y empujados al camión por una improvisada rampa de cajones y baúles prestados de los almacenes más cercanos. Confundidos por la magnitud de los daños y el regocijo de saberse a salvo, tratando de librarse de un miedo que nadie admitía, los caballeros se desataron en insultos ante las bestias encerradas y escupieron con evidente coraje hasta que el camión prosiguió el viaje hacia el matadero municipal. Entonces descansaron en el arrasado campo de batalla, se peinaron con los dedos y acomodaron sus ropas. Más tarde bebieron desaforados en las cantinas, se abrazaron como hermanos aunque algunos nunca se habían visto, recordaron e inventaron hazañas después de regresar una y otra vez a los incidentes recientes, magnificándolos hasta el delirio, volvieron a casa, guerreros después del combate, dueños del aire que respiraban, dignos de su nombre y su familia, y durmieron. Las mujeres permanecieron hasta tarde reparando los jardines y luego soñaron con el olor de la tierra entre los dedos. Sus hombres las poseyeron entredormidos, lentos, hechizados, mientras el amanecer se colaba por las rendijas de puertas y ventanas y se desparramaba en patios y solares. Después del temblor, tendidos y desnudos, una mano en el sexo o en las nalgas, otra en un seno, hombres y mujeres permanecieron largo rato en silencio para que el mundo se reacomodara una vez más, entraron a sus trajes y retomaron el hilo de los días. Los perros, cautelosos, volvieron a las calles. El loco Peralta, descalzo y flaco, los pantalones amarrados con una cuerda, incansable, toreó con la camisa sucia un animal invisible hasta el amanecer, cuando estiró los brazos hacia el cielo para recibir las ovaciones. Más allá, entre los árboles desdibujados, en el trono del escaño, toda elegante, con sombrero y bufanda, insaciable, la loca Irene comía niebla con cubiertos de plata y agitaba la campanilla para solicitar las atenciones de los sirvientes. ¿De qué hablarían, si alguna vez lo hicieron, esta mujer y este hombre? De qué animales, de qué niebla. ¿Nunca dormían? Tal vez no requerían soñar porque vivían sus propios sueños. ¿De qué materia serían sus toros? ¿De qué universo, sus palabras? En todo caso, los hechos, vueltos a contar, tergiversados, enriquecidos, se integrarían a la vida cotidiana de todo el mundo, la crónica familiar, los sueños. ¿Fue verdad o mentira? O todos estaban tan perdidos como ese loco descalzo que toreaba con su

propia camisa un toro invisible. O en verdad toros de carne y hueso revolcaron las calles, destrozaron puertas y vidrieras, aporrearon y mataron cristianos a diestra y siniestra. Parte o no del sueño colectivo, los animales fugitivos se bosquejaron en la niebla y al instante, entre gritos, se materializaron como bultos de piedra, inmensos, ágiles y efímeros. De acuerdo con numerosos y contradictorios informes, fueron vistos en toda la ciudad, incluso en los barrios que jamás recorrieron, en puntos de acceso imposible y, según los rumores, causaron más estragos, heridos y muertos de los señalados, hasta alcanzar cifras inverosímiles. Se les atribuyó el muerto del Callejón de los Ciegos, donde dos borrachos se enfrentaron con ruana y cuchillo, encarnizados, hasta que uno quedó tendido con los ojos abiertos y el otro huyó dejando un reguero de estrellitas de sangre. Nunca se aclaró si la riña fue provocada por un lío de faldas o unos linderos mal trazados. Faldas de tierra o linderos de piel. En todo caso, por un tiempo la tierra se quedó sin dueño y la mujer sin hombre porque ninguno de los rivales concretó la posesión respectiva: ni la víctima desde el más allá ni el victimario enredado en los azares de la huida, el primero se hundiría para siempre en las sombras del olvido y el otro terminaría sus días sin una oreja y con los bandidos del Duende. La tierra, sola y descuidada, se echaría a perder entre hierbajos, hasta que las leyes decidieran destino, y la mujer, si no sola, si no descuidada, encontraría otro hombre, que disfrutaría de sus vastos dominios, goloso, feliz, sin la memoria de los singulares hechos que desencadenaron los animales en las calles de Pamplona. Ninguno invadió la abandonada plaza de toros, ahora refugio nocturno de marihuaneros y parejas clandestinas. Ninguno se acercó a la puerta del convento de las Esclavas del Señor. Ninguno perturbó los delirios de los muchachos del seminario. Los amantes perdidos en el bosque, extasiados en su mutua adoración, subieron al cielo y volvieron sin tropiezo alguno. De los nueve toros, sólo uno permaneció en el camión porque se había quebrado una pata, y así, echado sobre un manto de excrementos, aguardó el regreso de siete de los fugitivos. El último, acorralado en el patio de recreo del colegio y ahora atado, fustigado en exceso, enloquecido por el olor de la muerte, aguardaba en el matadero, cabeceando la pared, mientras un muchacho descalzo lavaba a baldados el piso ensangrentado. Todos murieron después de la medianoche, como era su destino en la tierra, todos fueron consumidos por la gente de Pamplona en el transcurso de la semana: maniatados y derrumbados sobre el húmedo cemento del matadero municipal, heridos por el cuello y desangrados hasta el último suspiro, despellejados y destazados con absoluta precisión, vendidos en jugosas tajadas y consumidos en trozos aún más pequeños, bocados sin memoria. El chofer fue detenido. De apenas veinte años, padre de familia y casi analfabeta, no era el dueño del ganado ni del vehículo. «Fue puesto en libertad tres días después de los trágicos hechos», según la nota del cronista local. El viento barrió la niebla y la ciudad disfrutó de días luminosos y noches estrelladas. El alcalde expidió un decreto absurdo que los conductores de camión jamás leyeron.

Uno: Renata

La coneja se asoma a la lluvia con el animalito en la boca. Rosado, sin pelos, casi un gusano. La lluvia como una cortina de alfileres. Está muerto el cuerpo que cae. Que rueda bajo los alfileres envolviéndose de lodo amarillo y llega al pasto. La coneja se pierde en el agujero.

Renata quiere entrar desnuda a la lluvia.

Quiere correr desnuda, pero no se atreve.

Los árboles del patio, húmedos y desdibujados por la niebla, semejan fantasmas.

Renata se imagina en otro bosque, perseguida por bestias sedientas. Se imagina que la alcanzan y la derriban sobre la hierba, la huelen y la poseen.

Hunde los pies en el barro.

No se ha pintado las uñas, casi nunca lo hace. La primera vez fue después de conocer a Daniel.

Recoge con asco el conejo muerto.

Vuelve, empapada, con el pequeño cuerpo en la punta de los dedos.

Cansada de esperar al viejo, Renata aparta en un plato de barro el arroz y las tajadas de plátano y come en la olla, a la luz de la vela, pues cortan la electricidad con frecuencia. Renata imagina la corriente como una vieja cuyos huesos doloridos no le permiten subir a los barrios más miserables o como una serpiente que puede racionarse con un cuchillo: los trozos gordos para el centro y los paraísos de los pudientes, las migajas para los barrios pobres. Los niños juegan con la luna en la calle hasta las nueve y luego se van a la cama. Una pareja de gatos copula en el tejado. La hembra chilla como una niña. Cuando Renata va a lavarse la boca en la caneca del patio, la luna redonda platea sus brazos, se refleja en el agua y se deshilacha al contacto de sus manos. Daniel Montes respira en su oreja como un caballo, Daniel es un caballo en el palpitante ajedrez de sus días y sus noches, Daniel galopa sobre su cuerpo empapándola de sudor y semen. Ay, Dino, concédeme una tregua, déjame respirar. Daniel atraviesa a caballo el bosque de la noche, derribando los pájaros dormidos, hasta que el árbol lo atrapa por los cabellos. Renata ve su cuerpo balanceándose en el árbol del patio vecino, los cabellos enredados en las ramas. Aunque no aprecia con nitidez los rasgos, sabe que se trata de Daniel: conoce de memoria el cuerpo amado. *No te veré morir*. Sumerge la cara en el pozo de sus manos juntas para espantar la visión y se lava los brazos. Voy a terminar loca, se dice, santiguándose. En la imagen de la luna que se rehace en el agua, distingue temblorosos rasgos de Daniel. Regresa secándose con el vuelo del vestido. El macho se separa de la hembra y escapa por los tejados para salvar el pellejo. El viejo aún no aparece, cosa rara que se demore en la calle, su hija Renata tendrá que levantarse a calentarle la comida y verlo cabecear con el plato en la mano hasta que se derrumbe sobre el piso. Está bien, Dino, como quieras. Desnuda, una mano en los senos firmes, se inclina a esculcar con la diestra la caja de la ropa, localiza el camisón, acomoda el cuerpo como un animal en su guarida y entra a la cama. Recita de memoria un poema de Neruda. Casi al final, olvida una línea. Busca el manoseado volumen de *Los versos del capitán*, un obsequio de Daniel, y corrige el vacío. Vuelve a decirse el poema sin tropiezo alguno. Recoge las relucientes piezas de madera de un ajedrez recién comprado, otro obsequio de Daniel, y las guarda en su propia caja. Todos se sacrifican por el rey. Se dirige a la puerta y sin pensarlo dos veces arroja la caja a la calle. Como animal hambriento, la caja se abre en el aire y las piezas escapan de su vientre y se desparraman sobre la tierra cruda sin orden ni jerarquía. Un rey no merece tanto, de ninguna manera. Renata da vueltas por el cuarto, animal enjaulado. No lo merece todo, por más rey que sea, al carajo con el rey. Arrepentida, vuelve a la puerta, pero la caja y las piezas han desaparecido. Nunca pude con ese

bendito juego. Daniel Montes no consiguió iniciarla en sus misterios ni con poemas de Borges. Torres y alfiles, caballos y peones, con sus particulares maneras de moverse, enredan el juego hasta el dolor de cabeza. Y además una reina loca, peligrosa, que se mueve sobre el tablero de los días y las noches como se le da la gana, veloz y certera como una flecha, pero una reina al servicio de su majestad, el lento y torpe rey. Renata no admite que una reina, con tantas virtudes, la más preciada de las posesiones, no se atreva a fundar y defender su propio reino. En un cuaderno, con letras gordas y redondas, fruto de numerosas planas, le escribe una carta a Daniel Montes, aceptando su destino de mujer sola, luego arranca la hoja y la acerca a la lumbre. *Sólo cenizas hallarás de todo lo que fue mi amor.* ¿Cómo dice el resto de la canción? Querido Daniel, perverso mío, Saltamontes del abismo, maldito cuerpo de mis delirios, enredado ajedrez, miserable hijo de perra. No me abrazarás nunca como esa noche en el Callejón de los Ciegos, no te abriré las piernas, no volverá a mojarme la sangre entre los muslos. En la primera página, con su enredada e indescifrable letra, Daniel ha copiado unas líneas de Quevedo, un poeta de otro siglo: *Y lo que llamáis morir es acabar de morir, y lo que llamáis nacer es empezar a morir, y lo que llamáis vivir es morir viviendo.* Hablaban raro entonces. Y en la última página, como para adueñarse de todos los pensamientos de Renata, otra vez Daniel: *Suelo buscarme en la ciudad que pasa como un barco de locos por la noche.* Renata se pregunta si tan bellos versos serán de Eduardo Cote, el poeta que un amanecer, cuando bajaba de una fiesta en Pamplona, se estrelló contra un árbol en La Garita. ¿O del otro? ¿De Jorge Gaitán? De niña, Renata creía que los pensamientos revoloteaban como pájaros o lenguas de fuego. Se tapaba las orejas para esquivar los pensamientos ajenos: los malos pensamientos, los pecaminosos, los mortales. Ahora se pregunta cómo podría reconocerlos una niña ignorante, y si no hubiera sido una delicia dejarse poseer precisamente por tales pensamientos. Dejarse lamer por las lenguas de fuego. Ahí te van mis malditos pensamientos, Dino. La hoja, negra ahora, se deshace. Renata apaga la vela de un solo soplo, estira las piernas bajo las cobijas y sus pies se topan, se acarician para abrigarse, animalitos melosos. Está bien, Dino. Ay, maldito Daniel, dueño y señor de su cuerpo y sus pensamientos. Enciende la vela, escribe otra carta, la misma carta, apaga y duerme.

A través de la cortina de la lluvia, con otro muerto en la boca, la coneja contempla a la muchacha que se soba la barriga con aire distraído.

—Maldita —dice Renata.

Se apresura a recoger del lodo los conejitos sin pelo y los arroja a la basura, envueltos en papel periódico. La coneja debe de sentir frío cada vez que se asoma a botar otro hijo ciego. Mañana matará al resto, se dice Renata. Si se los quitamos, morirán de todos modos. Mejor que los mate su madre, que los parió. Que no los mate. Que no.

Me estás matando, Daniel Montes.

Luego, más conejitos ciegos, desnudos, que ni tiemblan ni respiran.

Sueña con hombres que se enfrentan a muerte en un campo de niebla. Guerreros medievales que bañan sus espadas con la sangre del enemigo.

Soy la niebla, se dice Renata. La niebla herida.

Numerosos pájaros negros graznan, desdibujados, hambrientos. Unos, que han perdido parte de sus plumas en recientes combates, heridos y esqueléticos, se ven más amenazantes que otros.

Sabe que el último guerrero la llevará de la mano hasta un río interminable. Al otro lado del río comienza el paraíso.

Renata despierta antes de ver el rostro del último guerrero de la niebla.

Dos borrachos pasan cantando, abrazados, tambaleándose, sosteniéndose el uno al otro. Se detienen a orinar en la esquina.

—Yo a usted lo quiero, hijueputa —dice uno.

—Compadre —dice el otro—. Qué noche tan bacana.

El claro de luna cae a la cama vacía. Otra pareja de gatos lascivos en el tejado. ¿O será la misma gata, que ya olvidó el dolor de la penetración? ¿O será el mismo gato, que vuelve a arriesgar su vida con otra hembra lujuriosa? Renata enciende la vela aunque no la necesita, y se dirige a la puerta. La luna hambrienta muerde una nube. La calle sola, larga y angosta, y el viejo nada que aparece. Un perro. La brisa agita la llama hasta apagarla. Después de tantos años, Renata puede recorrer la casa sin abrir los ojos, puede localizar cualquier objeto si quiere: las ollas, los platos, la mesa sin pintar, las tres sillas de madera y cuero de vaca sin curtir. Cierra la puerta y vuelve a la cama. Tendida, sintiendo su propio respirar, se entretiene en el vientre. Si me lo sacara, dice, sin papá no lo quiero. Te quiero a ti, Dino malvado. Me hacías reír, payaso, me despertaste toda. Sube las manos a los senos. Quiero mi cuerpo porque pude dártelo. Amasa los pezones, harina de los sueños. Todo me gustaba, Dino, como me rajabas la carne y el alivio de tu lengua embriagadora. El amor de los domingos en la tarde, las noches más allá del seminario. Abierta a ti y al mundo. Querías comerte la luna. Aullabas y te estrujabas el sexo, loco y desnudo entre los árboles. Íbamos en bicicleta hasta La Lejía a contemplar los aviones y me hacías creer que volaríamos a París, donde no me dejarías usar ropa porque todo el día me estarías pintando y toda la noche me harías el amor, qué fatigada vida, qué salvaje y disparatada vida. Me apoyaría en la ventana a contemplar la torre, con el culo al aire, para que te regodearas con el pincel. Me enseñaste y me acostumbraste, vivía como dormida. En la catedral encendí miles de veladoras, maldito. Cuando las primeras se consumían, ya se habían encendido las otras para que guiaran por

el buen camino al ángel de nuestro amor. Me volví tu dulce animal de compañía. Ay, maldita sea. Ah, tu sal en mi lengua, la materia de tus tormentos en mi boca. Abriste mis ventanas, entraste sin permiso y, como el viento, desordenaste mi casa. Renata se muerde, se voltea bocabajo, agarra la almohada por los extremos. Era tu reina, Dino, era tu esclava, Saltamontes, tu perra, miserable dueño de mi destino. ¿Nunca más? Me lo sacaré, no quiero un recuerdo así.

¿Qué pasaría con el viejo?

Qué feroz recordarte, y la mano descende al sexo, hurga. Quiere que el sueño la lleve a otra parte. Me lo sacaré a golpes para que te recuerdes, bufón de mierda.

Aprendió pronto.

Como el padre, que aún no era viejo, se perdía con alguna mujer, y su hermano, desde niño, se dedicó a otros afanes, Renata aprendió a defenderse sola: se aseaba y se vestía, se preparaba el café y se peinaba. En los primeros años se subía a un cajón para alcanzar la olla, derribaba con un palo de escoba ciertos objetos que atrapaba como un beisbolista, y de cuando en cuando un pote de harina mal tapado la convertía en fantasma.

Sentía la casa como un vientre. Navegaba tibia, a ciegas, en el manso aire de la casa. Sigilosa como un pez.

Desde niña se trepaba a los árboles, propios y ajenos. Se acaballaba en una rama y se entretenía con los libros incluso antes de conocer las letras.

Aprendió pronto. Su hermano la llevó a la puerta de la escuela el primer día pero no apareció para acompañarla de regreso. La niña Renata estuvo caminando durante horas hasta que casi de noche encontró la casa, gracias a las señas de una señora con bigotes.

No podía evitar tanto barro, tantos charcos amarillentos. Con un pañuelo o una página de *El Norteño* se limpiaba los zapatos en las gradas de la escuela. Iba y volvía sola, con la maleta de los cuadernos a la espalda. Ninguna otra niña vivía tan lejos. En las últimas casas de Tintorredondo.

Aprendió a exterminar los piojos que traía de la escuela. Sentada, ponía un trapo blanco entre sus piernas y pasaba la peinilla por su cabeza unas cincuenta veces. Aplastaba los piojos entre las uñas, método llevado a la perfección desde siempre con las pulgas. Sólo que a las pulgas había que molerlas antes entre los dedos, atontarlas, quitarles las ganas de brincar. Los piojos no brincaban, no ofrecían resistencia. Sobrevivían en el bosque de los cabellos hasta que la máquina infernal de dientes infinitos los arrastraba al vacío, al trapo blanco, la inmensidad, donde las uñas exterminadoras se juntaban.

Un perro negro la siguió casi desde el primer día. La niña Renata intentó espantarlo a piedra. El perro volvía al rato. Renata se acostumbró a sus ojos tristes. Algunos creyeron que el perro era suyo y ella nunca aclaró el equívoco.

—No te atrevas a entrar ese chungo a la clase —le dijeron.

El perro desapareció, tal vez detrás de una niña más bonita, cuando Renata, encariñada, le reservaba un trozo del pan del desayuno. Lo extrañó todo el tiempo, hasta que apareció muerto en una zanja a finales de abril, exhibiendo sus hileras de dientes amarillos. Pensó en decirle a Víctor

Manuel, su hermano, que lo recogiera para enterrarlo en el patio, pero luego ya no encontró ningún cuerpo.

La muerte era eso: no ver más a alguien.

O no haber visto nunca a alguien.

A trancazos, en una vieja pared descascarada de la Calle de la Agonía, Renata leyó una frase que no pudo entender: *El amor es puto*. Lágrimas de pintura chorreaban de las letras.

La profesora leyó una historia sobre los besos que una mujer perdió mientras su amado hacía la guerra en tierra ajena, y Renata entendió a medias la frase de la pared, murmurándola como un padrenuestro, primero con espanto, luego con cierto regocijo y al final con absoluta fascinación. Volvió a la Calle de la Agonía una y otra vez.

Así es la cosa, se dijo. ¿Así es la cosa?

En la vitrina de La Escoba, la papelería de don Octavio, vio el libro que la profesora les leía en clase, *Los besos de María*, achicharrado por el sol de la tarde, y preguntó el precio, pero las monedas no alcanzaban para tanto y tuvo que conformarse con un sacapuntas y una caja de colores.

La profesora pidió a toda la clase que dibujara a mamá, y ella, la niña Renata, lo intentó una y otra vez, borraba los ojos y volvía a dibujarlos, borraba la boca y volvía a dibujarla, borraba los cabellos y los dibujaba de otra manera, remedando los peinados de las revistas, hasta que el papel se deshizo y la niña soltó el llanto. No podía recordar el rostro de mamá. No había fotografías en casa. La profesora se acercó a consolarla.

—Me duele la cabeza.

Pero no. Le dolía el alma, la vida entera le dolía, y apenas comenzaba.

Habían ido al parque y caminaban entre la multitud. Los tres. Tres tristes tigres sin trigo. Era domingo porque Renata llevaba sus zapatos bonitos: negros, relucientes, con trabilla. La abuela se los había enviado de Málaga en una caja amarilla, con un billete nuevo y un libro de oraciones con las tapas desgastadas y dedicado en tinta azul a una tal Clementina Arcabuco en 1904. Renata trataba de alargarse el borde de un vestido demasiado corto. En cualquier descuido la gente le vería los calzones. Me estoy estirando como una melcocha, pensó. A ella y su hermano, casi siempre como regalo de Navidad o de cumpleaños, el padre les compraba la ropa demasiado grande, y había que usarla hasta que el cuerpo no cabía y reventaba las costuras, de tal manera que al comienzo se sentían como payasos extraviados y al final como locos atrapados en una camisa de fuerza. Era el principio de una tarde melancólica, una flor en el pavimento, un árbol al borde del abismo, un árbol que se despeñaría sin estruendo en las aguas de un río amarillento que lo arrastraría hasta el fin del mundo. Había llovido casi toda la mañana y olía a tierra revuelta. El padre les ofreció papas fritas. «Con harta sal», precisó Renata. «Con limón», exigió Víctor Manuel. «Con sal y limón», dijo el padre. Comían papas fritas en una banca de cemento cuando pasó el niño con el caballo de cristal. Los tres lo vieron pero nadie dijo nada. Un ciego lánguido tocaba el saxofón junto a su sombrero tirado en el piso y la gente le arrojaba monedas sin detenerse a disfrutar la música. Víctor Manuel se imaginó realizando el ademán de depositar una moneda en el sombrero para tomar todas las que pudiera y proseguir su camino como si nada. Alguien dejó escapar un globo. Renata terminó la bolsa de papas y siguió con hambre. Quiso probar uno de esos helados de colores pero no se atrevió a expresar el deseo, y de todas maneras se trataba de un hambre que no saciaría con una ballena entera ni con todas las ballenas de todos los mares, todos los arcoíris, todas las nubes, todas las palabras de los libros y todas las palabras de las bocas. Se lamió la sal de los dedos, se limpió los dedos en la falda. El globo se extravió entre las nubes. Una mujer bellísima de dulces piernas de avena y afilados tacones se acercó, arrojó al viento la cascada de sus cabellos y le susurró al ciego una frase que lo hizo sonreír. Madre, pensó Renata, contemplándola. El padre, por su parte, la imaginó sudorosa y desnuda, con las piernas abiertas y los cabellos desparramados sobre la almohada. En la cabeza de Víctor Manuel, en cambio, no había espacio sino para el resplandor de las monedas. Tres tristes tigres del deseo con tres tristes bolsas de papel vacías, en una banca del parque. El ciego guardó el saxofón en el estuche y las monedas en los bolsillos, se caló el sombrero, tomó a la mujer del brazo y se alejó. «Voy a orinar, papá», dijo Víctor Manuel y se perdió entre la gente. Renata y su

padre lo esperaron casi una hora. Luego comenzaron a buscarlo, peinando el área, inexpertos, torpes, ansiosos, sin atreverse a pedirle a la gente que se apartara. Lo encontraron junto a un árbol, a gatas y con las manos untadas de tierra húmeda, jugando con el caballo de cristal. «Devuélvelo», dijo el padre. Víctor Manuel corrió con el caballo y no regresó. Esta vez no pudieron encontrarlo. «Vamos a casa», dijo el padre. Quemaron tiempo en el paradero contemplando al hombre que vomitaba fuego en las pausas del semáforo: negro y sudoroso, escupía gasolina sobre una antorcha para escribir latigazos de fuego en el aire. «Vámonos, Cabrita», dijo el padre. Dejaron pasar tres autobuses con destino a Tintorredondo, dándole tiempo a Víctor Manuel, y al fin se resignaron. Vieron pasar casas y gente desde la ventanilla. No se dijeron nada pero ambos pensaban en la inminencia de la noche y el incierto destino de Víctor Manuel, perdido en la ciudad. Aliviados, sorprendidos, encontraron al muchacho en el patio de la casa, jugando con el caballo de cristal. «Qué diría tu madre», dijo el padre y le arrebató el caballo. Lo guardó bajo llave en el baúl. Esa misma noche Víctor Manuel violentó el baúl y se escapó con el caballo.

Un pájaro amarillo picoteaba en la humedad del patio.

Escribía con sus patas un lenguaje de insectos.

Renata le reservó montoncitos de comida.

El pájaro tomó confianza. Picoteó los montoncitos cada vez más cercanos a la cocina, hasta que entró a la casa.

—¿Eres uno de mis pensamientos?

Renata y el pájaro se contemplaron con asombro, cautelosos.

—¿Eres el alma de quién?

Renata soñó que perseguía al pájaro entre la niebla, entre los fantasmas de los árboles, hasta un río que le impidió el paso.

El pájaro no regresó.

—Cabrita, ven acá.

—Sí, papá.

—Deja de desperdiciar la comida en el patio.

—Sí, papá.

—Y deja de treparte a los árboles.

Víctor Manuel apareció con unas plumas de pavo real pero no quiso compartirlas.

Buscándolas, Renata encontró debajo de la cama de su hermano un montón de revistas de mujeres desnudas. Nunca imaginó que hubiese tetas tan grandes, tanto pelo entre las piernas, y confundió con el dolor los gestos de placer. Renata tuvo miedo.

Su hermano fue una ausencia. Desde niño, Víctor Manuel Morantes pasó más tiempo en la calle que en la casa. No venía a dormir, andaba en malos pasos. «Ay, hermanita, tengo el diablo por dentro», aseguraba. Alguna vez llegó golpeado, amoratado, y cayó dormido de inmediato. Su padre apartó las cobijas y contempló en silencio el rostro maltratado. Nunca renegó de su hijo. Nunca maldijo su propia sangre. No pudo gobernarlo y lo dejó a su antojo, como un caballo descarriado. Su propio galope terminaría destruyéndolo. Aunque sin oficio conocido, no tenía tiempo para nada. De muchacho, Víctor Manuel encontró refugio en las mujeres y ya casi nunca se le vio en casa. Tocaba la guitarra para endulzarles el oído, pero nunca conservó una propia. Prestaba, empeñaba, vendía, obsequiaba guitarras como loco. Tocaba y perdía guitarras y mujeres como loco. Borracho, parrandero, fumador, entre otras cosas. Ladrón. Renata le guardó un revólver por tres días. De cuando en cuando venían a preguntarlo: un muchacho trabado y

andrajoso, una mujer desesperada, un hombre con sombrero verde y anillos de oro. Renata no sabía dar razón. Víctor Manuel andaba por ahí, como siempre, sin domicilio fijo. Lo acusaron de un crimen pero no pudieron probar nada. «Dime si fuiste tú», dijo Renata. «Ay, hermanita, si te contara», dijo Víctor Manuel, y nunca tuvo tiempo de contarle. Cayó en una redada del ejército, y pronto su rebeldía se estrelló contra las botas. Entonces su ausencia fue definitiva. El hombre del sombrero verde vino a traer una colección de monedas de países extraños, todo lo que quedaba del paso de Víctor Manuel por esta tierra de nadie.

En la noche la coneja se despeluza para abrigar los cuerpos. Se despeluza cuando aún no son cadáveres mordidos, cuando no sabe que lo serán. La locura entra sin permiso y la coneja reparte la muerte con sus dientes. Conserva las motitas de pelo y se libra de los cadáveres. Pronto no le quedarán más cuerpos para arrojar al lodo.

Varias mujeres, no muchas, reemplazaron a su madre en distintas circunstancias y con diversa suerte. Renata no recuerda más de cuatro y confunde una con otra, agua entre los dedos, agua bebida por la tierra sedienta. Las esperaba con curiosidad, apostando que la próxima lo haría mejor, ganaría su corazón para siempre y vivirían en un país sin llanto ni olvido.

Renata recuerda una, pequeña y morena. Le faltaba un diente. Recordaba el hueco en la encía, luego la cara, luego el resto de la mujer y su caminado gracioso, luego su nombre y sus historias. Renata había perdido uno de sus dientes de leche en una caída, y la mujer le decía cosas para hacerla reír. Se reían y entonces a la niña Renata le parecía que se estaba viendo en un espejo. «Hermanita», decía la mujer. Hermanita, tal cosa. Hermanita, tal otra. Renata casi nunca entendía, pero le encantaba la confianza de la mujer.

Hubo tiempos buenos, holgados, de risa y alboroto, luego tiempos malos, de pobreza y desesperación. Sólo tiempos malos.

Su padre la prestó como sirvienta a una de sus mujeres. Hizo de todo: cocinó, lavó ropa, fregó pisos. La mujer vivía desnuda y atendía las visitas de los caballeros sin cerrar la puerta. Desde su cuarto, Renata la oía gritar.

Su padre llegó sin avisar, sorprendió a la mujer con un caballero y se llevó a Renata de inmediato.

—Perdóname, Cabrita.

No volvieron a ver a la mujer. Apareció muerta en la última página de *El Norteño*. El barro que cubría el recorte de periódico tirado en la calle no permitía averiguar los detalles.

La más bonita de todas era delgada y blanca, imperturbable. El viejo se obsesionó, se transformó en un adolescente asustado, hasta que la mujer lo aborreció. Renata recuerda a su padre chillando como un perro. Luego supo que la mujer se había casado con un profesor de matemáticas. La vio en el mercado, con una barriga inmensa, y no se saludaron.

Después no hubo más mujeres en la vida del viejo.

El recuerdo de la madre sustituyó el abandono de las otras. «Era una santa», decía el viejo, y Renata recorría las imágenes de la iglesia buscando un rostro para su madre.

Ninguna de las mujeres de su padre mencionó la sangre. Renata no pudo explicarse el horror, la terrible herida.

Ahora me cubriré de pelos como una bestia. Cometí un pecado y es mi castigo. O padezco una extraña enfermedad y voy a desangrarme.

Una y otra vez se comparó con las mujeres de su padre y siempre perdió. Para una de ellas hizo el papel de hermana menor, para las otras sólo fue una niña, un estorbo, un inconveniente.

Renata hubiera querido conversar, saber cosas.

Cosas de mujeres.

Pero estaban de paso y tenían prisa.

Como pájaros, que sólo permanecen durante la estación.

Volaban a otro nido con sus secretos a salvo.

Con su propio horror.

—Morantes —dijo la profesora, y adivinó la razón del espanto—. Nos sucede a todas las mujeres.

Renata no pudo creer que el horror les sucediera a todas. Y tampoco pudo creer lo otro: era una mujer.

¿Los hombres beberían en su herida?

Se estiró como una palmera. Le pareció que ya no se entendía con su cuerpo. Los cambios eran tantos y tan intensos que se sintió rezagada. Renata se apresuraba por alcanzar el nuevo cuerpo, y cuando lo conseguía, su cuerpo ya era otro.

Se tocaba la herida en las noches, debajo de las cobijas.

Se tocaba frente al espejo, incrédula. Se contemplaba con insaciable curiosidad la sombra rosada donde tiempo después surgieron los pezones, llamados, contruidos, amasados por los dedos del primer amor. Se pintaba los ojos y la boca a escondidas. Se hablaba con otra voz, coqueteándose a sí misma. Se hacía pasar por el hombre que la rescataría de su existencia miserable.

Se demoraba bajo el agua.

O se tendía desnuda y se cubría despacio con las monedas de países extraños que Víctor Manuel atesoraba. Países que jamás visitaría. Gente que nunca conocería. Idiomas que nunca hablaría. Se preguntaba por qué había nacido en este país y no en otro, por qué esta familia, este destino.

Hombres de distintos países arrojaban monedas a sus pies, subían a sus caballos y se alejaban.

Renata inventaba sus propias novelas.

Uno de los hombres desató el caballo para que regresara solo a su país. Había decidido quedarse con la bella Renata. Recogía las monedas y la mantenía a salvo de hombres y dragones. Había jurado que no la tocaría. Se acicalaba los espesos bigotes y se plantaba erguido frente a la puerta del castillo, con la mirada perdida en el horizonte.

Las monedas caían de los árboles como frutas maduras o rodaban río abajo hasta terminar dormidas en la orilla, pero no era preciso salir a recogerlas. La princesa Renata ya no tenía que entenderse con el mundo. El dulce caballero se encargaba de todos los asuntos.

En un periódico despedazado por los perros encontró un poema sobre las muchachas que corren en bicicleta hasta doblar la esquina y regresan convertidas en mujeres.

Ansiaba y temía tal circunstancia.

¿Doblaría esa esquina y ya nunca sería la misma?

¿El cuerpo que sale de casa en la mañana es el mismo que regresa en la noche?

Renata pensó que los hombres le arrojaban monedas porque era niña, porque era virgen, para que se mantuviera niña y virgen, pero luego entendió que no, que sólo esperaban.

Asechaban.

Leones hambrientos.

Finísima palmera al sol, los frutos de su cuerpo en cosecha se redondeaban, dulces, magníficos. Y seguía trepándose a los árboles, fruta jugosa.

Su padre nunca comentó la asombrosa metamorfosis. No parecía darse cuenta. Insistía en sentarla en las rodillas y tocarla como siempre, pero ya no era su Cabrita, su animalito de monte, hasta que Renata dijo con voz de mujer:

—Papá, ya no estoy para besos.

El viejo no volvió a tocarla.

Dino fue la chispa y el infierno. Como quien consiente los desmanes del ladrón para salvar el pellejo, Renata contempló la minuciosa exploración de su propio cuerpo. En un principio, inmóvil, expectante, torpe, y luego anhelosa, ciega, arrastrada por una sed imprevista. Leyendo el poema de Neruda sobre un insecto ansioso, Dino la recorría con la boca de punta a punta. Uno tras otro, depositó doce besos en sus rincones secretos, pervirtiendo así una historia que años atrás le habían enseñado en la escuela, *Los besos de María*, de Arciniegas, y que trata de un hombre que antes de partir a la guerra deja al cuidado de su amada una tanda de besos. Discutieron, muertos de risa, la ubicación de los besos, castos según Renata y libres según Dino, y nunca llegaron a un acuerdo. En todo caso, los besos de la historia se perdieron en distintas circunstancias mientras el dueño repartía bala en tierra ajena. Al volver, como era de esperarse, el hombre no reconoció a María sin los besos, averiguó en el periódico dónde había otra guerra y desapareció del mapa.

Dino, Daniel Montes para otros, le espantó el miedo y provocó un incendio voraz, abrasador, avasallante.

De niña había leído ese letrero difícil de entender, *El amor es puto*. Muchas calles después encontró otro tan claro como el agua, *La piel es de quien la eriza*, y ni siquiera se detuvo a pensarlo. Ahora sabía que los besos, como la tierra, pertenecen a quien los trabaja.

—Me saliste garosa.

—¿No era lo que esperabas?

—Te vi el hambre desde el principio.

—Tenía hambre pero no sabía de qué.

Mientras atravesaba el parque, con una sombrilla abierta y un paquete apretado contra el pecho, Renata lo vio por vez primera entre otros niños bonitos, acostado en la hierba, hablándole a una niña rubia, y entonces no había manera de sospechar las consecuencias de la mirada.

No pudo apartar los ojos.

Dino al fin se dio cuenta y Renata se sintió avergonzada. Escapó como una coneja. Después escuchó la voz pero no se detuvo. Casi corría cuando dobló la esquina, con la voz cada vez más cerca.

—De todas maneras, niña, te voy a alcanzar —dijo la voz.

Se detuvo y Dino llegó acezante. Como un perro detrás de un hueso.

Soy el hueso de este perro, pensó Renata.

—¿Quieres matarme? —dijo Dino.

—No, no todavía —dijo Renata, y no supo por qué lo decía.

—¿Cuándo? —preguntó Dino—. ¿Esta noche?

Renata sintió la necesidad de aclarar:

—No soy de esas.

El otro quiso saber de cuáles. Renata no sabía.

—De las que tú crees —dijo.

Dino prefirió cambiar de estrategia:

—¿Me aceptas un café?

Dónde, quiso saber Renata. De pronto ya no tenía prisa. Algo había terminado. Cierta búsqueda. Y algo comenzaba. Algo terrible. Pero qué.

Antes de entrar a la cafetería se les atravesó la niña rubia del parque, Mónica Durazno, con las téticas casi al aire. Dino se vio obligado a presentarlas.

—Ay, Dino, entonces no pases, tengo una comida.

Mónica se alejó batiendo el trasero.

Pidieron café.

Nada más.

—Mónica Durazno —dijo Renata—. Qué tierna, qué dulce, pero deberías comprarle un sostén.

—Todos la muerden —añadió Dino.

—¿Todos?

—Lo único que permanece intacto con Mónica son los libros —precisó Dino, disimulando la amargura—. Nunca se abren.

Renata rio como una niña.

La sombrilla resbaló de sus manos. Tambaleándose, Renata se agachó a recogerla y Daniel tuvo que sostenerla de un brazo para que no cayera al piso. Entonces resbaló el paquete.

—¿Qué es?

—Unos tacones que debo entregar a una señora.

La risa había hecho espacio a la vergüenza.

—Soy torpe —dijo Renata.

—Qué delicia —dijo Dino, saboreando el café, sin despegarle la mirada.

Y Renata sintió eso precisamente, que Dino la estaba saboreando, y le gustó.

Esa misma noche, en sueños, le dijo:

—Soy Renata Durazno, muérdeme.

El toro escarbaba entre la niebla.

Renata lo vio arrancando hierba y tierra en la plazuela, corriendo como loco entre los árboles, las astas como los finos brazos de una bailarina.

La gente gritaba.

Alargaba el pescuezo por las ventanas.

Se escondía y se asomaba.

Una loca elegante, con el sombrero de plumas de otras fiestas, trataba de comerse la niebla en un plato, con tenedor y cuchillo. De hecho, con los ojos cerrados, cortaba un trozo invisible, lo atrapaba con el tenedor y masticaba con infinito placer.

Renata se santiguó.

Pidió al Señor que la librara de semejante destino.

Junto a la estatua del general Francisco de Paula, un viejo ciego rasgaba para nadie una guitarra de cinco cuerdas. Un pájaro aleteaba en la cabeza de la estatua. Alguien había escrito en el pedestal: *Las tetas de Tatiana me matan*.

En la Calle del Ahorcado los toros habían atropellado a dos mujeres, una vieja y una niña. Se decía que la vieja había fallecido, pero que la niña se salvaría si la conducían a tiempo al hospital.

Vio pasar el taxi amarillo. Vio en el puesto de atrás a la niña agonizante. Vio el rostro ensangrentado.

Vio un cuerpo tendido en la acera, despatarrado, pero no supo si el hombre estaba borracho, dormido o muerto.

Una puerta astillada, como mordida.

Una ventana rota.

Una sandalia sin dueño.

Otro loco, flaco y descalzo, los pantalones amarrados con una cuerda, toreaba un toro invisible con su propia camisa en la Calle de los Reyes, sobre una alfombra de destrozos, mientras avanzaba hacia la plazuela, donde amanecería embriagado por la gloria.

Una señora, arrodillada, recogía entre lágrimas los caramelos untados de barro, las cajetillas de cigarrillos aplastadas y las bolsitas de papas fritas trituradas, en una bolsa de plástico negra porque la caja de madera, aunque recién pintada y con nuevos compartimientos, había quedado como para botar a la basura.

Antes de encontrarse con Daniel, Renata supo que había otro muerto, don Leonel Santana, dueño del granero donde su padre hacía mercado. Le debían un dinero. Ya no tendrían que pagarle. Renata se arrepintió del mal pensamiento. Entendió que no bastaba con el arrepentimiento, que tendría que pagar, con sangre tal vez. ¿Con sangre? Renata no entendió sus propios pensamientos.

—Cada vez estoy más loca —se dijo—. Tienes que pagarle aunque esté muerto —se imaginó que le decía a su padre.

—¿Con misas?

—Págale a la viuda.

—Ese gordo maricón y tacaño no dejó ninguna viuda.

—Ese gordo maricón se ha comido docenas de muchachitas.

—Cuentos, puros cuentos.

—Ese gordo maricón casi se come a tu Cabrita.

Temerosa, esperando tropezar con un toro en la próxima esquina, llegó puntual a la cita y entraron de afán al Hotel Victoria, donde Daniel le hizo el amor casi toda la tarde, con furia, con insistencia, como si fuese el animal atormentado que escarbaba en la niebla, y ella, la niebla herida.

La coneja volverá a copular, volverá a dilatarse la barriga y otra vez hará motitas con su propio pelo. Y otra vez la piel tensa como cuero de tambor.

No, ya no. Renata enciende el fogón. Revolcada por una larga noche en duermevela, entre la rabia y las preocupaciones, fastidiada por los gatos lascivos, es otra.

Relee la carta para Dino y se le antoja absurda. Arranca la hoja y la rompe.

—Cuidate de los caballos, Daniel Montes.

Mientras trae el agua, se pregunta a qué horas vendrá el viejo, que no pasa las noches por fuera. La niebla del amanecer cubre el patio. Qué va, ese no visita mujeres, ya no es un gato, sus garras perdieron el filo. Viejo necio, caprichoso, con sus épocas de caballero y sus épocas de vagabundo. Se descuida con el paso de los años, se encapricha con las peores prendas, se deja caer. Ya ni siquiera permite que le cosa un botón.

Renata escupe para apartar de su boca las plumas del sueño. Casi al amanecer, soñó que un pájaro se desplumaba a picotazos en el triste esqueleto de un árbol. Al final, sólo era una pelota de sangre. El agua del café hierve y todavía no aparece el viejo. Renata apaga el fogón y bebe el café sin azúcar. Mantiene intacto el plato del viejo: el arroz y las tajadas de plátano. Se saca el camisón. Dino, te gustaba que me paseara desnuda, prometiste pintarme, te gustaba verme los pies, lamerme toda en el altar de la adoración. Fui tu reina blanca, tu flor de albahaca. Me mostrabas revistas de parejas desnudas y hacíamos de todo. Fui tu esclava negra, tu María Renata. Hoy me pongo el vestido morado, me aprieta. Te gustaba, Dino, alguna vez le arrancaste los botones. ¿Cuántas veces me llevaste al aeropuerto para hacerme volar viendo aviones? Llegaba con la lengua fuera y las piernas encalambradas de tanto pedalear, pero me olvidaba de todo cuando te pegabas a mis nalgas y me rozabas los pezones como si no te dieras cuenta. Por supuesto, volaba.

Peinándose, ceñida por el vestido morado, decide buscar al viejo. Tal vez se emborrachó, tal vez lo metieron al pote. O lo robaron. Lo tandearon. Dios mío, estará agonizando en una cuneta. No, ya lo sabría, las malas noticias vuelan. Dijo que iba a vender el crucifijo. Esa platica ya se perdió. Borracho, toda la vida. Viejo terco. Quiere verlo llegar así sea rascado, untado de vómito, con la camisa por fuera y como si lo acabaran de mechonear, pero que llegue. Más terco que una mula.

Renata se recoge el cabello con una cinta morada y sale a buscar al viejo. Es sábado, hace frío. El chal, dice Renata, y se devuelve. Una mujer ata el zapato de un niño. Se saludan. Renata entra a su casa y sale de inmediato con el chal. «Coneja», grita alguien desde una ventana. Renata no voltear a mirar. No es una coneja, al menos no la maldita coneja de su patio. Se introduce en la niebla. Seguro que lo tendré. Así no quieras. Así no te vuelva a ver. Así no me quieras, Dino. Se

extravía en la niebla de Pamplona y su hijo la acompaña.

Dos: Mi cabo Ardilla

Me hizo pensar en los pájaros muertos de frío que uno encuentra en la hierba después de la lluvia. Apoyó las manos en las rodillas, las palmas hacia arriba, y ocultó la cara entre las manos, humillado. Podíamos ver sus cabellos blancos y escasos, la nuca caratosa y la curva de la espalda. Así, escuálido, viejo y pobre, casi un revoltijo de alambre, el bosquejo de un escultor descuidado, perezoso, que no se decide a profundizar su obra, que no le importa, que aprovechará la idea en proyectos más prósperos. Para que no se desbaratara, nada más por eso, alguien le había acercado la silla de plástico que ahora casi hacía parte de su cuerpo. Lo trajimos porque golpeó a un joven en La Malquerida, donde gritaba y manoteaba como un diablo cuando entramos. Lo oímos desde la esquina y mientras corríamos imaginamos que más bien era la víctima. Que quien gritaba era una mujer y no este viejo muerto de hambre, despeinado y con la camisa por fuera del pantalón. Se calló al vernos y, después de tanto escándalo, lo trajimos como a una oveja: las manos apretadas contra el pecho, dando brinquitos para igualarnos el paso, hasta llegar al camión. «Con cuidado, muchachos», insistió la Malquerida, la gorda repleta de anillos que atendía las mesas sin quitarse el cigarrillo de la boca. Lo subimos al camión entre tres, uno halando sus brazos desde arriba y otros dos empujando el cuerpo, despacio, procurando que no se desbaratara, mientras mi cabo Ardilla investigaba los hechos.

No sé a qué fuimos a ese laberinto.

No íbamos a encontrar servidores de la patria entre las putas y sus clientes, viejos en su mayoría, ya maduros los otros. Los muchachos se acuestan gratis con la novia.

Antes de dar con el viejo, un muchacho que empujaba una carreta repleta de naranjas se asustó al vernos, trató de esconderse y las naranjas se regaron por toda la calle, recién lavada por la lluvia. El camión aplastó unas cuantas porque mi cabo, carcajeándose, no permitió que nos detuviéramos. Soñaría alguna vez, muerto de sed, con esas luminosas naranjas calle abajo.

—Noche de amantes y ladrones —dijo Oviedo el Oscuro.

Nos detuvimos en la estación. Una muchacha rubia, bonita, de tierra caliente, y una vieja ciega, tal vez su abuela, pedían limosna para completar el precio de los tiquetes. Escuálidas ambas, en pantuflas, se les notaba que venían de lejos. Una maleta de cuero destartada y una caja de cartón amarrada con cabuya eran todo su equipaje. Un viejo jorobado y tuerto vendía caramelos y ositos de peluche. Un perro de tres patas se perseguía la cola. Daba risa. Un perro loco. ¿Cómo diablos había perdido la puta pata? Flaco y sucio, perdido y muerto de hambre, vida malparida. Mi cabo se quedó mirando con cara de idiota, imaginando quién sabe qué cosas, el tren que llegaba de San

José y partiría pronto a Sacramento, y luego nos metimos al laberinto de las señoritas, ya que lo teníamos a un tiro de piedra.

¿Qué hacían en La Malquerida el joven y su par de amigos?

Razón tiene Oviedo el Oscuro: a mi cabo Ardilla le gusta ver correr las putas, su taconeo, la manera como se estiran las falditas de juguete, como devuelven las tetas a la blusa. Hizo apagar la música tan pronto entramos a La Malquerida y se paseó por entre las mesas, sintiéndose muy importante, momentáneo señor de las putas, reyecito de cartón. Le dicen el Mono Ardilla no tanto porque sea rubio sino por sus rasgos simiescos, por su breve tamaño y su extrema delgadez, por su nerviosismo y porque no sería raro verlo colgado de una rama. El apellido le cae como anillo al dedo. Como dedo de fraile en culo de monja, según Oviedo, siniestro y vulgar.

—Lo que mi cabo ordene —dijo la gorda de los anillos, Petrona Sanguino, la Malquerida.

Una de las mujeres se parecía a Maritza López. Mi cabo se quedó embobado, luego cerró los ojos y sacudió la cabeza. No era su mujer, por supuesto, sólo se parecía.

Hizo algunas preguntas, pero no tomó apuntes. Al volver al camión, encendió un cigarrillo y escupió. Algo le estaba dando vueltas en la cabeza. Se subió junto al chofer y arrancamos.

El viejo no nos miraba, pero percibíamos con nitidez su olor de bestia acorralada. Al muchacho se lo llevaron los amigos al hospital porque el viejo le partió una botella en la cabeza. Todo ensangrentado hasta la camisa, mudo, muerto del susto, miraba al viejo con ojos de mocoso regañado.

Como el pájaro que esconde la cabeza debajo de un ala.

Así, el viejo muerto de frío.

Salíamos a cazar ratas. El batallón, el terreno de tiro, el bosque y los barrios vecinos estaban infestados. Por tres ratas daban un día franco, nunca atrapé una. Oviedo, que las mataba a escobazos, consiguió una semana de permiso para viajar a Málaga. Nos trajo cartas y bocadillos.

—Recen por que no se acaben las ratas —nos dijo.

Las malas lenguas informaron que Oviedo el Oscuro había extendido sus servicios de matarratas al vecindario.

Que las mujeres le abrían las puertas y las piernas.

—Cáceres, vas a caerte de culo —dijo.

Volvió temprano a Pamplona, todavía con el aroma de los besos de Gloria Sábila en el cuerpo, y tropezó con un par de tetas. Se sentó en uno de los escaños de la plazuela a fumarse un Pielroja. «Ah, la vida es rica, la vida es cuca y ron», se dijo. En realidad, no meditaba sino sentía, la ricura de la vida lo atravesaba como un río, se lo comía con dulzura. La pensadera no era lo suyo, ni siquiera la contemplación, sino la acción pura, la adrenalina. Entonces descubrió que una mujer desnuda lo contemplaba desde la amplia ventana de uno de los apartamentos del edificio Bellalú. El perro Oviedo atendió sus señas, entró al edificio meneando la cola y consoló a la mujer un largo rato.

—Mira —dijo, enseñando la manotada de billetes—. Todo esto me lo chupo en ron. Cuca y ron, mi lema. La hembra está gastando los últimos cartuchos. Bellalú, así le dicen, así le decían en sus buenos tiempos, como al edificio, porque es su dueña, marica. Más negra que yo. Todavía está buena. Casi me mata.

—¿Buenas tetas?

—Qué va, teticas de lástima.

Esperamos a que mi cabo Ardilla comiera. Nosotros lo habíamos hecho a las seis: sopa de lentejas, arroz blanco y papas saladas, carne, café y pan, el menú de los viernes. Nadie engorda en el ejército. Llegó mi cabo Ardilla y salimos en uno de los camiones un poco antes de las siete a recorrer las heladas calles de Pamplona. Tres horas después volvimos con el viejo. Mi cabo Ardilla dijo que le chillaban las tripas y lo vimos alejarse hacia el casino. La pena le abría el apetito.

—Tiene la solitaria —dijo Ramírez.

—La malparidez —precisó Oviedo.

Era pequeño y mandón, flaco y nervioso, el reyecito de putas. «Todo chiquito es malcriado», dijo Oviedo. Fumaba como puta en estación de policía, mi cabo Ardilla. Su mujer se la jugaba casi con todos. ¿Quién no se había comido a Maritza López? En los baños se leían sus especialidades y hasta quienes no la conocían daban garantías.

Al rato, cuando mi cabo Ardilla entró al despacho acomodándose el uniforme, sentimos su aliento: bebía como esponja en los últimos meses. Los cuernos dolían más que una patada en las pelotas.

—Es un hijueputa —dijo el viejo.

Entonces tenía la cara levantada y las manos huesudas sobre las rodillas. Las mejillas hundidas. La manzana de Adán, voluminosa, como un animal que no encuentra la salida.

—Pero usted le partió el pote —dijo mi cabo Ardilla.

Acostumbrado a todo, el viejo ni siquiera parpadeó. Le faltaba una buena rasurada, colgarse un saco decente, planchado y con los botones completos, otra camisa, desempolvar los zapatos, y le sobraban años. Sus ojos saltones hacían pensar en los animales sacrificados. No se defendió cuando mi cabo, molesto, le preguntó la razón del escándalo.

—El joven no lo golpeó a usted ni le dijo nada, según entiendo. ¿Qué le ofendió? Dígame. Me pareció un muchacho decente. Todo lo hizo usted, según los testigos. Llegó, lo vio y se puso a darle hasta que se cansó, ¿sí o no?

Se necesitó un largo rato para que el viejo repitiera:

—Es un hijo de puta.

—Razón suficiente para matarlo —se burló mi cabo Ardilla.

—Sólo le di un botellazo.

—¿De cuándo acá tanta amabilidad?

—Jodió a Renata.

—Ajá. ¿Qué le hizo?

¿Se está haciendo el pendejo mi cabo? Por pendejo le pasa lo que le pasa. Cualquiera entiende que el tipo se la comió, mi rey de putas. ¿O tampoco sabe lo que los otros le hacen a doña Maritza, mi reyecito? Pero qué imbécil.

—La jodió, se la tiró —dijo el viejo.

Le costaba decir lo que decía. Uno no sabía si iba a llorar o maldecir. ¿Quiénes éramos para que nos contara sus cosas? Tuve ganas de salir corriendo, pero no era una opción. Debía esperar hasta que mi cabo me ordenara retirarme.

—Así no puedo anotarlo, ¿entiende?

Mierda. ¿Para qué joderse en un viejo así?

—La dejó barrigona —dijo el viejo, cansado.

Había buscado al joven muchas noches, desde que supo de la preñez de Renata, y hasta ahora lo encontraba. Había descargado con el botellazo toda la ira acumulada en tanta búsqueda y dolor. En La Malquerida le encontré encaletado el cuchillito de zapatería que ahora reposaba en el escritorio, entre un crucifijo valioso y dos fotografías borrosas, tomadas en la calle, en blanco y negro. En la primera, una mujer asustada sostenía un niño en sus brazos. En la otra, la misma mujer con dos niños: tal vez el mismo niño, con expresión furiosa, y una niña asombrada. En el fondo de ambas fotos, la gente que pasa y que nunca advierte que hace parte de fotos ajenas: un pie que entra o que sale del marco, un cuerpo distraído, un fugaz brazo estirado hacia la eternidad. La mujer no se veía cómoda ni feliz en ninguna de las fotos.

Mi cabo tomó el cuchillito y le pasó la yema del pulgar. Estaba luminoso de filo.

—¿Y quién es Renata? —dijo—. Si puede saberse.

El viejo contó:

—Mi hija.

Y luego:

—La muy mensa se dejó joder.

Sólo una noche dormí con Teresa. No era su primera vez ni la mía. Amanecemos juntos, engolosinados. Parecía que íbamos a tener todo el tiempo del mundo. «Ahora soy tu novia», dijo y me miró de una manera que me puso contento. Me besó todo el cuerpo y me enseñó sus lunares secretos, uno por uno, una y otra vez. Bauticé con mi nombre el más oscuro, el más divino, en el paraíso de su nalga izquierda.

Imaginé la eternidad desgastando mi lengua en sus territorios.

Al otro día, cinco cuerdas antes de llegar a mi casa, caí en la redada y ya no nos vimos más. Conservé su olor como tres noches.

No es lo mismo con Lucy. Tenemos que pagarle y hacerlo de afán. Además, nos llama por el apellido, como se acostumbra en el ejército y la escuela, y no permite que la besen en la boca. Las putas son así. Sin devoción, sin locura.

—No soy su novia, Cáceres —dice la hembra—. Y menos su madre.

Filoso.

—Y con este cuchillo qué —dijo mi cabo—. ¿Pensaba rebanarle el pescuezo al muchacho?

Con ese cuchillo puede rebanarle el cuello a su mujer mientras duerme y así cortar de raíz la cornamenta. O rebanarse el cuello él mismo y evitar más vergüenzas. Pero no, mi cabo Ardilla no hará ni lo uno ni lo otro. Chillará en el baño como un adolescente, y luego dormirá junto a su compartida mujer, reyecito de putas.

Lo vi palpar el filo del cuchillo con la yema del pulgar.

A mi cabo Ardilla le horrorizan las ratas. Dicen que se desmayó cuando una le subió por la pierna. No me consta. Puede ser un chisme. Su mujer nos llama para que le armemos las trampas.

—Por cada rata te enseña una teta —dice Oviedo el Oscuro.

No me consta.

—¿Qué enseña por tres ratas?

—El Triángulo de las Bermúdez.

Las Bermúdez son famosas en Málaga. Si uno les pide que se sienten, se acuestan, según el oscuro catecismo de Oviedo, y si se acuestan, se derriten. Todas tienen hijos de hombres diferentes. No son bonitas. Se les conoce como las Carboneras, porque de eso también viven, de vender carbón. Así que marido que llega tiznado a la casa, ya se sabe de dónde viene.

—Ah, mujeres de servicio público —suspira Oviedo.

Carlota Bermúdez, la mayor, la gorda, porque las otras dos parecen palos de escoba, fue por largo tiempo la moza de un cura. Por eso mismo le dicen la Mamasanta, aparte de las memorables y santas mamadas, por supuesto, y a los críos con que el hombre de Dios bendijo su vientre, los hijos de la abstinencia. La mediana, la Paloma, muy baratera, hace lo que le pidan y sin pensarlo dos veces. Habla con los fantasmas. Lee las cartas y el tabaco. «Adivino que me vas a comer», dice, muerta de risa. También le dicen Tres Teticas, sabrá Dios por qué. La Pirañita, la más chiquita y candelosa, la favorita de muchos porque les deja la cosa en carne viva, anda mal de la cabeza. Todas andan mal de la cabeza, pero a la Pirañita se le nota más.

Se bañan desnudas en el Pozo del Ahorcado.

—¿Por cuatro ratas?

—Puedes navegar en el triángulo.

—¿Y por cinco?

Quiero saber qué ofrece Maritza López por cinco ratas.

Oviedo el Iluminado, todo feliz, dice:

—Imagínate.

Teresa come insectos en mis sueños. Los insectos salen de su boca, desesperados, y su lengua larga y rosada los atrapa y los recupera. Me pregunto si Teresa todavía es mi novia. «Saben a menta», dice en mis sueños, relamiéndose. Dejó de escribirme.

Nos habló de la hija. Con las frases sueltas del viejo, con sus gruñidos y sus gestos, como quien cose una colcha de retazos, reconstruí la historia. Renata tenía diecisiete años y había dejado de estudiar a causa de la preñez que pronto la delataría. Se parecía a su madre, que en paz descansa. Cocinaba, lavaba y cosía tan bien como la finada, alma bendita. El joven la emborrachó para aprovecharse. Las borrachas lo dan todo, viejo. Después le prometió matrimonio y lo siguió haciendo sin necesidad de emborracharla. La preñó y desapareció del mapa. Renata confesó y el viejo salió a buscarlo. Y ahora, lo de siempre, el muchacho se había comprometido con otra. Ahora estaba en el hospital. O no, todo remendado, ya estaría en casa, frente al televisor, maldiciendo al viejo infeliz y su puta hija. Mi cabo no registró la historia. Se limitó a escuchar mientras fumaba un cigarro tras otro y observaba por la ventana el cambio de guardia. Me dijo que le trajera al viejo un sorbo de agua. Hablaban del muchacho cuando volví con el vaso.

—Dino qué, señor Morantes.

—Dino. No sé más. Creo que es Daniel.

—¿Al fin qué, Daniel o Dino?

—Daniel.

—¿A qué se dedica? ¿A cazar leones?

—A nada.

—¿Estudia?

—No. Como que no. Va a la universidad a veces. Juega billar.

—Ajá.

El viejo, en síntesis, sólo sabía el nombre del muchacho, en el caso de que fuera su nombre, y que jugaba billar en el bar de Osiris. De cuando en cuando tomaba clases de pintura o fotografía en la Universidad del Valle del Espíritu Santo.

Tahúr.

Son los peores. En otra redada, cuando se le cure el pote, lo traemos y entonces veremos qué tan varoncito nos resulta.

—Mañana resolvemos este asunto. Tal vez lo remitamos a la policía. En todo caso...

Sí, mi cabo, no nos incumbe. Lo trajimos por falta de aguacates, qué broma. Se acobardan con el frío y se esconden. Se refugian en sus mujercitas y se les olvida el cumplimiento del deber. Salimos a recoger indocumentados, remisos «y otros bichos», como dice mi cabo, y sólo volvimos con este pobre viejo, noche de poca suerte, qué broma. Víctor Morantes, natural de Punta

Gallinas, viudo, zapatero de profesión.

Cuando mi cabo le preguntó la dirección, sólo dijo:

—Tintorredondo.

Un hijo suyo murió en el ejército.

—A Vítor me lo mataron ustedes.

Dijo «Vítor».

No aceptó el agua.

—Lléname, lléname, lléname —dijo Teresa.
Todas las noches pienso en esas palabras.

—Tráigale agua, soldado Cáceres —había dicho mi cabo.
Pero el viejo no quiso beberla.

Conocí a Teresa Barajas en el río, un domingo. Bajé con los tres amigos de toda la vida: Próspero, Marco Polo y Juan de Jesús. No tenía ganas, pero insistieron.

—De pronto encuentras la sirena que andas buscando —dijo el Juan de Jesús.

—No más piensa en la cola de la sirena —precisó Marco Polo.

La noche anterior habíamos acompañado al Juan de Jesús a llevarle serenata a la muchacha que le estaba dando por la cabeza. Tocaba mal y cantaba peor. La Dulcinea no se asomó a la ventana, tal como temía el enamorado.

—Me caso —dijo el Juan de Jesús de las Pelotas, esgrimiendo su remendada guitarra.

—Pero si no tienes para darle de comer —dijimos.

—Pero si ni siquiera es tu novia —dijimos.

—Pero si te trata como caca de perro —dijimos.

—Me caso —dijo el Juan de Jesús.

Y así siguió toda la noche, mientras se emborrachaba. Lo llevamos donde las Carboneras para que le aliviaran el alma. La menor de las Bermúdez, la Pirañita, lo condujo a su cuarto y lo despachó en un santiamén. No sirvió de mucho, la tal Teresa lo había herido de muerte.

Ya de madrugada, paramos en una esquina a beber café en vasitos de plástico.

—No tomo café a esta hora porque me desvela —dijo el Juan de Jesús, tambaleándose—. ¿Y mi guitarra?

—Donde las Carboneras —dijo Marco Polo.

No estábamos lejos.

Y la Pirañita, guitarra en mano, nos esperaba en la puerta.

—Infinitas gracias, placer de mi vida, miniatura del bosque —dijo el Juan de Jesús.

Quería seguir de rumba en La Cosa de Juan, pero nos negamos. Nos zapateó como un niño.

—Ni por el putas —dijo Marco Polo.

—Por allá, ni amarrado —añadió Próspero.

—Si deben algo, yo me encargo —dijo el Juan de Jesús, torciendo la boca, fugaz dueño del mundo.

—¿Con qué? —dije.

—¿Tienes cuenta abierta con el Florecita? —dijo Próspero—. ¿No sabes cómo cobra ese man? ¿No te lo imaginas, menso? Te hará pagar pétalo a pétalo.

—Nunca he puesto un pie en ese antro —dijo Marco Polo.

En pleno berrinche y sin motivo alguno, el Juan de Jesús de las Pelotas le arrojó una piedra a un perro, que se alejó chillando.

—Tengo alma de mataperros —dijo.

Lo engatusamos con mil promesas y terminamos acompañándolo a su casa. Aguantamos la cantaleta de doña Pilar, que nos abrió con un gato en el hombro, y nos fuimos a dormir.

—¿Sí vieron? —dijo Marco Polo—. ¿Vieron el gato?

Vimos el gato pero queríamos dormir.

—Un gato muerto —precisó Marco Polo—. La doña está loca.

—No digas bobadas —replicó Próspero—. Un gato dormido.

Vivo o muerto, qué importaba un gato a esa hora. Quería dormir. Les dije adiós con la mano y me dormí antes de llegar a la cama.

Al rato llegaron con el cuento del paseo.

Fui tras ellos, pateando piedrecitas, imaginando sirenas.

Nadie mencionó gatos muertos.

Más abajo, robamos unas naranjas.

Alguien gritó:

—Maricas, no se roben las naranjas.

Nos persiguieron unos perros.

Cansados, nos devolvimos y los perseguimos a piedra.

Ricas las naranjas, como mujer ajena.

El perfume de los árboles me embriagó.

Me tendí a contemplar los coqueteos del sol por entre las hojas.

Juan de Jesús de los Palotes persiguió los pájaros a piedra y Marco Polo intentó atrapar truchas. Ni pájaros ni truchas. Ni sirenas. Nos consolamos con los bocadillos y el queso.

Fuimos río arriba.

No había muchachas desnudas en el Pozo del Ahorcado. No había nadie. Ningún cura colgado de un árbol.

—¿El cura que se ahorcó es el mismo que preñó a la Mamasanta? —preguntó el Juan de Jesús.

—Otro —dijo Marco Polo—. Al preñador lo mandaron a España.

—Dicen que algunas noches el cura vuelve a colgarse de este árbol —dijo el Juan de Jesús—. ¿Cuál fue su pecado?

—Le gustaban los muchachos —dijo Marco Polo, arrojando una piedra al pozo. Y luego hizo algo raro: apedreó el árbol del ahorcado con furia, como si quisiera derribarlo—. Ese fue su pecado.

Nos quedamos callados un rato, viendo el agua.

—Me estoy acordando de una canción —dijo Próspero.

—¿Cómo dice? —preguntó el Juan, paseando los dedos por una guitarra invisible, acostado en

la hierba.

—Es lo malo: sólo me acuerdo de la música.

Próspero tarareó una línea, pero no supimos identificarla.

—Esa canción no existe —dijo Marco Polo, absorto.

El Juan se durmió con la guitarra sobre el pecho.

Me alejé río arriba, por la orilla, de piedra en piedra, hasta que oí las voces, las risas, el bullicio: dulces aves del reino femenino. Entonces la vi. Me vio. No me tuvo miedo. Salió del agua y contemplé sus piernas. Se me acercó.

—Teresa Barajas, casi desnuda —dijo, empapada.

—Las sirenas no existen —dije.

—¿Te gusta lo que ves?

—Ese lunar se ve divino.

Junto a la boca.

Boca de negra, boca en flor.

¿Quién sería el colibrí de semejante cosa?

—¿Sólo el lunar?

Todo, mamita, todo.

Reventaba de buena.

Entonces vi el otro lunar, en el seno izquierdo, y estuve a punto de mencionarlo.

—¿Andabas de serenatero anoche? —dijo—. No sé cuál de los cuatro canta peor. Te vi por la rendija.

—¿Cuál rendija?

—Yo era la homenajeadá, señorito. El Juan ni toca bonito ni me gusta. Dejemos que el pobre se consuele rascando la guitarra. O lo que prefiera rascarse.

—Con razón se está muriendo.

Soltó la risa.

—Pues acabas de matarlo —dijo—. ¿Tú no eres Antonio Cáceres?

Estaba por mencionar que más abajo el Juan apedreaba pájaros cuando llegaron las otras muchachas.

—Miren el príncipe que salió del bosque —dijo Teresa.

Fui a regar el jardín de la casa de mi cabo Ardilla, porque órdenes son órdenes, y doña Maritza me estuvo haciendo ojitos desde la ventana. Apenas acabé, dijo que le comprara la última edición de *Cosmopolitan* y, aunque me dio suficiente dinero, preferí echar pata hasta al centro y quemar tiempo soñando que era hombre libre. La gente corría como loca entre la niebla. Una docena de toros andaba suelta por las calles. No vi ninguno pero sí a una de las víctimas, un comerciante de sesenta años. El toro le había rasgado el vientre en el ascensor del edificio Bellalú. Vi el reguero de tripas. Oí que había más muertos. Unas mujeres. Días después supe que se trataba de una sola mujer, una vieja, que venía del mercado con su nieta de siete años. La niña, al parecer, se salvaría. Vi una muchacha, muerta del susto, entre la niebla: saquito blanco, de lana, falda negra, cola de caballo, preciosas piernas. Provocativa y bonita ni se diga, como desamparada en la mitad del mundo. Estaba a punto de preguntarle si necesitaba ayuda cuando un muchacho la tomó de la mano y la condujo casi a rastras hasta la puerta del Hotel Victoria.

Las mujeres barrían los destrozos de la estampida.

Una de ellas habló de veinte toros. Los había visto con sus propios ojos. Podía jurarlo. Y se echaba cruces.

Me acordé del encargo. De paso, compré una revista de humor. Oviedo la leería y luego nos contaría los chistes con su gracia, como si acabara de inventarlos. Volví a la casa de mi cabo Ardilla sin tropezarme con ninguno de los toros.

Maritza López señaló la tapa de la revista, donde, en letras rojas y grandes, decía: *Setenta y siete maneras de hacer feliz a un hombre*.

—Sólo conozco una —dijo.

Me ofreció café y me invitó a la cocina sin esperar una respuesta.

—Pensé que los toros no te dejarían regresar.

Le pregunté cómo sabía de la estampida.

—Las noticias vuelan. ¿Verdad que parece una revolución? Treinta toros sueltos deben armar un desorden de padre y señor mío.

—No creo que sean tantos.

—¿Cuántos viste?

—Ninguno, doña Maritza.

—Ahórrate el doña, Cáceres. Tenemos casi los mismos años.

No se había vestido. La bata entreabierta dejaba ver un seno. Había olvidado las pantuflas en la

alcoba. Bonitos pies, uñas recién pintadas. El café, regular. Se quejó de la llave del lavamanos y subí detrás de ella hasta el dormitorio. Lo que quiere es que le riegue el jardín de las piernas, pensé. Porque la llave funcionaba, abría y cerraba, ni siquiera goteaba. Estábamos los dos en el baño, casi nos rozábamos. Ahora se sienta en la taza y me lo agarra, pensé, temí. No quise, no quise tocar ese seno ofrecido, no quise morder ese pezón, no quise regarme entre sus piernas, por mi cabo.

—Ay, tengo un dolor de espalda —dijo la mujer—. ¿Qué tal eres para los masajes?

No quise tirarme a mi cabo. Alegué que tenía afán, doña Maritza, que me esperaban para no recuerdo qué.

—¿Te han dicho cosas malas de Maritza López? —preguntó, estirando la trompa como una niña regañada—. Se nota que eres un torito.

Dije que otro día.

—Otro día será lo que tú quieras, precioso.

Salí corriendo como un marica. Pobre mi cabo con semejante loca. Con el susto, olvidé la revista de chistes. No me devolví, por supuesto.

De malas, me cayó la tarea de vigilar al viejo en el cuarto de las visitas. Ramírez y Oviedo se fueron a dormir, y me quedé preocupado por el queso y los bocadillos que me enviaron de Málaga. Oviedo es paisano pero no tan amigo. Le tengo confianza a Ramírez, que comparte con medio mundo las cebollitas ocañeras, pero no hay amistad que valga ante una caja de bocadillos y un queso de Málaga. El viejo no se escapa, pensé, y más que vigilar me dispuse a cuidarlo, porque órdenes son órdenes. «En la nevera se muere», dijo mi cabo. Era cierto, lo hubiéramos encontrado tieso en la mañana, acurrucado como un niño con miedo, como un pájaro. Después de medianoche trajeron siete muchachos, mechosos y flacos, marihuaneros, y los guardaron en la nevera de inmediato.

Siete, a medio vestir, como si los hubieran sacado de una fiesta.

Estarán tiritando, pobres pendejos, uno junto al otro, pegaditos, tan lejos de su mamita. Carne de cañón. Pobrecitos si caen en manos de mi cabo Ardilla. Les enseñará cómo se cuidan los cabellos largos, esas mechas de trapero, y les explicará con paciencia de maestra de escuela las adecuadas maneras de consumir el cachito de marihuana. El reyecito arreglará con los pobres muchachos las cuentas que le quedan grandes con su mujer.

—Eso dijeron, que diarrea y otras vainas. Pero fueron las patadas de ustedes —había dicho el viejo—. Sus botas. Ya limpiaron la sangre.

Lo revolvía a uno la voz del viejo.

Los cuernos, ay, como una patada en las pelotas.

—¿Teresa Barajas todavía es tu novia? —me preguntó Oviedo el Oscuro.

Y sentí la patada, mi cabo.

—Todavía —me arriesgué a decir—. ¿Por qué?

—Por nada.

—Si lo preguntas será por algo.

Teresa me enseñó los lunares despacio. Me mantuvo muerto de sed por largos meses. «Toñito, ay, Toñito», me decía. Me volvió loco el sembradío de su espalda.

—Ay, Cáceres. Deberías preguntar, mandar a preguntar, en Málaga se sabe todo —dijo Oviedo—. Y hablando como los locos, Juan de Jesús de los Palotes se juntó con la gente del Duende.

—Lo conozco.

—¿No era el antiguo novio de Teresa Barajas?

—Nunca lo fue.

—Dicen que le volaste la novia. En Málaga se dice que se fue al páramo de puro despecho. La banda de los despechados, así debería llamarse. Si el negocio no les prospera, deberían dedicarse a cantar rancheras.

—El Juan es músico.

—Ya ves. Se dice que el Duende tiene una voz que hechiza a las mujeres. Debe ser así porque ninguna ha regresado. Antes se metían a los conventos y se entregaban al Señor. Ahora buscan la niebla del páramo y...

—Entonces el Juan se fue de bandido.

—¿No lo sabías?

—Entonces ya te dijeron.

—¿Qué cosa?

—Que Teresa ya no es mi novia.

Que otro ya conoce sus lunares.

Que otro ya es el dueño del lunar de la nalga izquierda, antes conocido como el lunar de Antonio.

—Ya te dije, Cáceres, pregunta.

Tuve ganas de patearlo y luego pensé que Oviedo no me había hecho nada. Malparido. Le pregunté algo sobre el Duende, pero no entendí su respuesta.

Le pregunté por Gloria Sábila y no dijo nada.

—¿Ya no es tu novia? —insistí.

—Ya no.

—¿Y eso?

—Se envenenó, marica.

—Qué desastre.

—Y no fue por mí.

—¿Entonces?

—Por la Pirañita.

No salía de mi asombro.

—Una de las Carboneras —precisó Oviedo el Oscuro, como si no lo supiera todo el mundo—.

El año pasado las vieron besándose en el Pozo del Ahorcado y no me creía el cuento.

—¿Entonces tu Gloria Sábila se envenenó por la Pirañita? Mierda. ¿Y ahora qué vas a hacer?

—No sé. ¿Tú qué dices? ¿Voy a la boda?

El viejo bajó la cabeza y se cubrió con los brazos, en el extremo de una banca de iglesia del cuarto de las visitas, nombre de burlas para un estrecho calabozo con una miserable ventana con barrotes cerca del río y las oficinas principales. Me quedé dormido. Lucy me decía «venga» y se puyaba la entrepierna con los índices. Fui. Entonces apareció Santuario y nos gritó que pagáramos la pieza, queriditos, y desperté cuando le alargaba el billete, qué cosa con los sueños.

Apagué la luz.

Me pregunté si mi cabo Ardilla ya estaría durmiendo o seguiría bebiendo sus penas en el casino, todo acoquinado. ¿Aullaría a la orilla del río hasta sacarse el miedo? Animal de monte. ¿O haría un hoyo en la tierra húmeda y metería la cabeza para enterrar los gritos? O tal vez no. Tal vez ya estaría de cabeza en otro agujero, reyecito del reino de la malparidez. ¿Ya estaría mi cornudo cabo entre las piernas calientes de Maritza López, después de perdonarle todos los deslices? Reyecito de cartón bajo la lluvia. ¿Olería, embriagado, el aroma de los otros hombres? Reyecito desleído.

De acuerdo, mi cabo, lo del hijo del viejo es harina de otro costal. Ni siquiera debió mencionarlo. Anda flojo de la cabeza el pobre viejo. El reyecito de putas se tragó los insultos. La cuestión es la pelea en La Malquerida y no otra cosa. El viejo se pasó el tiempo hablando de la tal Renata y para colmo terminó metiéndose con el hijo. «A Vitor me lo mataron a patadas», algo así dijo. Harina de otro costal, por supuesto. El mes pasado murieron de insolación dos soldados. Al teniente Aguaclara se le fue la mano con el castigo. Los soldados cayeron al piso como muñecos y luego se murieron. A mi teniente le hicieron un llamado de atención.

—Le dejaron las piernecitas moradas de tanta pata que le dieron—dijo el viejo.

Volví a dormir. A medio dormir. Luego me espantó el sueño la imagen de los insectos desesperados por escapar de la boca de Teresa. La luz débil de la garita, donde cabeceaba el centinela, recortaba fantasmas en los árboles y se colaba a gatas por entre los barrotes de la ventana. Parecíamos velar un muerto que no estaba, un muerto de mañana. Ahora el viejo miraba hacia la ventana y despegaba los labios, como rezando. Su manzana de Adán subía y bajaba mientras Teresa me daba a besar sus lunares.

—Ay, Toñito, tengo lunares regados por todo el cuerpo.

Y me extravié en el estrellado cielo de la espalda de Teresa Barajas de la Perdición.

Me hubiera gustado hablar, se aburría uno con tanta pensadera, se ponía uno a pensar en novias que comen insectos de menta. Hablar de la tal Renata, que ahora sería para todos, esa cuquita. El

viejo hizo una seña y salió a orinar. La luna nos sorprendió. Se les escapó a las negras nubes, toda mordisqueada, y salió corriendo como una loca.

—Mamacita —dijo Oviedo.

Porque había luna cuando llegamos a la estación, antes de que detuviéramos al viejo en La Malquerida. Luego la taparon las nubes.

Ya no supe si dormía o soñaba. Renata Morantes, mamita, cosita rica. Perdí la cuenta de las horas. Creo que estuve elevando cometa con Teresa. Volví a verla salir del río y exprimir sus cabellos.

—¿Eres Antonio? —dijo—. ¿Eres el muchacho de las cabras?

Ah, tenía nostalgia hasta de las benditas cabras. Cuando volviera a Málaga, madre mía, las olería como muchachas perfumadas. Ah, su leche tibia. Pensar en las cabras y en novias que comen insectos en los sueños, cuidar viejos a la luz de la luna, no era mi idea de servir a la patria. La gloria de servir a la patria. «La única Gloria que me interesa vende obleas y arequipe en Málaga», dijo Oviedo. Decía. Cuando ignoraba que su Gloria Sábila extendía el arequipe sobre la Pirañita. Gloria, Teresa, Renata, cuquitas de la patria. El viejo salió a orinar. ¿Otra vez? El tiempo giraba en redondo, como un perro que se persigue la cola. El viejo se quedó dormido contra el árbol, de pie, con el pajarito arrugado en la mano. Toqué su hombro para despertarlo y lo acompañé a sentarse en la banca. Entonces ya no apartó los ojos de la ventana.

—Hijo —dijo en algún momento, y entendí que hablaba con los recuerdos.

En la madrugada, seguía embebido en las miserables rayas de luz de la ventana, sin despegarse de la banca. Había ido a sentarme un rato a su lado. Sólo se levantó cuando me ordenaron que lo entregara a la policía. Le decomisaron el cuchillo. Olvidó el crucifijo y las fotos. Mi cabo Ardilla se quedó con el crucifijo, qué perro, y las fotos, sin romper, terminaron en la cesta de la basura. El viejo no se daba cuenta de nada. Ya salíamos cuando mi cabo Ardilla, que apenas llegaba, pero ya bañado y peinado, pulcro y con los aullidos enterrados, como si fuese otro y no el miserable de todos los días, dijo que, de paso, le trajera el último número de *Vanidades*, para su mujer, claro. Me dio el dinero y añadió al pedido la cancelación de una cuenta pendiente en el bar de Osiris.

Tres: El viejo

Aunque la noche entraba por la puerta abierta, se negó a encender la luz. Árbol sin pájaros, perro apedreado, hilo reventado de cometa en la lluvia, hilo podrido. Sentado frente al cajón de las herramientas y entre montones de zapatos de distintas épocas, desde los recién recibidos hasta los que jamás serían reclamados, el viejo esperó otro rato, mientras la sopa de la noche espesaba y conseguía el punto de reposo. Deslizó el desgastado cuchillo del oficio en el bolsillo del saco, maldita sea, se levantó limpiándose los ojos y desde entonces se aferró a su destino. Salió a la calle, vacía en ese instante, aseguró la puerta con la herrumbre del candado, se ensalivó y frotó las manos, se estiró las hebras grises sobre el cráneo desde la frente hasta la nuca, con una mano y luego con la otra, traqueó el esqueleto al echar hacia atrás los hombros, acomodándose a la tibiaza de un saco cada vez más raído, más grande, y zapateó para espantar el polvo. Mordió y masticó la uña del meñique. Carraspeó y escupió. Luego observó alrededor: nadie había visto su horrible gesto. Detestaba que los hombres escupieran en la calle y se rascaran las vergüenzas en público. ¿Qué pensarían las damas?

El monstruo, desparramado en el Valle del Espíritu Santo, encendía sus millares de ojos.

Los últimos pájaros llegaron a dormir a los árboles del parque. Luego vendrían a esculcarse los enamorados. Más tarde, como si nada, pasarían los ladrones, los borrachos, los policías. Unos se fumarían un cigarrillo y otros echarían un ojo para decidir si se quedaban o buscaban nuevos rumbos. Por último, vendrían los gatos extraviados, los perros sin dueño, las ratas hambrientas. Y luego nadie.

Otros pájaros, en autobuses repletos, volvían a casa.

Descendían soñolientos, con sus invisibles y atrofiadas alas cubiertas de polvo. Del paradero a la casa dejaban para nadie un sendero de plumas que el viento barría antes del amanecer.

Pasó pedaleando el afilador de cuchillos con pinta de payaso: sombrero verde con plumita roja, corbata de pepitas y pantalones ajedrezados. Sin detenerse, levantó el ala del sombrero a manera de saludo.

Pasó el repartidor de pan, con la canasta vacía asegurada a la parrilla de la bicicleta. No se saludaron. Nunca habían cruzado palabra.

—Ya es tarde —dijo el viejo.

Se había hecho tarde para todo.

El panadero volvía a casa, donde la vida acababa de inventarse y una mujer recién bañada serviría la cena. Los niños jugarían un rato en la calle y luego irían a la cama. El panadero y su

mujer dormirían juntos y felices, abrazados o al menos tocándose, atados por hilos invisibles. Uno se despertaría en medio de la noche y se pegaría un poco más a las nalgas del otro.

En vez de comprar el pan y volver a casa, el viejo se detuvo en Altamira, donde tantas veces bebió el primer café del día. Dándole la espalda, Rosa lavaba unos pocillos y tarareaba algo de la radio. El viejo contempló sus brazos gordos y flojos sin atreverse a entrar. Quería contarle su destino y despedirse, quería decirle: «No me ruegues, doña, no hay otro camino». Rosa acudiría entonces al consejo de los clientes para espantar la torpeza del viejo, su estupidez, su terquedad. Unos pedirían detalles, otros se encogerían de hombros. Rosa se volteó y le pidió que entrara, don Víctor, qué se le ofrecía. El viejo dijo que nada, gracias. Tomó una calle al azar y tropezó con la prisa de un chico en patines, de rasgos femeninos y cabellos largos. La pared sostuvo al viejo mientras el chico rodaba al piso como una pelota. El viejo balbuceó unas disculpas y ofreció su mano. El chico se limpió las rodillas, rechazó la ayuda y se alejó entre maldiciones.

Sin saber cómo, se encontró en una calle solitaria, desconocida, como si se hubiera equivocado de ciudad. Se miró las manos, señaló la maraña de las venas, se palpó el rostro.

—Soy el sueño de otro —dijo.

A menudo soñaba que llegaba a una ciudad con una llave antigua y oxidada y durante horas probaba distintas cerraduras, hasta que perdía la paciencia y la llave. Ignoraba el nombre de la ciudad, su propia procedencia, su destino. ¿A quién buscaba?

Durante años, desde niño, huyó de un vampiro y, al final, era el vampiro. En uno y otro caso, con el mismo miedo.

Las pesadillas se juntaban. Como vampiro, aterrorizado, intentaba encajar en la cerradura una llave ensangrentada. No se veía a nadie en la calle pero sabía que estaban a punto de aparecer. ¿Quiénes? Sólo estaría a salvo si entraba a la casa. Limpiaba la llave en su camisa y probaba una vez más. Despertaba gritando.

Los perros, hambrientos, revolvían la basura.

En otro sueño recurrente, las mujeres se lanzaban al abismo, verticales, abrazando una criatura recién nacida. Una tras otra se asomaban y saltaban. Así, como si nada. Demoraban una eternidad en caer y confundirse con la espesa niebla del fondo del abismo.

Rostros deformes y letreros borrosos atestaban las paredes. No pudo descifrar una sola frase.

—No soy de nadie —gritó una mujer.

¿Dónde? ¿De qué garganta había escapado un grito tan aterrador? El viejo pegó su espalda a la pared y esperó. Nadie. El grito no se repitió.

Al doblar la esquina, manoteó al viento y padeció su aspereza en la garganta. Imaginó un animal en su cuerpo, navegando y bebiendo en su sangre. Un animal cansado que se asomaba a sus ojos. Que lo devoraba desde dentro, por costumbre, por hastío, y terminaría por no dejar nada, primero las tripas, luego todas las vísceras, el tuétano de sus huesos, el reguero de venas y, al final, los ojos. Los ojos como postre. Imaginó una mosca en la lustrosa superficie de su ojo muerto. Sabía que al morir los ojos conservan la luz un breve instante. Luego nada más que ojos muertos.

Vagó hasta el cementerio. Detrás, en una calle escondida del escándalo del viento, dos hombres le hacían el amor a la muchacha que los había invitado: las sombras que se unían, los gemidos de la muchacha crucificada en el ansia, contra las ruinas de una pared de adobe, la hierba pisoteada, la sombra tendida que observaba mientras esperaba el turno y se consolaba con su propia mano. El viejo casi pudo sentir la tierra que se desmoronaba entre las uñas de la muchacha. Se alejó con prudencia. Mucho después, un hombre elegante, con sombrero y bastón, redondeaba la esquina, escribiendo en un lenguaje de golpes para nadie. Dos perros escuálidos se perseguían sin ladridos, oliéndose. Un auto a paso de cacería, con las luces apagadas, bestia de metal y vidrios ahumados que busca en el bosque de cemento la víctima de líquidos, texturas y olores embriagantes. De uno y otro lado de la calle, los hombres vaciaban las rebosantes canecas en el carro del aseo municipal y las devolvían al desgaire, entre la columna de cemento del alumbrado público y un árbol maltratado, y se iban, callados, el trapo amarrado a la cara, bandidos sin delito, sin audacia. El borracho que regresa al hogar como si la mujer lo halara desde la cama mediante una cuerda invisible, el mendigo que acomoda el sueño, los gatos lascivos y los ladrones muertos del susto en los tejados, la novia que cierra la ventana, un taconeo nervioso que se aleja: coreografía de la noche sin Dios. El resto era silencio. La luna, redonda y pura, única, recién parida por la montaña. Un poco de cielo gris al otro lado. Qué noche más rara. Sin mirar, el viejo se desprendió de los escapularios y los arrojó a una caneca húmeda y vacía, hembra abierta y usada, desentrañada. Como desvestirse, como decir me entrego: arrojarlo todo, hasta las tripas.

Nunca fumó en su vida. Robó una sola vez. Bebió de cuando en cuando, como todos. Maltrató al perro que desplumó a Roberta, pobre lora, pero borracho. Nunca apedreó a los pájaros. Remendó y alimentó al más pobre de los pájaros del mundo, un copetón, hasta que levantó vuelo. Lo imaginó comiendo de su mano el día menos pensado, pero no, algo impidió el regreso: una hembra, una pedrada, el hambre o el frío de una noche interminable. Los años se habían cumplido en vano. La certeza de que la vida pudo ser mejor. La dolorosa presión de las uñas en las palmas le recordó un sacapuntas verde, desgastado, que le arrancaba la mina a los lápices. Robó ese sacapuntas en la escuela y su madre le golpeó las manos hasta casi inutilizárselas. Todavía me duelen. Gabriela Archila, la maestra de primer grado, le calentó a vara las nalgas porque no acertó a escribir en el tablero un verso de Rafael Pombo. Quiso arrancarse el pellejo como un guante, como piel de naranja. Luego su madre hizo algo terrible. Lo llevó de la mano a la escuela y ordenó que devolviera el sacapuntas delante de toda la clase. En un silencio de piedra, el dueño, una criatura cuyos cabellos desconocían el peine, con ojos de ratón y orejas de murciélago, se levantó y rehusó el sacapuntas porque ya estaba de botar a la basura y, además, le habían comprado otro. Con una sonrisa de regocijo enseñó el sacapuntas de metal, brillante como una moneda, dentro de una cajita de plástico. Sólo le faltó agregar que contaba con dos hojillas de repuesto. Gabriela Archila guardó el cuerpo del delito en el cajón del escritorio. «Dele palo, profesora, hasta que se le quite la maña», dijo la madre, y Gabriela Archila se esmeró en la tarea. Dos pestañas en cruz en cada mano aliviaban la violencia del impacto e incluso podían quebrar la regla. Todos lo afirmaban pero nunca presenció el hecho. Un mediodía se escapó con otros tres niños a bañarse en el río, y en la jornada de la tarde, acusados por el sapo que nunca falta, los cuatro delincuentes fueron colocados en el pelotón de fusilamiento frente a la directora. Sin tiempo de arrancarse una pestaña, extendieron las manos para recibir los correspondientes reglazos. En el último instante el niño que alguna vez fue retiró la mano y la directora se golpeó el muslo con la regla. Vio su rostro encendido por la ira, sus cabellos erizados, la mano temblorosa que elevaba la regla hasta el cielo entre maldiciones de verdulera. Entonces recibió la peor tanda de su vida y, aunque no lloró, se orinó en los pantalones delante de todo el mundo. Sus manos se abultaron como un pan. El pellejo de la cara, arrancárselo para ser otro. El otro, el que ya nunca.

Años después, muchísimos años después, volvió a ver a Gabriela Archila. Vestida de negro, vieja, temblorosa y encorvada, como si buscara una moneda en las gradas del atrio de la iglesia.

—Joven, deme la mano —dijo.

Le prestó ayuda hasta la puerta del templo, por supuesto, pero ni siquiera entonces pudo perdonarla.

—¿Lo conozco, joven?

Víctor Morantes dijo que no y, atemorizado como un niño, corrió a esconderse en un bar.

Qué estúpido, estoy rindiendo cuentas.

¿Y la directora? ¿En qué cementerio reposarían sus huesos? No había tenido suerte. Se fue del país cuando la sorprendieron en un motel con un hombre ajeno y sus secretos se regaron en la calle como papeles viejos. *El Norteño* se regocijó por lo menos tres días con los detalles. El hombre, además, tenía cuentas pendientes con políticos y mafiosos. ¿En el cementerio de qué ajeno país?

Recuerdos perdidos acudieron en tropel: el hombre que traía astromelias a casa y le obsequiaba una moneda, la boca hambrienta de Mercedes Orihuela, los desvelos de su adolescencia, el tío que llegaba a caballo y le enseñaba el rosario de cicatrices de cuchillo. El sol enceguecía en el espejo de las cicatrices. El tío llegó con Roberta y dijo: «Cuídala, muchacho, que ya vuelvo». El tío jamás volvió. Años después alguien habló de una venganza. El hombre de las astromelias tampoco volvió. Cuidaba a Roberta como a una novia, sopas de chocolate todos los días, la cuidaba de Tarzán, que batía la cola y la miraba con tanto deseo. Una mañana amaneció desplumada, agonizante, y él no pudo hacer nada. Tarzán había desaparecido del mapa. Él, entonces un muchacho que se destripaba los primeros barrotes, enterró a Roberta en una caja de cartón junto al durazno y, con la rabia amarrada, bebió, besó en el bar una boca embadurnada de colorete, un lunar en el cuello, tocó unos senos, poseyó un cuerpo de prisa, volvió a beber, y la rabia siguió ahí, hasta que pudo sacársela a patadas con Tarzán, que aulló, escapó con una pata al aire, volvió al otro día y recibió la sopa de maíz. Su madre no le reprochó la paliza, sólo dijo que el perro y él tenían la misma mirada. Quiso hablar de la mujer del bar pero su madre hizo un gesto de fastidio, como si lo supiera.

Nunca le mentí.

Su madre repitió el gesto cuando empezó a hablar de Mercedes Orihuela, casada y bastante mayor, la misma que lo recogió de un baile, lo devoró a besos y lo bebió detrás de una puerta, y en su locura le propuso la fuga. El muchacho que era entonces apareció puntual a la cita, con el morral de lona a la espalda y una foto de su madre en la billetera. Dos horas después regresó a casa con el sobre de acetaminofén.

—Se me estalla la cabeza y te vas a vagabundear —dijo la madre. Puso dos pastillas en la mano, las arrojó al abismo de la boca y bebió el agua—. Olvídate de esa zorra.

El muchacho la vio pasar cuatro o cinco días después, seria y lejana, entre el marido y los niños, y se quedó con el saludo en la mano. Se revolcó como un perro, tragó tierra, cabeceó las paredes, puteando a Mercedes Orihuela de Maldonado, y el dolor permaneció largos meses. La imagen de sus piernas infinitas lo acompañó el resto de vida. Volvió a dormir con la mujer del

lunar en el cuello unas cuantas noches, y cuando anunció que no regresaría, ella propuso amores gratuitos, él repitió que no regresaría, y así fue. Se casó con Albertina Vargas, una amiga de su madre, casi sin pensarlo. Recordó sus tontas historias y sus locas esperanzas. Sus maridos muertos. Las enfermedades comieron su cuerpo de prisa y le abrieron un espacio en la tierra hambrienta. La mujer desapareció sin dejar rastro.

Nunca la engañé, nunca le mentí.

Estoy rindiendo cuentas, qué estúpido.

Ponerse otra piel, otra carne, otros huesos. Otro nombre. He pasado en vano. Los años vinieron y no dejaron nada.

El perfume de los naranjos se escapaba del patio donde las gallinas picoteaban lombrices. Víctor Morantes, ya viudo, iba después de mediodía a casa de su madre a dormir la siesta. Se tendía sigiloso a su lado, dormía un rato y se iba al taller. Su madre no siempre se daba cuenta, no siempre lo reconocía. No hablaban. La oía respirar. Como si su propia vida pendiera del hilo de su respiración. Se imaginaba que le contaba cosas y que ella las aprobaba o las encausaba. Se imaginaba que eran felices.

—No ha sido tan malo.

Su madre no replicó.

—Pudo ser peor.

Permaneció atento, como un gato, pero ni siquiera percibió la respiración. La tocó con la punta de un dedo y le pareció que había perdido la tibieza.

—Madre.

Tocó su arrugada cara con ambas manos.

Pero ella ya no tenía ojos para verlo ni boca para responderle ni manos para tocarlo.

7

—Renata —dijo el viejo—. No puedo perdonarte.

Celeste Olivo llegó cuando el ansia no era la misma, cuando ya no buscaba. Víctor Morantes, viudo y huérfano, al borde de los cincuenta, no le hizo preguntas, no le exigió nada, le abrió espacio en su vida y ya. No le preguntó de qué huía, asunto evidente, ni qué buscaba, porque sin duda algo buscaba. Como todos. No le preguntó por qué no había elegido a alguien más joven.

Años atrás y para aliviar la orfandad, Víctor Morantes se despidió del viejo zapatero remendón, don Emilio Arcabuz, su maestro, y dejó Punta Gallinas.

Don Emilio, calvo y flaco, sin camisa, hundido en un viejo sillón agujereado, bajo la sombra del naranjo del patio, apenas lo reconoció.

—Maestro, me voy.

—¿Vienes mañana, muchacho?

Ya no era un muchacho y tampoco volvería. Ahora no tenía a nadie: ni madre ni mujer ni hijos.

—No, maestro.

—No te preocupes. No hay mucho trabajo. ¿Viste a Lucifer?

El gato, tuerto y más feo que el mismo demonio, había muerto hacía muchos años.

—No, maestro.

—No te preocupes. Ya aparecerá.

—Me voy, maestro.

—¿Pero vienes mañana?

Vagó de pueblo en pueblo con una maleta de cuero, bebió en todos los pozos y durmió hasta debajo de los árboles. Extravió la maleta y se abandonó. Confundió días, meses, años. Les disputó la comida a los perros, se peleó con otros vagabundos por unos zapatos viejos, recogió naranjas a la orilla del camino y dejó que sus ropas acumularan mugre y rotos, hasta que Trinidad Penagos, una negra vieja y encorvada, se compadeció y le dio albergue y consuelo.

—Así que vienes de Punta Gallinas.

—De allí mismo, señora.

—El mundo es un pañuelo. Por casualidad, ¿conociste a Emilio Arcabuz?

—Lo conocí, señora. Ya estaba muy viejo cuando nos despedimos.

—Viejo pendejo. ¿Todavía vive?

—Ya casi no, señora. Tal vez ya no.

Días después la negra encendió un tabaco y envolvió al viajero con el humo para que alma y huesos se juntaran. Le regaló las ropas de su antiguo marido y le aconsejó qué tren debía tomar.

—¿Dónde me bajo?

Trinidad Penagos le entregó un racimo.

—Lo sabrás cuando acabes las uvas.

Víctor Morantes devoró el racimo despacio, uva por uva, paladeándolas, consintiendo su redondez durante horas y horas, en una interminable tortura, hasta que se atrevía a romper la piel y se adentraba en la pulpa milímetro a milímetro. Al final, fascinado por la niebla, abandonó el tren en el Valle del Espíritu Santo y detuvo su errancia.

—A Punta Gallinas no vuelvas.

—No, señora.

—¿Allí no dejaste nada?

—Los huesos de mi madre.

—No te van a extrañar.

—No, señora.

Nunca volvió. Se acomodó en la niebla de Pamplona, entre Tintorredondo y Los Garabatos, los barrios de los pobres, tan cerca de las estrellas. Probó suerte con las mujeres y no le fue tan mal. Lo buscaban, y no sólo para que les remendara los tacones.

Celeste se le acercó una noche y le dijo:

—Puedo acompañarlo, señor, creo que esos tipos...

No era una pregunta, ni siquiera una invitación. Iban por la misma calle y ya, tal vez con el mismo destino.

Dos hombres con sombrero se detuvieron en la esquina.

Celeste lo tomó del brazo.

Luego se rio:

—Pensaron que era su mujer.

—O mi hija —remató Víctor Morantes.

—¿Podría invitar a su hija a beber una cerveza?

—Sería un pecado —suspiró Víctor.

—Ya he cometido tantos —dijo Celeste.

Y esa misma noche durmieron juntos.

Y de súbito, apareció el caballo. El viejo lo vio recortado contra la noche, blanco y puro, surgiendo de la llamarada de luz de su crin, y luego escuchó el galope de piedra, que se confundió con el tambor de su corazón. El galope aumentaba hasta casi el estruendo, pero el caballo parecía detenido en su propio e incesante movimiento. Demoró mucho tiempo en pasar. Era una criatura de una belleza terrible, hiriente, que al fin se alejó y se extravió en el pozo de la noche. Luego se vio a sí mismo, pálido y viejo, mirándose, palpándose incrédulo. «Vete», le dijo al hombre que era él. El otro se alejó por el mismo sendero del caballo. Vio su propio ojo, luminoso y monstruoso, vio y sintió las patas de la mosca sobre la piel luminosa del ojo. Perdió las luces y se derrumbó.

Celeste Olivo apareció con una maleta destartada y comenzaron la vida juntos, sin ceremonias, sin acuerdos. Se dejaron vivir. La mujer sólo interrumpía el encierro y la devoción para visitar a su madre en Málaga. A veces fumaba. Entonces abría puertas y ventanas, un tanto apenada, para airear la casa. Sin escándalo, el hombre reconoció que ella era el hilo de sus días y sus noches. En el fondo, vivía agradecido, adormecido bajo la dulce sombra de su nombre. La mujer le arrojaba más que migajas, se daba entera, enloquecía en la oscuridad y se recogía en la luz. Víctor Manuel nació en octubre y el hombre asumió que era suyo. «Voy a ver a mi madre», dijo Celeste. Como se llevó al niño, el hombre pensó que no regresaría. Un mes después reanudaron la vida de siempre. La mujer volvió a viajar pero dejó al niño en casa. «Ya me aburrí», dijo al regresar a Pamplona. Se fueron en tren a Sacramento. Víctor pintó casas y reparó tejados, Celeste pegó botones y remendó ropa ajena. Ahorraron para comprar una máquina de coser usada. Los tres, para arriba y para abajo. El niño se entretenía con juguetes de palo y trompos desobedientes, seguía entre gritos los barcos de papel que otros arrojaban a los riachuelos de las calles y recogía tapas de cerveza como si fuesen monedas. La mujer se aburrió otra vez: viajaron a Carcasí, donde vivieron de la yuca y el plátano, hasta que se instalaron en Málaga, para regocijo de la abuela, doña Jerónima Toledo. Víctor Morantes regresó a su antiguo oficio de zapatero y Celeste Olivo se encerró en la casa, con su barriga cada vez más grande. Renata nació en abril. Volvieron a Pamplona siete meses después y la mujer reanudó los misteriosos viajes. Víctor no hizo preguntas. Sabía que Celeste no viajaba a Málaga. Cada vez se demoraba un poco más, pero al fin volvía, algo distraída. Dos o tres días después dejaba de fumar, se volvía dulce, consentía a los niños, le recortaba los cabellos y las uñas al hombre, y un pequeño crucifijo de plata adornaba sus pechos. Pegó botones y arregló ropa ajena hasta que se aburrió y vendió la máquina. «Voy a ver a mi madre», dijo tres meses después del último viaje, alistó la ropa que nunca usaba en casa y una vez más dejó a los niños, y el crucifijo de plata. No regresó. Ni por el crucifijo.

Saboreó la sangre del labio roto al despertar. Se apoyó en las manos para levantar el tronco, permaneció a gatas y luego de rodillas. Se incorporó sin sacudirse el polvo, sin limpiarse el rostro ni las manos. En un bar de hombres solos que se le atravesó en el camino y donde pidió una cerveza que apenas probó, quiso preguntar si habían visto un caballo blanco, pero nadie estaba para conversaciones. Los atendía con esmero una rubia falsa, envejecida y gorda, de grandes párpados pintados que la acercaban al sueño, pronunciado escote y brazos ahogados de pulseras. Alguien pidió fuego. En cada mesa, en cada rincón ceniciento, un hombre esperaba a quien no vendría, como en un templo abandonado de dioses. La serpiente de la música los adormecía y hería sin lástima. De la calle vino otra mujer, gorda y bizca, brillante de maquillaje, y se le ofreció casi por nada. El viejo, tímido y avergonzado, se disculpó y esbozó una sonrisa, que la mujer borró de una risotada. Labios abultados, diente de oro, tetas inmensas, barriga. «Puedes hacerme lo que te dé la gana, aunque lo que tú necesitas es una enfermera», dijo, bebió hasta el fondo la cerveza del viejo, luego avanzó a otra mesa y salió abrazada por un hombre gordo casi dormido. El viejo pagó y salió tras ellos. Los vio besarse con hambre. La mujer descendió la mano por el pecho, por la permanente preñez del hombre, entre un botón y otro de la camisa, hurgando por la bragueta, y apretó. El hombre gordo mugió. El viejo se alejó acosado por los lamentos del placer, en la esquina giró el rostro y ya no estaban. Al mirar de nuevo al frente, encontró, casi rozándolo, a una mujer descalza y despeinada que lo miraba con lástima, la blusa abierta, los pechos brillantes de sudor. «Nunca más», dijo la mujer. El viejo la apartó para continuar. Volvió a ver a la pareja recién salida del bar: el hombre gordo se inclinaba hacia la mujer arrodillada que lo lamía, embadurnándolo de colorete. Le tocaba la cabeza como despiojándola. El viejo había dado la vuelta a la manzana porque ahora estaba otra vez frente al bar.

Aunque supo que Celeste no regresaría, no intentó detenerla. Desde la cama y con las manos apretadas entre las rodillas, la vio acomodando sus cosas en la vieja maleta. La vio decirles adiós a los niños. La vio salir y cerrar la puerta. Tal vez regresaría si corriera hasta la esquina a mendigar su amor, pero por cuánto tiempo. Los niños se durmieron y el hombre siguió sentado a la orilla de la cama. Amaneció y el hombre seguía en la misma orilla.

Que duela ahora todo cuanto sea necesario, se dijo, con el crucifijo de plata en sus manos, pero que deje de doler. Y cerraba los ojos para lamer el sudor de los pechos tan amados.

La esperó sin esperarla.

De la casa al taller, del taller a la casa, eso era todo.

Engatusó a Víctor Manuel con cualquier cuento. Renata, muy niña aún, no preguntaba nada. Jugaba con hormigas y muñecos de barro en el patio. Mataba una hormiga y les decía a las otras que regresaran por la pobrecita. Y las otras arrastraban el cadáver.

—Cabrita, ven acá.

Los niños, hilos de luz para coser los días y las noches. Como si Celeste hubiese dicho:

—Ahí te los dejo para que no te mates.

La esperó en el cuerpo de otras mujeres.

A todas les habló de su pasión, a todas aburrió con la misma historia.

Alguien que venía de Venezuela le detalló los pasos de Celeste Olivo en San Cristóbal. Le contó su muerte y aseguró que como prueba tenía un periódico en el hotel. Bebieron y fueron a buscar el periódico. El viajero desdobló la hoja y se la dio a leer. Bajo otro nombre, Víctor la reconoció en una foto horrible. Nada de la trágica historia era posible.

—No es Celeste Olivo.

—Vicky del Valle era su nombre de combate —dijo el viajero—. Pero tenía otros. ¿Nunca le habló de su afición al juego? ¿De sus deudas? ¿De Ambrosio?

—Entonces la conocía.

—Me habló de usted y de los niños. Pero no éramos amantes. Nunca me quiso. Sólo fue de Ambrosio.

—Nunca nos quiso entonces. ¿Y Ambrosio?

—La sedujo, la hizo a su antojo, la pervirtió, la compartió, la explotó el muy puto. Vicky desaparecía por un tiempo y siempre volvía a sus pies, siempre se sometía a sus asquerosas condiciones.

El viajero bebió un largo sorbo de aguardiente.

—Jimena Valverde se quedó con sus cosas, que no eran muchas. La encuentras en El Gato Tuerto.

—No me interesan.

—No era tan mala —dijo el viajero—. Lloraba a escondidas por los niños. Me hizo prometer que lo buscaría a usted si algo le pasaba.

—¿Lo sabe su madre?

—De allá vengo —dijo el viajero—. Como tenía asuntos urgentes en Málaga, hablé primero con ella. Doña Jerónima es un roble.

—Sabía que había algo terrible pero no imaginé que fuese tanto. ¿Por qué? ¿Por qué conmigo?

—Necesitaba un hombre bueno, pero no pudo con él cuando lo encontró.

—¿Fui ese hombre bueno?

—De eso no hay duda.

Víctor Morantes viajó a San Cristóbal. Primero fue en tren a San José y luego atravesó a pie la frontera, por el monte, esquivando policías y contrabandistas. Dejó un ramo de astromelias en una tumba sin adornos y preguntó por El Gato Tuerto. Se hizo cliente. Se acostó más de una vez con Jimena hasta que tuvo la confianza para hacerle preguntas. Corroboró la historia del viajero.

—Vicky tenía marido —dijo Jimena—. Tenía marido y críos en Pamplona. ¿A qué viene tanta curiosidad? ¿No serás el marido? Tenía marido, señor, pero Ambrosio no lo supo nunca. Le juré que no se lo diría a nadie. Ahora ya no importa, ¿verdad?

Una noche un cliente borracho la golpeó.

Vicky del Valle rodó por las escaleras y se quebró el cuello.

—¿Y sus cosas?

—Su madre ya pasó por ellas —dijo Jimena—. Sólo me quedé con una docena de calzones. ¿Los quieres?

—Y sostenes, supongo.

—Acá no se usan, como puedes ver. La próxima vez búscame en La Casa de las Bellas Durmientes, mi amor. Aquí la cosa se puso fea.

El hombre volvió a casa y les dijo a los niños:

—Su mamá se fue al cielo.

Nada más.

Víctor Manuel pateó sillas y se revolcó en el piso.

Renata siguió matando hormigas.

En el largo regreso de tres horas, ya no pensaba, no quedaba qué: molino que muele las mismas aguas, río que vuelve a pasar. Por un momento se sintió plácido, barco sin lastre, nada más por un momento. Una mujer y tres hombres pasaron arrastrando un herido. La cabeza chorreante del herido. La mujer se apretaba las orejas en un solo e inacabable grito. Uno de los hombres vestía de payaso. El grito se regó por largo rato. Ya en el silencio, pegado a la esquina como al borde del fusilamiento, el viejo soportó el tropel de las imágenes: los dedos temblorosos de la mujer aplastando las orejas, el rostro desgarrado de la víctima, la cojera del payaso. Todo se fue alejando, el viejo se desprendió de las imágenes y volvió a sentirse solo, de una vez y para siempre.

Un piquete de soldados pasó sin verlo.

El viejo imaginó que dispararían al caballo de luz y no podrían herirlo porque no era de este mundo.

La nombraba dormido. Víctor Morantes despertaba con el nombre bendito en la boca, Celeste Olivo de mi corazón, y se avergonzaba. Se preguntaba si lo oirían los niños. Si lo oiría la mujer de turno. Luego, a medida que las mujeres escaseaban, soñó con ciudades y países lejanos.

Despertaba con otros nombres, como si estuviese aprendiendo un idioma, carcomido por la nostalgia de lugares que nunca había visitado, y la sed era su amante.

Todos los sueños eran el mismo, y en todos perdía los zapatos.

En cada sitio buscaba la manera de volver al Valle del Espíritu Santo. Preguntó en qué país estaba y nadie respondió. Siguió caminando entre la niebla. Luego supo por qué: no tenían boca, no tenían ojos, no tenían oídos. Siguió avanzando a ciegas, sin señales, como halado por una cuerda invisible. Al final de la niebla, como extraviada en un nido, vio a Pamplona.

Frente a la casa, supo que había llorado. Esta puerta necesita una mano de pintura, también las ventanas. Por un momento quiso aplazar su destino para remediar el descalabro de la madera. No se atrevió a entrar a su propia casa. Temió ofenderla con su sangre derramada. Los hombres abandonaban la casa para lavar el honor con sangre y se descosían a cuchillo en la calle hasta la muerte. «Cabrita», dijo el viejo, y siguió de largo hacia el taller. Abrió el candado y entró. Se acomodó frente al cajón de trabajo como si fuese a emprender la jornada. El día, animal hambriento, arañaba con sus filosas garras por debajo de la puerta. Entonces hundió la mano en el bolsillo hasta encontrar el desgastado cuchillo del oficio y esa misma mano fue al cuello y siguió siendo un buey manso, que se retorció mansamente, mientras el galope de su corazón encontraba el sosiego.

Segunda parte

Fantasmas

El grito de la mujer tensó el aire como la cuerda de una guitarra, la gente estiró el pescuezo desde el pozo de los sueños y el muchacho corrió con la cartera apretada contra el pecho y la certeza de que el golpe había salido mal. Se suponía que la mujer, entretenida en la textura y el precio de la fruta, no advertiría la ausencia de la cartera hasta cuando llegara el momento de pagar y él, ladrón de poca monta, infeliz ratero, hubiera desaparecido entre la gente. La había seguido de venta en venta, esperando el momento propicio, seguro de que no gritaría, no forcejearía si fuese necesario arrebatarle el botín de las manos, se soltaría en llanto y nada más, pero se había equivocado, por supuesto, porque la mujer gritaba como una loca, sin duda estaría señalándolo, todos lo miraban. Esquivó las ollas de barro, brincó por encima de las sillas de los bebedores de chocolate, empujó a una niña miope que rodó sobre los juguetes de plástico desparramados en una manta roja, autos y aviones, muñecas y superhéroes baratos, feos y mal hechos, liberó su camisa de las garras de la dueña de los juguetes, desgarrándola, y siguió corriendo hasta que otra mujer, la gorda que vendía ropa interior, lo derribó de un puñetazo y lo inmovilizó en el suelo polvoriento con el peso de su cuerpo. Para que aprendas a respetar a las mujeres, dijo alguien, y otro preguntó qué le hizo el tipo, señora. Nada, explicó la gorda, es un ratero, arrancándole la cartera y enseñándola como un trofeo, y no tuvo que decir nada más porque la dueña se acercaba, gracias, señora, pero cómo supo, cómo pudo. La gorda explicó que lo vio correr con la cartera apretada contra el pecho y escuchó los gritos, blanco es y gallina lo pone, ahora qué hacemos con este ratero. La dueña dijo que nada, que lo soltara, pero la gente se opuso, así terminaremos premiando a los malandros, y no hubo necesidad de discutir más porque ahí venía el señor agente, ojos de ratón y nariz de Pinocho, le explicaron la situación y el policía le ordenó al ladrón que se levantara y, por favor, caballero, acompáñeme a la estación, y a la mujer, señora, acérquese a entablar la denuncia tan pronto le sea posible. El muchacho se levantó con la camisa aún más desgarrada, se limpió el polvo y corrió. La gente, envalentonada, alebrestada, le cerró el paso, y el policía lo atrapó en cuestión de segundos y le asestó un par de golpes, olvidándose de las buenas maneras y el cuento de que aquí todos somos ciudadanos. A falta de esposas, lo tomó por la correa desde atrás y ya no fue tan amable de pedirle que lo acompañara, malparido, te vamos a enseñar a ganarte la vida. Apareció otro policía, limpiándose de los labios los restos de un mango con el dorso de la mano, luego otro más, hurgándose los dientes con un palillo, flacos ambos aunque tragaban todo el tiempo, y el muchacho aprovechó el descuido del primero, que relataba los hechos a sus

compañeros, para intentar otro escape. Los tres aguacates le cayeron a bolillazo limpio, derribándolo, dígame a dónde va sin despedirse, levántese, trate de escaparse de nuevo, maricón, para encenderlo a bolillo, levántese, infeliz, ahora se va a hacer el muertito, que se levante, los mismos golpes impedían la realización de la orden. Los aguacates se concedieron una pausa porque trabajar cansa, recogieron las gorras del piso, resoplaron y se peinaron con los dedos, el ladrón se incorporó mientras tanto, más apaleado que un Cristo. Ninguno lo tomó por la correa esta vez, esperaban que intentara otra huida para continuar la paliza, a ver si eres tan bruto, miserable ladrón, y aún les quedaban ganas de empujarlo. La sangre cubría el rostro del muchacho y manchaba su camisa, hecha jirones ahora, como patética falda de carnaval o bandera de la derrota. Alguien gritó que no le pegaran más, que no fueran tan hijueputas, tombos, aguacates malparidos, bestias, que se atrevieran con el Duende si eran tan machos. Los policías se detuvieron pero no lograron identificar al ciudadano. El silencio inmovilizó a todos. Al Duende no se le mencionaba todos los días ni mucho menos en vano. Si tienen alguna queja, manifiésteno por escrito, dijo uno de los aguacates, primero exigen que los atrapemos y luego se quejan porque los atrapamos. Se alejaron con el ladrón y el rumor del mercado renació. Por eso es que los matan, murmuró alguien, y todo el mundo entendió que se refería a los policías y no al ladrón, que iba con la mirada perdida, como si no entendiera la dinámica de los hechos, hasta el sol parecía lastimarlo, los aguacates no tienen madre. Entonces ya nadie lo veía como el bandido miserable que intentó aprovecharse de una mujer sino como una oveja llevada al matadero, con un solo zapato, ¿dónde se le quedó el otro? Lo observaban desde puertas y ventanas, desde la sombra de las aceras, preguntándose unos a otros de qué familia era, suponiendo lo que no sabían y luego dando por hecho toda suposición, hasta armar una biografía, breve pero intensa y, por supuesto, sujeta a infinitas modificaciones. Para los policías era sólo un ladrón, como todos los ladrones, lo encerrarían el resto del día y toda la noche, lo obligarían a lavar los baños y los pisos, sería el tema del día, el cuento en casa, mi amor, atrapamos un bandido en la plaza de mercado, y la mujer, fastidiada, pensaría como sus vecinas, bandidos eran los que asaltaban en el páramo, el Duende y sus secuaces. Como que casi lo matan, observaría la mujer, y el policía explicaría que el sujeto intentó huir, pero casi lo matan, Ezequiel, qué brutos, y el policía preguntaría si no le gustaba que cumpliera con su deber, lo que no me gusta es que atropelles rateritos y borrachos, Ezequiel Ramos, y el policía decidiría que su mujer andaba de malas pulgas, se voltearía hacia la orilla de la cama y esperaría dormirse de inmediato. No había nada que hacer cuando la mujer lo llamaba por su nombre, y menos cuando recurría al apellido, en vez de cachorrito, osito de peluche, animal de monte. Soñó otra vez con locos y vagabundos, con mujeres que se desnudaban en la calle y apedreaban ventanas, soñó que no daba abasto, que los encerraba uno tras otro y cada vez eran más. Entonces se levantó a tomar agua, acosado por los ronquidos de la mujer, intentó leer una revista, volvió a la cama pero el sueño había

escapado como una virgen. Uno tiene que cumplir con el deber, se dijo Ezequiel Ramos frente al espejo, ojos de ratón y nariz de Pinocho, pero ya no se creyó el cuento, se bañó con agua fría antes del amanecer y salió a la calle, tomó un café por el camino, preguntó por el ladrón y entonces le dijeron que el muchacho se sintió mal y fue llevado a urgencias, corrió al hospital y se alegró de encontrarlo con vida, preguntó si había desayunado y la enfermera dijo que no podía recibir alimento, se ofreció para lo que fuese, cualquier cosa, señorita, preguntó si le habían avisado a la familia, la enfermera dijo que en el pasillo encontraría a su madre, el policía se acercó a la anciana que leía la Biblia en una banca, le preguntó si era la madre del muchacho, sí, señor agente, agente Ramos, qué voy a hacer con Alejandro, el policía aclaró que tuvieron que ser rudos, su hijo opuso resistencia, señora, usted comprenderá, dijo la anciana que Alejandro terminaría matándose, lo parí muy tarde, como puede usted ver, no consigo dominarlo, no lo puedo tener en casa, no hay lugar en el mundo para mi muchacho, señor agente, es como un animalito, con el diablo por dentro. La invitó a un café. Qué le hizo falta, un padre, mano dura, en qué me equivoqué, tal vez necesita una mujer que le dé cariño, qué pasará ahora con mi muchacho, el único que me queda con vida. Según el informe, los cargos no son graves, puede llevárselo a casa tan pronto se reponga, señora, no se preocupe por la cuenta. Usted es un alma de Dios, no tengo dónde caerme muerta, no diga esas cosas, señora, pero qué haré en casa con Alejandro, que no hace nada aparte de esculcarme las cosas en busca de una moneda, que me grita, y pregunta si su muchacho puede hacerse agente, hombre de la ley, gente respetable, y el policía responde, saboreando el café, que no cree que Alejandro quiera tal profesión, menos ahora. Vencida y desolada, la anciana se pregunta quién acogerá a su muchacho, tan travieso, el Duende tal vez, y Ezequiel Ramos comenta que la ley no puede impedir tal destino. No tengo por qué decírselo, señor agente, pero ya perdí a un hijo con el Duende, un asalto les salió mal y mi Juan de Dios cayó. Se saben derrotados, terminan el café, se despiden. Así será, seguramente que sí, otro ladrón, un mal hijo, otro caso perdido, hasta que la ley lo encierre por años o ponga fin a sus días en un enfrentamiento violento, más violento que ahora, cuando se tambalea bajo el sol y delante de todo el mundo, acorralado, con destino al calabozo, herido y descamisado, sin un zapato, cada vez más humillado, más pequeño.

Cuatro: Antonio

Me pareció bonita cuando subió al bus, bonita pero nada más. Me pareció que ya la conocía. ¿Pero de dónde? Tomó asiento adelante y tuve oportunidad de verla muchas veces. Graciosa la nariz, rica la boca. Los cabellos cortos, a la altura de los hombros, suaves orejas para morder, rosaditas. Pensé en conejos. El viaje, lento y con numerosas paradas, nos dio oportunidad de acercarnos. En Chitagá, donde nos detuvimos a tomar café, un borracho quiso propasarse y salí en su defensa.

—¿Y usted quién es?

La pregunta me la hacía el borracho, y ella tuvo la osadía de responderla:

—Mi esposo.

El borracho se disculpó y salió a buscar otra tienda.

—Gracias —dijo la muchacha, que me llegaba hasta el hombro, dulce paloma—. Disculpe por casarlo conmigo.

—Es un honor —dije—. Y ya que estamos casados, me presento. Cáceres Oreja. Digo, Antonio. Soltó una risita y se le asomaron los colores a la cara.

—Cómo se nota que viene del batallón —dijo.

Nos dimos la mano. Tibieza. Sin anillos.

—Renata Morantes —añadió.

Me pregunté si sería la misma. La hija del zapatero remendón, el viejo que le partió la cabeza de un botellazo a ese muchacho en La Malquerida. Un tal Daniel, tahúr preñador.

¿Dónde la había visto?

Volvimos al bus y nos sentamos juntos. Unos se quedaban por el camino, otros apenas abordaban con canastos y bultos que trataban de acomodar en el pasillo, convertido en charco. Llovía desde que salimos de Pamplona.

—Voy a ver a la abuela —dijo Renata—. ¿Conoce a doña Jerónima Toledo?

—No. ¿Cuándo regresa?

—Me quedo —dijo Renata—. Voy a quedarme.

Hablamos de Málaga, destino mutuo.

—Nací allí pero me llevaron a Pamplona de siete meses —dijo.

Se mordió el labio. Imaginé que se veía a sí misma en una cuna, vestida de rosa. Esperé que me preguntara si también era de Málaga, pero no lo hizo. Dejamos atrás el territorio de la lluvia. Quise saber del viejo del crucifijo de plata.

—¿Y su padre?

—Murió. Mamá también. Casi no la conocí.

—Lo siento.

—¿Y su novio?

—Tuve un novio, pero de eso mejor no hablemos.

Si me pregunta por la novia, le voy a decir que no tengo, pensé. Pero no preguntó nada. Se quedó embobada con el paisaje. Los árboles, recién lavados, más verdes que nunca. Las vacas, inmóviles, nos veían pasar en silencio.

—Se ve triste —dijo Renata.

—Las vacas son tristes.

—No hablo de las vacas —dijo Renata—. Digo que usted se ve triste.

—Acabo de despedirme de un amigo que tal vez no vuelva a ver.

—Es la vida.

—Dos años de servicio a la patria. A los dos nos robaron los zapatos la primera noche que pasamos en el batallón de Pamplona. Nos mantuvimos con cebollitas y queso. Viajó a Ocaña esta mañana.

—Cebollitas ocañeras, qué delicia —dijo Renata—. Y queso malagueño, por supuesto.

—El flaco Ramírez. Compartíamos el mecato y nos gustaba la misma mujer.

Pensé que preguntaría por la mujer. No lo hizo. No tuve que inventar nada. El bus, cansado, subía hacia los dominios de la niebla. Curvas y curvas. Abajo, la carretera se veía como una serpiente. Que nos perseguía, que nos rebasaba. De pronto me sentí mejor.

—Se casará y tendrá hijos pero no olvidará que fueron amigos.

¿Dónde, dónde, dónde?

Entramos a la niebla del páramo. Niebla y frailejones. Ni un solo pájaro. Ni una sola miserable casa. Entonces me acordé dónde la había visto. En una esquina de Pamplona, mientras los toros espantados rasgaban la niebla en las calles.

Contemplé su bellissimo perfil.

«La muy mensa se dejó joder», dijo el viejo, muerto de frío.

Era Renata Morantes, sin cola de caballo.

El viejo había muerto, pero cómo, y el muchacho herido se salió con la suya. Tuve ganas de preguntarle por su hijo, pero me mordí la lengua.

—Entonces vienes de la niebla —dijo Renata.

Pero no supe si hablaba conmigo o expresaba en voz alta sus pensamientos.

En todo caso, íbamos con la niebla. Nos seguía, agazapada, disimulando sus intenciones. O de pronto nos adelantaba para esperarnos en la próxima curva. No nos masticaba pero tampoco nos perdía el rastro.

Nos detuvieron en el páramo hombres armados.

Morenos, pequeños, de gruesos y ásperos cabellos.

Gente de la banda del Duende: de negro, sin máscaras, barbados. Nos pareció que más allá de los frailejones, en un caballo negro, aguardaba el Duende. Tal vez le echaba un ojo a alguna pasajera. Tenía fama de picaflor.

Nos requisaron.

El cuerpo y el equipaje.

Revolcaron todo.

Nos dijeron vulgaridades que no merecíamos.

Renata me tomó la mano. Otra vez fui su marido. Percibí su temblor y su aroma. Suplicó por unas monedas raras, pero de todas maneras se las arrebataron.

Uno de los hombres armados manoseó más de la cuenta a una mujer pequeña. Su esposo, un poco más alto, delgado como un mimbre, protestó y recibió un culatazo que le reventó la boca y lo derribó al piso. La mujer lo cubrió con su cuerpo y le salvó la vida. Los demás no protestamos.

—No hay necesidad —dijo la mujer entre dientes.

—¿Dijo algo, señora? —preguntó uno de los hombres armados.

—Que se lleven lo que sea pero que no nos hagan daño.

—Cómo no, señora, lo que usted diga.

Nos robaron y se fueron.

Carroñeros, se encariñaron con mis zapatos.

Se perdieron más allá de la niebla.

Ninguno de ellos era el Juan.

Renata lloró el resto del camino.

Maldije, apretando los puños y los dientes, maldije mi impotencia.

—Sigue su mala suerte con los zapatos —dijo Renata.

—¿De quién eran las monedas?

Un sol tibio caía sobre Málaga, allá, lejos todavía.

El marido maltratado decidió hacerse revisar en el hospital de Cerrito. Avergonzados, ni él ni su mujer nos miraban. Les bajaron el maltrecho equipaje en una esquina y los dejamos atrás.

Llegamos a Málaga después de mediodía, retrasados.

—Gracias por salvarme del borracho y los bandidos —dijo Renata.

De los bandidos no pude salvarla.

—Otro día nos casamos —dije.

Sonrió con tristeza. Pero qué imbécil, no debí decir esa pendejada. El palo no estaba para cucharas. Le acababan de robar los ahorros y la colección de monedas. Imbécil.

—Estoy bien —dijo Renata—. Ya vienen por mí.

Nos dimos la mano y tomé un taxi.

Próspero y Marco Polo conversaban en una esquina. Les hice adiós con la mano. Me dieron a entender que en la noche nos veríamos en el Café Estrella. ¿Qué sabrían del Juan?

Mamá me recibió con lágrimas.

Delgada, con el pellejo pegado a los huesos, aún bella.

Abrió la puerta, se desató en llanto y me abrazó.

—¿Por qué no avisaste, hijo?

—Ya estoy aquí, qué importa.

—¿Y los zapatos?

Dije que los había vendido para comprar el pasaje en primera clase. No se me ocurrió otra cosa. Y añadí, tratando de remendar la situación, que no me gustaba el modelo. ¿Alguien tenía para el taxi? No me habían dado mucho por los zapatos.

Mamá identificó al taxista:

—Perico, después arreglamos.

—No se preocupe, doña Ceci.

Le hice una seña al taxista y me acerqué a la ventanilla:

—Pase por el terminal. Si encuentra a una muchacha bonita con una maleta de cuero y una caja de cartón, por favor, llévela a su casa, y después arregle con doña Ceci. Se nombra Renata Morantes.

—Lo que usted diga, caballero.

Doña Cecilia Oreja de Cáceres volvió a abrazarme.

—Pareces un palo de escoba.

—Deja de llorar, siempre he sido flaco.

—Lloro de dicha, déjame.

Una voz nos interrumpió:

—Lo vas a desgastar, mamá, suéltalo.

Candelaria, mi bella, delgada y frágil hermana, descalza y apenas envuelta en un camisón de loca, sonreía al fondo del corredor. Mucho más blanca que yo. «Soy de mejor familia», era su explicación.

—El adorado príncipe vuelve a casa.

—La bella durmiente, más bonita que nunca.

—Ay, hermano, ojalá otros piensen lo mismo.

Nos abrazamos.

—Supongo que la pata pelada es el último grito de la moda en Pamplona.

—Sobre todo en los bailes —dije.

Candela embolató las lágrimas con una broma:

—Voy a prestar el servicio militar para ponerme así de flaca. ¿Será que ya vienes de sangre azul?

—¿No acabas de decir que soy un príncipe?

—Cierto. Mil disculpas, majestad. Eres de sangre azul desde chiquito.

—Te ves bien, hermanita.

—Qué va, parezco una marrana.

—Parecen un par de novios —dijo mamá—. ¿Tienes hambre? ¿Qué quieres que te prepare?

—Se me acabó el reinado —suspiró Candela.

—¿Sabes qué quiero? Dulce de moras.

—Mañana mismo.

—¿Y papá?

—Ya sabes: en el dormitorio. Ay, mijo, ve a saludarlo y sácalo a dar una vuelta. Por Dios, búscale a tu hermano unos zapatos, Candela.

Acostado, papá leía un libro gordo, una de sus famosas biografías, cuando abrí la puerta. Levantó la mirada por encima del marco de los anteojos. No pudo disimular el regocijo.

—El hijo pródigo sin zapatos.

Soltó una risa que me hizo reír.

Papá. Papá precioso. Se veía bien. Cuando sea viejo, quiero verme así, pensé. Mi viejo. No era viejo, no, pero era mi viejo.

Me acerqué a abrazarlo.

—Bájale y hablamos.

Le bajé el volumen al radio y me senté a la orilla de la cama.

—¿Cómo puedes leer con esa música?

—Qué bien, Cáceres Oreja, estás en casa.

—Estoy en casa, papá.

—Te echamos de menos.

—Lo sé, papá.

—Ya no te irás más.

—No por ahora. No hasta que consiga unos zapatos.

—Oviedo dijo que te demorabas por lo menos un mes más pero que no te llevaban al monte.

—Eso creíamos.

—¿Fueron al monte?

—No, papá. O sí, una semana.

—¿Fueron o no?

—Sí, una semana de calma chicha. Todo salió bien. Sólo peleamos con los mosquitos. Tuvimos suerte.

—¿Entonces qué pasó con los zapatos?

—Nos asaltó en el páramo la banda del Duende.

—Desgraciados. Que los zapatos les duren hasta que los coja la Pelona. ¿Cómo sabes que fue el Duende?

—Visten de negro y son tan arrogantes que no usan máscaras.

—Piensan que nunca se les va a acabar el reinado. ¿Viste al Juan de Jesús?

—No.

—¿Es verdad?

—¿Qué cosa?

—Que le quitaste la novia a ese muchacho.

—Qué cosa. El Juan nunca fue novio de Teresa.

—¿No te pasó nada?

—No. Sólo nos robaron. No se lo digas a mamá.

—Por supuesto que no, hijo, pero de todos modos lo sabrá. El ejército te hizo provecho, Cáceres Oreja.

—Le dije que vendí los zapatos para comprar el pasaje.

—No es boba. No creo que se haya comido el cuento.

—Conocí una muchacha por el camino.

—No todo es pérdida.

—Bonita.

—¿De qué familia?

—Morantes.

—No los conozco.

—La dejé sola en el terminal. Dijo que pasarían por ella.

—Lo dijo por cortesía.

—O tal vez sus familiares ya habían venido y se habían ido.

—En ese caso, volverán.

—Al taxista que me trajo le pedí que pasara por ella, por si acaso, y la llevara a su casa.

—Fuiste poco caballero.

—Lo sé, papá. Me dejaron sin un peso.

—Primero debiste dejarla en su casa. En fin, cuando vuelvas a verla, le preguntas y te disculpas si es necesario.

Candelaria entró al cuarto con un par de pantuflas rosadas.

—Como la Bella Durmiente perdió las zapatillas de cristal —dijo—. Los dejo para que adelanten el cuaderno de los chismes.

Se retiró en puntillas.

—¿Por qué Oviedo llegó antes? —preguntó papá—. No me atreví a preguntarle, no quise hacerle sentir que me molestaba su suerte y que no lo quería a él en las calles de Málaga sino a mi Antonio.

—Hizo parte de la escolta de mi general Loniega en un viaje al Valle de San José. Se presentó una emboscada y Oviedo se portó como un héroe. Le dieron una medalla y lo mandaron a casa.

—¿No lo hirieron ni nada?

—Ni un raspón. Las balas le temen, según dice.

—Donde pone el ojo, pone la bala.

—Donde pone la escoba, muere la rata.

—Qué.

—Debieron darle una medalla por todas las ratas que exterminó en el batallón y el vecindario.

—Oviedo es un caso.

—Te ves bien, papá.

—El reloj me tiene jodido pero ahí vamos.

—No trabajes tanto.

—Me quitas un peso de encima, Antonio. Soñé que estabas en un hueco profundo, que tus brazos se volvían alas pero no podías volar. Te arrastrabas en el barro, descalzo, y tenías prisa por salir. Ahora entiendo.

—Sueño con insectos de menta.

—Pásame unos.

—¿Qué lees?

—La vida de Josefina, la mujer de Napoleón.

—Se murieron hace siglos. ¿Los negocios van bien?

—No me quejo. ¿Vas a trabajar conmigo? Después hablamos de eso, Antonio. ¿Tienes hambre?

—Quiero salir a dar una vuelta. ¿Vamos?

—Encantado.

—Vamos y hablamos.

—Ni más faltaba.

Papá se agachó a ponerse los zapatos. Me dijo que buscara unos en la caja. Picado, chicanero, escogí los blancos. Fui al baño, me saqué las medias mugrientas y me lavé los pies. Volví con los zapatos puestos. Papá se alisaba el bigote con las manos frente al espejo de mamá.

Candela entró con una bandeja: dos tazas de café, gruesas tajadas de pan y dos pedazos de queso. El olor del café me devolvió una dicha olvidada. Mamá olía a café.

—Doña Cecilia Oreja sigue llorando de dicha en la cocina.

—Esta noche le dolerá la cabeza —dijo papá—. ¿Tenemos acetaminofén?

—Trae un sobre, please.

Papá se caló el sombrero y alistó un tabaco. A mamá no le gustaba que fumara en casa. Bebió el café de pie y despreció el pan y el queso. Estaba tan hambriento que acabé con todo.

—Los caballeros abandonan el castillo —dijo Candelaria.

—Tu padre, lector de historia y vendedor de cabras, y tu hermano, defensor de la patria, salen de parranda.

—¿Los señores no esperan a que extienda la alfombra roja? —dijo Candela, con una venia de burla, y suspiró—. La damisela aguardará detrás de la puerta. Don Antonio, mi señor, buscaré vuestras cosas y os prepararé el lecho. Algunos zapatos viejos y al menos un par de medias remendadas encontraré.

No la encontré en Málaga. Próspero y Marco Polo no contaron gran cosa de Teresa. Tampoco del Juan. Decían vaguedades y cambiaban de tema. Pero algo era seguro: no se habían ido juntos.

El Juan al monte, la Tere a Bogotá.

Eso me dijeron en la calle.

Eso me dijeron en su casa.

—¿No te avisó? —dijo la madre de Teresa, esculcando mi cara con sus dedos, reconociéndome
—. Ay, muchacho.

Oviedo me dijo la verdad:

—Teresa se fue con un chofer, marica.

Volví a ver a Renata Morantes, con la abuela, en la plaza de mercado. Era sábado y acompañé a mi madre después de muchos ruegos. Soy buen hijo, me dije al ver a Renata, y merezco la recompensa. Pasado el entusiasmo, pensé que no se acordaría de mí. Supuse que la anciana era su abuela: alta, delgada, un moño gris, diminuto. Me sorprendió mirándola. Le dijo algo a Renata, que de inmediato giró el rostro hacia mí y sonrió.

—Cáceres Oreja.

Trajo a su abuela hasta nosotros.

—Mira —dijo.

Y me enseñó un canasto: acababan de comprar un par de conejos.

—En Pamplona tenía una coneja que odiaba las crías.

Nos presentamos.

—El terror de los borrachos —dijo la abuela—. Su hijo salvó a mi muchacha en Chitagá, doña Cecilia.

—Se hace lo que se puede —dije por decir algo.

—Gracias por el taxi —dijo Renata.

—Mamá, ¿le pagaste a Perico?

—Hace rato, mijo.

—La proeza merece al menos una taza de chocolate —dijo la abuela—. ¿Cuándo pasan a visitarnos? En Piedra Blanca, todo mundo sabe dónde vivo. No más pregunten por Jerónima Toledo.

Candela dijo que había un muerto en el cementerio, y qué más había en el cementerio aparte de muertos, y entonces aclaró que sin enterrar, que fresquito, que un bandido, que una plomacera en el páramo, y fui a ver. No lo reconocí. No era el Juan. Le habían volado una oreja y estaba descalzo y sin camisa, tan amarillo que parecía de cera, tendido sobre una mesa de cemento, en el anfiteatro del cementerio de Málaga.

Tampoco era el Duende. Nadie conocía al hombre. Pero si el cuerpo sin oreja fuese el Duende, ya se sabría. Así le decían antes al viento enamorado. Las muchachas bonitas, sobre todo las vírgenes, se escondían cuando un remolino de polvo recorría las calles. Se decía que podía llevárselas para siempre a su lejana e inaccesible guarida, unas cuevas que no figuraban en ningún mapa. Nada se sabía de las muchachas que el Duende de carne y hueso se robaba, como si hubieran desaparecido en el aire.

—¿Qué hay, tizado? —dijo Oviedo, otro de los curiosos—. Las Carboneras te mandan saludos.

—¿Entonces quién es el tizado?

—Los niños te extrañan.

Renata, absorta, contemplaba el cadáver. Tal vez se decía: «No es ninguno de los infelices que nos atracaron». La saludé y me miró sin palabras. Se retiró. Me despedí de Oviedo, la seguí despacio por entre las tumbas, hasta que se detuvo a conversar con un hombre de anteojos, un extraño con un morral a su espalda y una cámara colgada del pescuezo. Imaginé que había venido a cubrir para *El Norteño* la noticia del muerto sin oreja. Renata lo miraba con asombro, acercándose y alejándose, como si hiciera preguntas y meditara las respuestas, señalándose a sí misma con insistencia. Se despidió con un abrazo y salió del cementerio. La seguí entre el gentío, y al fin le hablé. Había llorado y le brillaban los ojos. «¿Te has preguntado por qué somos tan infelices, Antonio?», dijo. Quise saber quién era el hombre del cementerio. «¿Quién nos hizo tan desgraciados?», precisó. «¿Quién era?», insistí. «Arciniegas», dijo. «¿Quién?». «Escribió *Los besos de María*». ¿De qué me hablaba Renata? «Le inventó la historia a una mujer desnuda que nunca volvió a ver», dijo. Renata, Renata. «Ya murió», dijo. ¿Renata deliraba? ¿Quién había muerto? «La mujer de los besos». ¿Y qué hacía el hombre por estas tierras de nadie? Renata confundió muertos y fantasmas en una frase que no entendí del todo, y luego respondió: «Vino a visitar a su abuela, que murió hace más de veinte años». No quiso que la acompañara a casa. Me recordó la invitación del chocolate, prometió que estaría bien y me dio un beso en la mejilla. La

vi alejarse y me gustaron sus piernas más que nunca, su caminado, qué caminadito, como agua en reposo, como agua para una zambullida, como un pozo fresco bajo la sombra de los sauces. Loca, pero bonita. Malagueña salerosa. Pensé en una palabra bella: tinaja.

—Mírame, mírame —dije.

Por más fuerza que hice, la condenada no volteó a mirarme.

Volví al cementerio, pero no encontré al tal Arciniegas sino una tumba sin nombre, cubierta de astromelias recién cortadas. Tampoco di con Oviedo el Oscuro. Una mujer sin lágrimas contemplaba el cadáver. Pálida, flaca, ojerosa. Me sentí impulsado a acercarme. Llegué a tiempo para recibir el cuerpo desmadejado. La llevamos a la tienda más cercana, donde recuperó el sentido y le ofrecimos café. No quiso nada.

—El finado no es de por acá. Se crió en Pamplona, en Los Garabatos. Las malas compañías lo echaron a perder.

—¿Cómo lo sabe, señora?

—Soy su madre.

¿Qué podíamos decir?

—Tuvo una territa en Damajuana y la perdió en una riña —dijo la mujer—. Por unas faldas.

No entendí la frase siguiente.

—Tomasa los quería a ambos, al otro y a mi Nacho. Quería las tierras de ambos. Toda la tierra del mundo. Pero los hombres la querían a ella. Toda la tierra y toda la mujer, supongo.

Alguien le acercó un vaso de agua.

—Se enfrentaron a cuchillo en el Callejón de los Ciegos. Mi Nacho le dio al otro en el corazón, donde quería darle, y se tuvo que perder.

—¿Trabajaba con el Duende?

—Eso me dijeron. Hice varias veces el viaje de Pamplona a Málaga con la esperanza de verlos, pero nunca nos cruzamos. Una vez me atreví a recorrer a pie la carretera del páramo y casi me congeló. Vivía buscándolo como una loca, día y noche, esperando lo peor. Cada vez que había un asalto iba a donde traían los muertos y los heridos. Ahora puedo descansar. Antes de verlo, ya sabía que mi Nacho era el muerto. Ahora me puedo morir.

—¿Y Tomasa?

—Se casó con otro. Eso dijeron. Ya no debe acordarse de ninguno de estos dos infelices.

—¿Y las tierras?

—Donde mismo, qué más. Los dueños pasan y las tierras quedan.

La mujer se rio y alguien preguntó la razón.

—El mismo día que mi Nacho mató a Ángel María, se descarriaron unos toros en Pamplona. Con tanta niebla, la gente culpó a los animales. Pero yo sabía que había sido mi muchacho. Llegó destilando sangre a la puerta de la casa. «Madre, soñé que mataba a Ángel María», dijo. Apenas tuvo alientos para tenderse en la cama. Le limpié el cuerpo y corrí por el doctor Malaver, que no

le niega un favor a nadie. Cuando volvimos encontré la cama vacía, pero el reguero de sangre me aseguró que no era un sueño.

Pasé por el chocolate, por supuesto, y me divertí como nunca. La abuela, que tenía unas frases locas, una concepción del mundo disparatada, contó el chiste del murciélago que se enamoró de un ratón y fue repudiado por la familia.

Me dolía el estómago cuando juzgué prudente despedirme.

—Ven mañana si quieres —dijo Renata—. Llévame al cine.

—¿De qué te ríes?

—El terror de los borrachos, el terror de los bandoleros.

—Al menos te espanté al borracho.

—Mi caballero descalzo. Ahora me río pero estaba muerta del susto. Me acuerdo de la tarde que se escaparon los toros en Pamplona.

—Me acuerdo.

—Le debíamos la plata de un mercado a don Leonel Santana cuando lo mató uno de los toros en el ascensor del edificio Bellalú. No es que papá no quisiera pagarle. No había con qué. Luego fue retrasando el pago. Don Leonel no tenía hijos sino un montón de sobrinos que no sabían de la deuda, y el asunto se quedó así. Don Leonel era algo picarón. Siempre me preguntaba si me casaría con él, pero nunca supe si me lo proponía en serio. Vi el cuerpo.

—Estuve ahí.

—Pero no me acordaba de eso sino de que estaba muerta del susto con todos esos animales sueltos y un soldado quiso salvarme.

—¿Tenías una cola de caballo?

—En ese tiempo sí, luego me corté el pelo.

—¿Tenías un saquito blanco?

—Todavía lo tengo. De lana virgen. Lo único que me queda virgen. ¿Eras tú?

—El soldado Cáceres Oreja —dije—. ¿Con quién entraste al Hotel Victoria?

—Ese bicho era mi novio. Debiste salvarme aquella vez.

—Estabas muerta del susto.

—Sigo muerta del susto. ¿Vienes mañana?

Mamá me impidió el paso con la escoba.

—Se ve buena muchacha —dijo.

—Ya te informó la policía.

—Tuvo su fracaso, pero es buena muchacha —completó mamá—. No la confundas con una de las Carboneras.

—Doña Jerónima te mandó una razón —dije—. Que cuándo pasas por el chocolate.

Puso un par de billetes en mi mano.

—Llévala a ver a Cantinflas.

—¿Eres adivina?

—No hay que ser adivina para saber que esa muchacha necesita ilusiones.

Vimos una película de Cantinflas y luego conversamos en el parque. La carita de Renata me gustaba cada vez más. La estuve mirando a hurtadillas durante la función. En una situación de peligro nos tomamos de la mano y ya no nos soltamos. La abracé al salir y buscamos un escaño libre en el parque.

—Me encanta como se mueve ese Cantinflas —dijo Renata—. ¿Tú bailas así?

—Papá me llevaba a ver películas de Tarzán.

—A mí no. Nunca. Nadie.

Le pregunté si quería un helado o una taza de café.

—Ve a la esquina por unas papitas fritas.

Compré dos bolsas al vendedor callejero.

—Supe que te dejó la novia —dijo Renata.

—Todo el mundo lo sabe.

—No siempre vas a tener tan mala suerte —dijo—. ¿Te gustan los caballos?

—No tengo ninguno.

—¿Pero te gustan?

—Es un animal hermoso.

—Nunca te compres uno. Nunca, ¿me entiendes?

—No tengo planes.

—No entiendes.

La banda municipal empezó a soplar temas populares. La gente dio vueltas al parque durante media hora. Estábamos muy juntos en el escaño, como un par de enamorados. Tal vez ya lo éramos. ¿Cuándo volvería a abrazarla? Nos habían separado las papas fritas.

La magia del cine nos acercó, me permitió su mano y, al salir, el abrazo. ¿Cuándo me atrevería a besarla? ¿Después de las papas? La música acabó y la gente se fue a dormir. Los músicos recogieron los instrumentos y también se fueron a dormir.

—¿Siempre vas a traerme a la retreta?

—Siempre —dije—. ¿Qué pasó con la coneja?

—Papá se aburrió al fin. Me mandó a comprar harina de trigo y preparó un almuerzo sorpresa. La carne me supo a lágrimas.

—¿Y el conejo?

—Ya viudo, se lo vendimos a una vecina.

—Conocí a tu papá la noche que le partió la cabeza al muchacho.

—A Dino.

—Tu novio.

—Fue mi novio hasta que me embarazó —dijo—. Se casó con Juanita Uslar.

—Me ordenaron montarle guardia toda la noche.

—¿A Dino?

—No, a tu papá. Al muchacho se lo llevaron corriendo al hospital. Supongo que se fue a casa tan pronto lo remendaron.

—Papá nunca comentó el incidente, pero los chismes vuelan. Siempre fue un hombre de pocas palabras. Un sentimental. Silencioso, cruel y melancólico. No hablaba de mi madre pero la amó con locura. En el fondo, la culpó por morirse y dejarlo solo. Le partió el pote a Dino y me mató a la coneja. Todavía no sé si lo hizo por mí o contra mí. Aunque ya estaba embarazada, no fue mi antojo. En Pamplona me dicen Coneja. Papá me creía una cabra porque me subía a leer en los árboles. De chiquita vivía en el monte.

—Las cabras son mi oficio.

—Entonces podrías conmigo.

—¿De qué te ríes?

—Por eso.

—¿Por mi oficio?

—Porque ya sabes qué hacer conmigo.

El rubor la delató.

—Qué vergüenza —dijo—. ¿Sabes algo de un crucifijo de plata?

—Lo decomisó mi cabo Ardilla.

—Se lo robó, querrás decir. Era de mi madre.

—Me acuerdo de unas fotos.

—Yo no.

—Una mujer con dos niños.

—Tal vez tuvo hijos con otra. No, qué va. ¿Qué fotos serían?

—¿Y el niño? Al fin me atreví a preguntarle a Renata por su hijo.

—Lo perdí. Lo perdí cuando me convencí de tenerlo. Lo quería con o sin Daniel, y entonces lo perdí. La muerte me persigue. Papá estaba viejo pero pudo aguantar unos cuantos años más. Sólo me queda la abuela. Hace siglos murió Víctor Manuel. Las monedas eran suyas. Unas monedas raras y un montón de revistas vulgares fue toda su herencia. Quemé las revistas y, como sabes, perdí las monedas por el camino. No me queda nada. La muerte, ajedrecista juguetona, tiene sus artes. O nos da un jaque mate al principio de la partida o, como en mi caso, nos arrebató las piezas una tras otra, para obligar la rendición. Maldita sea. Llega el momento en que no hay escapatoria.

La abracé.

—No quiero más muertes en mi vida, Antonio.

Me ofreció su boca, que me nublaba el pensamiento.

—Antonio, Antonio, Antonio.

Nos besamos.

Nos miramos en silencio, reconociéndonos. La búsqueda había terminado. Porque estábamos buscándonos.

—No tenemos prisa por morirnos de viejos —dijo—. ¿No es cierto?

—A veces sueño que soy otro, me veo como en una película, a veces soy mi hermano Alejandro.

—No sabía que tenías un hermano.

—Murió cuando era un bebé. Al año siguiente nací yo. Mamá quería que llevara su nombre. Cuando se emborracha, papá me confunde con Alejandro. A veces no sé si he vivido la vida de mi hermano o la mía. Imagino que él sería un doctor ahora.

—Entonces no has vivido su vida.

—Abogado o médico.

—O ladrón, como mi hermano, y ya estaría muerto. Qué pena, hablé sin pensar.

—Soñé con Alejandro la otra noche —dije—. Lo habían atrapado con una cartera ajena y lo llevaban a golpes a la estación, ante la presencia de todo el mundo. Seguí el rastro de su sangre hasta despertar.

—Tal vez no era tu hermano.

—A veces el ladrón soy yo.

—¿Vas a robarme?

—Así parece —dije—. ¿Me perseguirá la policía?

—No pienso denunciarte.

—Nunca había hablado de mi hermano con nadie, ni con Ramírez ni con Oviedo.

—¿Puedo hablarte de mamá? No sabía nada hasta hace poco. La abuela al fin me contó su historia. Fue mala, nos dejó porque tenía una doble vida, hacía de santa con papá y de puta en otras partes. La mató un hombre en Venezuela. Aunque visita su tumba cada dos o tres años, la abuela todavía no la perdona.

—¿Y tú?

—Es terrible, Antonio, ni siquiera recuerdo su cara.

—¿Tú ya la perdonaste?

—La culpa de todo la tuvo el señor Petrarca, mi abuelo, que la manoseaba.

—Un momento. ¿Petrarca?

—La abuela todavía le dice «doña Petra».

—Antes no lo bautizaron Cara de Tranca o Potranca. ¿De dónde sacaron ese nombre?

—Es un poeta.

—¿Dónde vive?

—Murió.

—¿Hace poco?

—Hace siglos.

—Pues con razón nadie lo conoce.

—Te hace falta leer, Antonio.

—Un momento, no soy tan burro y te lo voy a demostrar. Ese Petrarca escribía comedias divinas.

—Una sola. *La divina comedia*.

—Qué perezoso.

—Pero déjame contarte, por Dios. La abuela los sorprendió desnudos en el baño. Echó al señor Petrarca a la calle y nunca habló del asunto hasta hace poco, cuando la acosé a preguntas. Doña Jero no supo qué hacer con mamá. Fumaba desde la escuela, se iba con los muchachos a las quebradas y se perdía en los potreros. Desaparecía por días y a veces por semanas, y comenzó a viajar cada vez más lejos: Bogotá, Cali, Medellín. Todos los camioneros la llevaban gratis. La abuela la echaba y la recibía. Cada vez venía menos. Como alma en pena, la vieron desde Perú hasta Venezuela, imagínate. Fue volantona desde chiquita y yo la creía una santa. La veía como la Virgen del Carmen. A veces es mejor no preguntar, Antonio.

No supe qué decir.

—¿Nos vamos? —preguntó Renata—. Ya se me durmió el culo.

La acompañé a su casa. Despacio, abrazados, perseguidos por la luna.

—No, no soy una coneja. Tal vez sea una cabra. No, tampoco, no soy tan loca. ¿Qué quieres que sea? Seré el animal que tú quieras. Seré lo que tú quieras. Tu dulce animal.

Nos detuvimos varias veces para besarnos. Me abrazaba y se me pegaba con fiereza. Renata besaba con todo el cuerpo.

—La abuela está de viaje —dijo en la puerta—. Quédate conmigo.

—Los guerreros se adornan las orejas con astromelias antes de la batalla —dijo Renata en la oscuridad, dormida.

El viento arañó la puerta pero nadie se levantó a abrirle. Al fin, resignado, se alejó. En la madrugada, un borracho pasó cantando y alguien preguntó a gritos si habían visto la vaca de Octavio. ¿Cuál Octavio? En los solares, los gallos cantaron uno tras otro, estirando el hilo del amanecer.

—También vas a dejarme —dijo Renata, dándome la espalda.

—No estés tan segura.

—Eres el último guerrero de la niebla.

—¿Qué dices?

—Bobadas mías.

—¿Cosas que lees en los libros?

—Algunas —dijo Renata, volteándose—. Otras me las invento.

Soltó la risa.

—Soñé que te habías enamorado de una monja —dijo.

Hicimos un par de bromas con arzobispo y convento. Imaginamos dos monjas disputándose al jardinero. Un pobre y viejo jardinero que no podía con su alma. No. Un muchacho que las revolcaba en la tierra húmeda.

—Y les mete el diablo en el infierno —precisó Renata—. ¿Las mujeres se han mechoneado por ti, Antonio Cáceres?

—Qué.

—¿Se han tirado los pelos de arriba y de abajo? ¿Nunca se han revolcado como perras en un callejón?

—No.

—Qué suerte, no te han tocado las locas.

Había soñado con insectos otra vez. Con Teresa. Había soñado con Lucy. Perseguía a Lucy en un caballo cuando desperté junto a Renata Morantes.

—No tengo prisa por morirme de viejo.

—Por morirnos —corrigió Renata—. Al fin lo entiendes.

Abrí de nuevo la dicha de su cuerpo.

Me vestí y volví a casa.

—No juegues con esa muchacha —dijo mamá, remendando una camisa en el patio.

—No pienso hacerlo —dije.

Me miró por encima de los anteojos.

—No importa que hayan jugado contigo.

Pensaba ver a Renata al otro día. Luego pensé verla esa misma noche. ¿Y por qué no esa misma tarde? No dejes para la tarde lo que puedes hacer ahora mismo, me dije, y fui corriendo a Piedra Blanca en la bicicleta de Candela. Le propuse que bajáramos al río y aceptó de inmediato, colgada de mi cuello. Dejamos la bicicleta en ese zaguán de baldosas coloradas. Bajamos de la mano, de piedra en piedra, sudorosos y felices, y se nos antojó bañarnos en el Pozo del Ahorcado. No había ningún cura colgado de los árboles. Renata, al parecer, no conocía la historia. Cosa rara porque en Málaga se sabía todo.

—Bañémonos —dijo, desabotonando su blusa.

Como no llevábamos traje, lo hicimos desnudos. Me pidió que no mirara y, una vez dentro del agua, me abrazó por la espalda. Me deslicé para liberarme de su abrazo, nadamos un rato, nos salpicamos. Nos juntamos en el agua y luego sobre una piedra, arriesgándonos a que nos vieran.

—No me importa —dijo Renata.

Nos vestimos y nos quedamos tendidos a la sombra de un árbol.

—Había soñado con este río —dijo Renata—. Al otro lado comienza el paraíso.

—Entonces crucemos.

—Lo hicimos anoche, ¿no te diste cuenta? —dijo Renata—. Nunca había amanecido con nadie, Antonio.

—¿Estamos al otro lado?

—¿Alguna duda?

—No tenemos prisa por morirnos de viejos.

—No.

Pero teníamos un hambre del carajo. Ni siquiera habíamos traído bocadillos. En un rato le diría a Renata que nos levantáramos a buscar una casa donde nos vendieran al menos un plato de sopa. El sol jugueteaba entre las hojas.

—¿Quién es Teresa?

No dije que nos habíamos conocido en el río, que me llevó a la cama y me hizo de todo, que se voló con un chofer a Bogotá cuando todavía era mi novia y que en mis sueños comía insectos de menta. Nada de nada.

—Nadie —dije.

Fuimos hasta un puente de madera y encontramos una casa repleta de crisantemos, hortensias y astromelias. Nos dieron arroz y huevos duros, papas saladas y agua de panela. No quisieron cobrarnos.

—Antonio, tenemos que volver a traerles unos panes.

Por el camino encontramos moras.

—De niña vivía comiendo moras en el monte —dijo Renata—. Era una salvaje.

Volvimos sin palabras, sin soltarnos de la mano.

Y sin palabras nos recibió doña Jerónima.

Con una caja de madera.

Renata preguntó qué era.

—Los huesos de tu madre.

Comencé a trabajar con papá en el negocio de las cabras. Comprábamos y vendíamos cabras. Un buen negocio. Don José del Carmen me enseñó que el ojo engorda. La lengua, diría. Todas las cabras que papá compraba eran unas pobres, raquílicas e infelices cabras. Pero todas las cabras que papá vendía eran unas maravillas, unas preciosidades, qué lástima me da vendérselas, pero no podían quedar en mejores manos, y no se atreva a pedirme rebaja, no sea descarado, hombre. Pero, don José. Hombre, me da una lástima venderle los animalitos, uno se encariña, usted sabe.

Por las noches visitaba a Renata. Dormíamos juntos en los descuidos de la abuela. Hambrientos, no dejábamos de tocarnos.

—¿Qué pasó con la casa que tenían en Pamplona?

—Siempre fue una casa ajena. ¿Alguna vez fuiste a Tintorredondo? Dicen que ahora está hecho un nido de marihuaneros.

—¿Y las cosas?

—No eran muchas. Traje los libros y la ropa. Y regalé el resto.

Véíamos la novela de las ocho, un culebrón infinito, nos besábamos en el parque, dábamos una vuelta.

—*Amor eterno* —suspiró Renata—. ¿No es una canción?

—De Juan Gabriel, insigne filósofo mexicano.

—¿Cómo pudieron inventar tantos cuentos de una sola canción?

—Ciento cincuenta capítulos y esa novela nada que se acaba. Mamá no se pierde ni las propagandas.

—La abuela tampoco. Ya viste que discute con los personajes.

—Como nosotros cuando vemos fútbol y le mentamos la madre al árbitro.

—Hay muchos que le gritan a un caballo en una carrera. ¿Cómo puede oírlos un caballo metido en un televisor? Y si los oyera, ¿te imaginas al caballo deteniéndose a analizar lo que le dicen? Pensará que es la voz de Dios y torcerá el pescuezo con la ilusión de verlo.

—Dios no va al hipódromo.

—Exacto, Antonio. El pobre caballo creerá que tiene voces en la cabeza y que necesita un siquiatra.

—Caballo loco no gana carreras.

—Así es, Antonio.

—En casa, de ocho a nueve no tenemos mamá. Podrían entrar los ladrones y no se daría cuenta

de nada.

—A menos que se llevaran el televisor. ¿Tú crees que Miguel Fernando se queda con Dolores?

—Se queda —dije—. Tendrán hijos y serán felices, pero no veremos esos capítulos.

—¿Significa que la dicha no es rentable?

—No en la televisión —dije—. Pero la desgracia sí: muertos, terremotos, inundaciones, telenovelas con lágrimas. Como dice doña Jerónima, «para qué sufrimos si van a terminar bien».

—Dolores es pobre.

—Vas a ver que no. Es hija del millonario...

—Julio Adolfo Monteverde.

—Es hija de ese señor. La va a reconocer en su lecho de muerte y le heredará toda su fortuna.

—Entonces será digna del amor de Miguel Fernando.

—En las novelas, el amor es para los ricos y los bonitos.

—¿Y nosotros qué, Antonio?

—Tú eres bonita.

—Pero no soy rica.

—Riquísima.

Renata enrojeció.

—Antonio, descarado.

Había una casa abandonada. El óxido cubría el candado del portón. Más allá de las rejas crecía el jardín como una selva. En uno de los cuartos dormiría la bella durmiente esperando a que acabaran los cien años y el príncipe atravesara el bosque que espantó a los cobardes.

—La despertará con su espada desenvainada —dijo Renata, feliz, en mi oreja—. La despertará y entonces la pobre sentirá que se muere otra vez.

El fuego inmóvil en la cocina, el chorro de agua suspendido en la eternidad y el cocinero dormido con una mano en el pescuezo de la gallina y en la otra el cuchillo. Cien años después la gallina despertaría sólo para morir.

—Princesa y gallina comparten destino —observó Renata.

Más de una vez sentimos el impulso de colarnos a la casa. Renata había oído que tocaban un piano.

—Se oye tan triste —dijo.

Luego supe que en esa casa había muerto una profesora de francés, enamorada de un alemán que vino a escribir una novela y jamás regresó. Otra versión cambiaba al alemán por un militar que murió en una emboscada. Chismes.

—Murió de amor —dijo Renata.

Una noche empujé la puerta entreabierta, seguí por el breve zaguán de baldosas coloradas que terminaba en un patio y desde ahí vi a Renata, acompañada, en la sala. Me detuve en seco, como si me hubiera estrellado contra una lámina de acero. No dije nada. El hombre no me vio. Continuó

sentado, ensimismado. No pude ver su cara. Renata abrió la boca como si viese un fantasma, y tampoco dijo nada. Retrocedí hasta la puerta. Al rato, cuando alcanzaba la esquina, oí que Renata me llamaba. Me pareció que Renata me llamaba.

Renata vino a buscarme a casa.

—Le dije que no, Antonio. No tengo la culpa de que Juanita Uslar le haya salido faltona. No tengo ni quiero nada con Daniel Montes. Ya ni siquiera es un fantasma. No es nadie.

La abracé porque estaba llorando.

—No lo hice a propósito, Antonio. Había llovido y resbalé. Antonio, resbalé en la calle y me golpeé la cabeza. Ya sabes las calles que tenemos los pobres, si no bajas de barriga, bajas de culo. Lo siguiente que recuerdo es que estaba en el hospital y había perdido al niño. No lo hice a propósito. Tintorredondo no es más que un raspaculos. No soy la coneja que mata sus crías. Pero nadie me creyó. Ni siquiera papá. Por eso se partió la madre. No soportaba la idea de haber engendrado semejante hija. Sobrevivió a todas las vergüenzas de Víctor Manuel pero no pudo conmigo. Mi preñez le dio duro pero luego se hizo a la idea y hasta se entusiasmó. No asimiló la noticia de la pérdida. Apenas esperó a que saliera del hospital. Lo vi bajar la calle, lo vi voltear a mirarme antes de doblar la esquina y pensé que algo malo iba a pasar. No vino a comer. No vino en toda la noche. Madrugué a buscarlo en la estación de policía y el hospital. Nada. Luego fui al taller, donde debí buscarlo primero, pero ya era tarde. Se desangró como un toro en el matadero: puyándose el cuello con un cuchillo. No dejó ninguna nota, no le dijo nada a nadie, no me dijo nada, pero sé por qué lo hizo. Sobre el cajón de trabajo encontré el último par de zapatos que reparó, en una caja de cartón, con el nombre del dueño. Tuvo esa delicadeza con un extraño, pero para mí ni una sola línea. No quiso despedirse del monstruo. ¿Puedes perdonarme?

—No entiendo —dijo—. No tengo nada que perdonarte.

—Soy mala, Antonio, soy mala.

—No, no, no.

—La muerte me ronda: mi hermano, mis padres, mi hijo, los conejos.

—Ya no más, ya pasó, ahora estamos juntos.

—Sácame los tormentos, Antonio. Sácame esta niebla. Sólo tú puedes hacerlo.

—Renata.

—Sácame a manotadas toda esta materia y verás que no soy una mujer de niebla.

—No lo eres. Un poco enredada, pero nada más.

—Dime que no más muertes, dímelo.

—No más muertes. Vamos a vivir.

—Prométemelo, júramelo.

—Vamos a vivir.

—Mi vida es contigo, Antonio. Vivamos juntos. No me dejes morir.

Se lo dijimos a la abuela y estuvo de acuerdo.

—Ustedes sabrán —dijo—. ¿Se llevan los conejos?

Vimos una casita en Agua de Dios, el barrio más reciente de Málaga, el más bonito. Con dos ventanas y un patio.

Una luna redonda salía más allá del cementerio, de entre los árboles. Me sentí lleno de regocijo, de entusiasmo. Quise brincar, quise correr, fumarme un tabaco. Subí las solapas del saco, como un vampiro, y hundí las manos en los bolsillos. Me sentí como el personaje de una película. Sentí que vivía una historia. Tenía una mujer, una historia de amor.

Tres perros flacos corrían detrás de una hembra.

Pateé media naranja.

Oviedo el Oscuro, en una esquina, hablaba con extraños.

Le hice una seña para que se acercara y lo invité a una cerveza.

—Tengo que contarte cosas —dije.

—También yo —dijo Oviedo—. Me levanté una hembra casada.

—Mierda, ¿con quién?

—Con un policía.

—Bruto. ¿Cuál de todos?

—El agente Escorbuto. Agapito Escorbuto.

—Pero qué bruto, y perdona la involuntaria rima.

—Como no tengo prima —dijo Oviedo el Oscuro, prolongando el juego y enseñando las muelas—. El que a la prima se arrima...

—Triple bruto. ¿No sabes lo atravesado que es el Escorbuto? ¿No supiste de la paliza que ese aguacate le dio al borracho en las fiestas?

Pasó Perico en el taxi y nos saludó con la mano.

Oviedo compró unas papas. Pensé en las mujeres de los policías que se quedaban solas durante largas noches, durante semanas o meses, y buscaban el alivio clandestino, la compañía furtiva, unas palabras bonitas. Entramos al Café Estrella. Era noche de canciones tristes.

Hablamos de mujeres y compartimos la bolsita de papas.

Pregunté por su perpetua maldición.

—Gloria la Dulce no se decide —dijo Oviedo—. Tanto quererla para qué culos. Un rato con la Pirañita, otro conmigo, y siempre con remordimientos. La Pirañita y yo, repletos de arequipe, vamos a terminar como unos marranos.

—¿Por qué no te quedas con las dos?

—Se lo propuse y casi me mata.

Carmen nos trajo las cervezas.

—Ya están canceladas —dijo, señalando con la boca una mesa del fondo.

Perico levantó su cerveza para saludarnos.

—Le hice un favor —explicó Oviedo.

—Parece Dios: está en todas partes.

—¿Sabes que mi cabo Ardilla entró en razón? —dijo Oviedo—. Echó a la mujerzuela.

—Maritza López.

—Te acuerdas del nombre, condenado. ¿De qué más te acuerdas? ¿También comiste ahí?

—Nunca. Por respeto a mi cabo.

—Qué respeto ni qué culos. ¿Te pidió un masajito? Te pedía un masajito y se empelotaba toda.

—¿Y ahora qué hará?

—Se fue para La Guajira con Fernández.

—¿Con el negro Fernández?

—El mismo —suspiró Oviedo—. La puta escogió al más grande.

—¿Y mi cabo?

—Agoniza como un perro —dijo Oviedo—. Lo han visto seguido donde la señorita Lucy. Como quien dice, lo único que hizo fue cambiar de puta.

Y cantó, algo desafinado:

Vive dichosa.

No es necesario

que cuando tú pases

me digas adiós.

—Estás perdiendo el tiempo —dije, burlándome.

—María Luisa Landín.

—Qué.

—*Amor perdido*, un bolero, la obra maestra de la Reina del Bolero. Es lo que está sonando desde hace un rato.

—Voy por más papas —dije—. Quiero brindar por el rey de las putas.

—No, quédate quieto —dijo Oviedo—. No mires todavía, pero ahí está Daniel Montes, antiguo novio de Renata Morantes. Llegó de Pamplona hace unos días y como que te está buscando. Desde hace rato nos mira.

Giré el rostro con cuidado.

—Ese man de bigote —precisó Oviedo.

—¿Quién te contó?

—Perico, quién más.

—Va a armar pelotera.

—No creo —dijo Oviedo—. Juega de visitante. Sólo quiere hablar.

—Vendrá apenas termine la cerveza.

Terminó la cerveza, pidió otra y se acercó. No recordaba su bigote. Me sorprendió la cara lastimada por uñas de mujer. Renata no había mencionado el detalle. No la creía capaz de defenderse como las gatas.

—Quiero hablar con usted —dijo Daniel—. A solas, si es posible.

—Claro que es posible —dijo Oviedo, levantándose, y le hizo al hombre una leve señal de advertencia—. Al rato vuelvo.

—No busco problemas —dijo Daniel.

—Ni más faltaba —dije—. ¿Qué busca?

Había cierto contraste entre su delgadez y su bigote. Entre su descarada juventud y su bigote. Era como un bigote de quitar y poner. O como si se lo hubiese encontrado de casualidad en una caja de zapatos. Me imaginé que se lo quitaba para dormir.

—Debía intentarlo —dijo Daniel—. Vine por Renata, no puedo negarlo, pero ella ya no quiere nada y razón le asiste. Fui un imbécil.

—Razón le asiste.

—Sin insultar.

—Sin insultar —dije.

—Mañana me voy. No van a volverme a ver por estos rumbos. Le deseo suerte.

—Ya la tengo.

—Que le dure. Renata lo quiere. Pórtese bien con ella y la tendrá siempre. Es una mujer fiel.

—Mierda, parece mi papá.

—¿Una cerveza?

Acepté la cerveza. Bebimos en silencio.

—Voy a comprarme una Suzuki 500 —dijo Daniel.

—¿Qué?

—Una moto.

—Sí, una moto, ¿pero qué tiene que ver?

—El vértigo, el vacío, la soledad. Tengo un dinero que ahora me está estorbando.

¿Se lo robó? ¿Alguna herencia?

—Le eché un polvo a una negra vieja, dueña de todo un edificio, pero no sabía que iba a pagarme. Quería gastarme ese dinero con Renata. Ahora buscaré otra muerte.

—¿Qué dice?

—Ya no seré un animal doméstico.

—Entiendo, creo que entiendo. Quiero morirme de viejo en los brazos de Renata, domesticado, rodeado de nietos.

—Tuve un caballo —dijo Daniel—. Tuve un caballo blanco en Monteadentro, al sur de

Pamplona, no sé si conoce. Se partió una pata. Un bello caballo blanco.

Se levantó para despedirse.

—¿Qué pasó?

—¿Qué dice? —dijo Daniel.

—¿Qué pasó con el caballo?

—Le disparé acá.

Con el índice derecho señaló la mitad de su frente.

Nos dimos la mano.

—¿Hay algún paraíso para los caballos?

—Supongo que sí —dije.

—Entonces allá volveré a verlo.

Encendió un cigarrillo camino a la puerta, se detuvo a dar un par de chupadas y luego se alejó.

Asqueado, me limpié el sudor de Daniel en el pantalón.

Oviedo regresó a la mesa.

—¿Qué tal la charla de hombre a bigote?

—Daniel Montes vino a capitular.

—Entregó a la reina.

—¿Cómo diablos supo quién era yo?

Oviedo el Oscuro se encogió de hombros, como dando a entender que en Málaga se sabía todo.

—¿Qué me ibas a contar? —dijo.

—¿Otra cerveza? Carmen, dos más. ¿Volviste a ver a Bellalú?

—¿Quién?

—La negra, la dueña del edificio, la que te dio todo ese billete.

—Volví a verla pero lo único que faltó fue que me echara agua caliente. Hizo como si no me conociera.

—A todos se los come una sola vez.

—¿Cómo lo sabes?

—Te cuento el milagro pero no el santo.

—Te hizo el milagro.

—No, qué va.

Carmen trajo las cervezas y Oviedo le palmoteó el trasero.

—Muérgano —dijo la mujer.

Y se alejó entre avergonzada y feliz.

—¿Ya te la cogiste?

—Quién no —dijo Oviedo—. Si te gusta, te la palabreo. Sabe para qué tiene lo que Dios le dio.

¿Qué ibas a decirme?

—Me voy a vivir con Renata.

—Cuéntame algo que no sepa.

Cinco: Daniel

Se mira en el espejo del tocador, se acaricia el bigote, se dice:

—Soy Daniel Montes y vengo por lo mío.

Al fondo del espejo, en la penumbra, duerme una mujer.

Las frágiles cortinas no mantienen a raya el alumbrado público. La luz, como animal perseguido, busca sus rincones.

No es ella, no es Renata Morantes.

—Coneja, soy tu destino.

No se lo dice a la mujer dormida en el fondo del espejo sino a otra, que se le clava como una espina, que escarba entre las uñas y la carne, que no se le aparta del entrecejo.

Oprime un pie de la mujer.

—Oye, Carmen, ¿has visto un libro de Sabines?

—¿De quién?

—Jaime Sabines.

—¿Un amigo tuyo?

—Tal vez lo dejé en el café —dice Daniel—. ¿Conoces a Renata Morantes?

La mujer, medio dormida, pregunta si está loco. Cómo se atreve a despertarla a estas horas de la madrugada. Enciende la luz y se reconoce en el espejo. Los senos morenos, los pezones grandes y oscuros, los cabellos alborotados, los labios gruesos. No sabe de la tal Renata. Daniel la observa en el espejo. La considera tema para una pintura, *Mujer atrapada en el espejo*, pero desecha la idea de inmediato.

—Vino de Pamplona hace poco. Vive con su abuela.

—¿A eso viniste entonces? ¿A buscarla? ¿Cómo se llama la abuela? ¿Qué hace?

—Jerónima, lava ropa ajena.

—Ya sé —dice la mujer—. Si es la muchacha que pienso, ya tiene dueño.

—¿Quién?

—Antonio Cáceres.

—¿Lo conoces?

—Todo el mundo va al Café Estrella.

La mujer se rasca la planta del pie izquierdo. La sábana resbala y descubre la espesura del sexo.

—¿Son amigos?

—Soy más amiga de Oviedo, un amigo suyo —dice Carmen—. ¿Qué vas a hacer?

—No es asunto tuyo. ¿Te acuestas con él?

—No es asunto tuyo.

La mujer se estira, agarrándose de la cabecera de la cama con ambas manos. Se apoya en la espalda y ofrece su sexo. Otro tema para una pintura.

—¿Te acuestas con él?

—Una o dos veces.

—¿A la semana?

—En toda la vida.

—¿Una o dos?

—Tres veces. ¿Quieres las fechas?

—No es necesario.

—¿Algo más?

—¿Y con el otro que nombraste, con Antonio?

La mujer se cubre, se recoge, se enrolla.

—Nunca. No me acuesto con todos. ¿Qué estás creyendo?

—No te alborotes, Carmen del Bosque. Sólo preguntaba.

He venido por ti, Renata. Me persigue tu olor, me despierta tu olor, me socava y se ramifica dentro de mí. Me sale por la boca, untado de palabras. Déjame olerte, saborearte, mordisquearte toda. Déjame dormir junto a tu olor, Renata. Déjame revolcarme como un perro en el pozo de tu olor, Renata. Soy el perro amarrado al fondo de la casa. Te veo desnuda en la ventana. No sabes que soy el perro que contempla el temblor de tus tetas. No ves mis lágrimas. No sabes que tu olor se escapa como el perfume de los duraznos, me enmudece, me lastima, me cose los párpados. Déjame revolcarme en el pozo de tu olor, Renata. Luego, si quieres, puedes apartarme con la punta del pie. Puedes aplastar mi corazón como un sapo, a pedradas. O amarrarme al árbol del patio hasta que muera de la necesidad. Pero déjame.

Como en un sueño, el toro surge de la niebla y lo golpea en el estómago. Daniel se encoge, se ovilla, y el animal no encuentra la manera de levantarlo. Alguien grita, alguien distrae al animal, alguien le arroja latas de cerveza vacías. Daniel se levanta y corre despavorido hasta que ve a Renata y la arrastra al Hotel Victoria. La desviste y la posee de afán, le grita obscenidades y escucha sus gritos de placer, la posee una y otra vez, como buscando no sabe qué con un antiguo desespero, hasta entregar la materia del tormento, y luego enciende un cigarrillo.

El humo se confunde con la niebla en la cabeza de Daniel.

La niebla inunda el cuarto, desdibuja las paredes, el hotel, las calles, los árboles.

De la niebla surge el toro, rasgándola.

Daniel abre la boca de Renata con los dedos, le abre las piernas con la boca, la penetra. Se esconde de la muerte en el cuerpo de Renata.

En la mesita de noche, la colilla se consume hasta chamuscar la madera.

Vacío, Daniel habla de Mónica Durazno con rencor. Jura que no volverá a verla. Se levanta, se viste y enciende otro cigarrillo mientras Renata se alista. La acompaña al parque y le pasa un billete para el taxi. «Ese duraznito ya es un amor perdido», grita Renata, alejándose. Es de noche. Daniel recorre la ciudad a pie, entre los estragos de los animales. Encuentra sin buscar la casa tan temida. Toca. Le informan que Mónica viajó por tres días.

—Daniel, nos dijeron que te había destripado uno de los toros —dicen—. ¿Entonces a quién mataron en el edificio Bellalú?

Se aleja maldiciendo, pateando latas de cerveza vacías, imaginando a Mónica en brazos de Fernando.

Contempla la salida del tren de medianoche a Sacramento. Sus ventanas iluminadas. Amanecería en Sacramento si tomara ese tren. Sabe, sin embargo, que en todas partes será el mismo hombre.

En la casa de Santuario toread mujeres desnudas.

Todas gritan.

Daniel bebe hasta emborracharse.

Le pregunta a la negra Santuario por Lucy.

La encuentra desnuda frente al espejo.

—¿Tú crees que todavía soy bella?

—Mónica —dice Daniel.

—Lucy, mi vida.

—Mónica también tiene un lunar entre las tetas.

Daniel duerme con Lucy sin tocarla, se levanta y sale al aire del amanecer. Vuelve a la plazuela para enfrentar de nuevo el susto con la bestia. Escarba la tierra con la punta del pie y entonces ve como en sueños a la señorita Irene, toda elegante, mientras agita la campanilla y recibe del sirviente invisible el plato de niebla que saborea con los ojos cerrados. Ve al loco Peralta, desnudo. No es posible: todavía torea. Extiende los brazos al cielo para recibir la ovación del público.

La bicicleta sigue ahí, debajo del árbol, aplastada, estrujada como un papel.

Daniel va a casa por la otra bicicleta, la que presta a la amiga de turno, y pedalea once kilómetros sin pausa, hasta La Lejía.

Empapado, exhausto, contempla los aviones.

Las prendas desparramadas. Un botón arrancado que terminó escondiéndose debajo de la cama. El cigarrillo humeante en el cenicero.

—Pregunta por Jerónima Toledo en Piedra Blanca —dice Carmen del Bosque, levantándose desnuda—. Hablé con la tal Renata. Quien ve a la mosquita muerta y cómo te tiene. Debe de ser una fiera en la cama. Te digo de una vez que tu amor perdido vive dichosa sin ti. No te mencioné, por supuesto, de manera que aún tienes a tu favor el elemento sorpresa. Apresúrate antes de que le llegue el chisme.

—¿Detrás del cementerio?

Carmen se recoge los cabellos.

—No —dice.

—¿Como quien va para el hospital entonces?

—Ni por ahí ni por los lados del aeropuerto. Por el otro, por el sur, como quien va para San José de Miranda. Puedes irte por la orilla de La Magnolia hasta llegar a una estación de gasolina. Donde hay una Virgen del Carmen dentro de una llanta de tractomula, ahí empieza Piedra Blanca.

Carmen recoge una a una las prendas regadas por el piso.

Tendido, Daniel contempla sus nalgas sin pasión.

—Cola de negra —suspira.

La mujer expone el trasero cada vez que se inclina a recoger otra prenda.

Sin perderla de vista, Daniel fuma con ansia.

Arroja anillos de humo al techo.

Una telaraña en la esquina, donde se encuentran el techo y la pared, demasiado alta para alcanzarla sin una silla.

Una mancha en la pared semeja un perro con la lengua fuera.

Un poco más cerca, y el perro se tragaría la telaraña.

—Culo de negra —replica Carmen—. Lo dices como si no te hubiera vuelto loco hace un rato.

Amontona las prendas sobre la silla.

—¿Qué vas a hacer con tu mujer, con Juanita?

Se acerca al hombre, como retándolo con su desnudez, como ofreciéndole la espesura del pubis, y pregunta, señalándose el pecho:

—¿Qué vas a hacer con esta mujer?

Daniel da una profunda chupada y deja escapar el humo, que le cubre el rostro.

—Juanita ya no es mía.

—¿Y yo?

—Tú sabrás.

—Me iría contigo pero veo que no tienes destino.

Juanita Uslar ya no importa. Le dejó una nota a Daniel debajo de la almohada: *Espero que comprendas. Perdóname. Me voy con Elkin. Besos*. Se fue a Caracas con Elkin Estrada, un viejo amigo del padre de Juanita que la pervirtió desde niña en paseos y fiestas familiares, en alcobas de ocasión y diligencias inocentes, la persiguió toda la vida y le trastornó el coco. Los besos se deslizaron de la mejilla a la boca y los dedos esculcaron todos sus rincones.

Daniel Montes supo la historia despacio, a pedazos, entre llantos y borracheras. Juanita juró que lo odiaba. Que no tenían nada. Que nunca tendrían nada. «Ya sólo estoy contigo, mi cielo», dijo entre un beso y otro. Daniel Montes necesitaba creer: se casaron.

—Muérdeme los pies —suplicó Juanita al fantasma en el cuerpo de Daniel—. Golpéame, móntame y respira en mi oreja, vente en mi boca, dime que soy tu puta, haz que te ruegue.

Juanita Uslar no sabía ni respirar sin el hombre, el único antes de Daniel Montes. Lo llamó desde Cartagena, en plena luna de miel, y le pidió perdón. Luego se lo contó a Daniel y también le pidió perdón.

—Soy una niña rica insoportable, no merezco que me ames.

Se portó a la altura el resto de la luna de miel, se dio entera, se desató como una loca, y luego, al volver a Pamplona, buscó a Elkin Estrada y lo recompensó debidamente no una sino muchas veces.

Vivió con Daniel y vio a Elkin Estrada a escondidas, hasta que el amante se cansó de compartirla. Por otra parte, el hombre necesitaba alejarse, su vida corría peligro. Había rumores de secuestro. Cosas de todos los días. De hecho, un hermano de Elkin Estrada había desaparecido: esperaban la fatal llamada en cualquier momento. Entonces Juanita Uslar le escribió la nota a Daniel y se decidió definitivamente por el hombre. Se fueron del país.

Daniel Montes quiso seguirlos, pero se enredó con los trámites del pasaporte y la visa. Le pareció ridículo confesar el motivo del viaje: recuperar a su mujer. No pudo precisar la naturaleza del mismo: negocios o placer. Ni lo uno ni lo otro. Solamente estupidez.

Destrozó los documentos una noche de borrachera y los arrojó a una alcantarilla.

Quemó tres cajas de dibujos y todas sus pinturas en el patio de la casa.

Con el último aliento de la tarde y un paquete de libros usados, subrayados con tres tintas en diversas lecturas, los más amados, Daniel sube por una calle maltratada hasta la casa de Renata, más fatigado por el tropel de los pensamientos que por el esfuerzo, pues ve a Renata en sus brazos y, casi al mismo tiempo, arrojándole la puerta en las narices, sirviéndole un café con exquisita coquetería y destrozando el pocillo en su cabeza.

Toda la vida subirá esa calle en la memoria, una y otra vez, hasta la muerte, antes de los treinta años, cuando su motocicleta se estrelle contra un caballo blanco después de La Vuelta de los Adioses.

—No hay nadie —le dicen desde una ventana—. Renata se fue a vivir a Málaga con la abuela.

—¿Con quién?

—Doña Jerónima Toledo, la abuela, en Málaga.

La calle de Renata será la última imagen, mientras gira una rueda, mientras el olor a gasolina, mientras la noche y los relinchos del caballo herido, mientras la dulce muerte.

—¿Y don Víctor?

—¿No lo sabe? Le desgraciaron la muchacha y don Víctor se mató.

Daniel desciende entre maldiciones por esa estrecha calle de piedra y tierra cruda, azotada por el viento y el agua. Aparta un perro a patadas y alguien le mienta la madre desde una ventana. Deambula hasta el cansancio. Se sienta en un escaño de la plazuela y enciende un cigarrillo. Las hojas secas, empujadas por el viento, corren como insectos.

La negra Santuario le grita desde un auto:

—Niño, ¿qué te pasa?

Lucy, desde el mismo auto, le arroja un beso.

Las otras mujeres se asoman, como flores que brotan de un jarrón, ríen, se alejan a toda velocidad. No es el carnaval, sólo un paseo de putas.

—Un toro te revolcó el otro día —dice alguien.

Una mujer madura, negra y triste, de pechos breves, lo envuelve con la mirada.

—No me pasó nada. ¿Pero cómo lo sabes?

—Nunca olvido una cara bonita —dice la mujer, y con su risa se ilumina toda—. Te vi desde aquella ventana.

—Tengo una pena —dice Daniel.

—Y tendrás más, muchacho. Cuéntale tu historia a esta negra.

—Lo que hice no tiene remedio.

—Lo único que no tiene remedio es la muerte. ¿Conociste a Leonel Santana?

—No.

—El mismo toro que te embistió lo mató en el ascensor de este edificio el día que venía a proponerme matrimonio. Ya había subido al quinto piso, según dicen, cuando se acordó de algo. De las flores tal vez. Bajó al primero. La puerta del ascensor se abrió y ahí venía la muerte con sus cuernos afilados.

—Serías la señora de Santana.

—Lo dudo mucho. Aunque no era un mal hombre, no se puede confiar en un marido que se divierte con muchachitas. No sé. También me divierto. A la larga, por qué no, hubiéramos hecho buena pareja. La negra y el gordo.

—Ya no lo sabremos.

—Nunca. Esa muerte en el ascensor espantó a los inquilinos. La desgracia es que hemos tenido que recibir gente de la peor calaña. ¿Me cuentas tus penas si te invito a una cerveza?

—Palabras mágicas.

—Soy Bellalú. O Luz Almendra, como quieres. Ven conmigo, muchacho, no te vas a arrepentir.

Lee con ansia las cartas de Renata: sus promesas, su entrega, su amor sin condiciones. Daniel las lleva a todas partes como un talismán, como si el hecho de caminar con las palabras de Renata garantizara la permanencia de su entrega. La letra es grande, redonda, cuidadosa. En frases elementales, contundentes, Renata Morantes describe la pasión y el miedo, se recrea en los detalles de la relación y anuncia un mundo de maravillas. «Seré tuya esta noche y siempre que tú quieras, señor mío, harás conmigo lo que se te antoje», dice la coneja enamorada, fascinada por sus propias palabras. «Me tienes en el límite de la humedad y la locura», dice, al borde del delirio, ciega, regando prendas en las esquinas de la noche. «Cada vez estoy peor, ahuyentas mis espantos, me empapas de delirios», precisa, muchacha desnuda en el bosque, hechizada por la luna, transfigurada por el resplandor de las hogueras y el retumbar de los tambores. Corre desatada bajo la lluvia, grita en las calles, abre las ventanas de las casas ajenas, escribe barbaridades en las paredes para corromper a las muchachas en flor y atraviesa la ciudad bamboleándose, venenosa serpiente, lujuriosa gata de los tejados, bruja sin corazón, vieja perversa. Daniel saborea las frases. Quisiera restregárselas por todo el cuerpo. Neruda, Sabines, Vilariño y otras voces navegan en sus aguas. Renata se apropia de las frases ajenas sin problema alguno, mezclándolas con su propia sazón, en una nueva y olorosa sopa. En cierta forma es como si Daniel leyera por primera vez las cartas, pues ahora entiende que es cierto, que es un privilegio tanto amor, una dicha infinita, y le asombra su antigua terquedad.

Ve el paisaje a través de los ojos de Renata.

Imagina que Renata contempló las mismas vacas soñolientas.

Que la misma niebla envolvía el páramo. Niebla y frailejones. Montañas. Nada más.

El mismo ronroneo del bus, el mismo dolor en las rodillas, la misma espera.

Renata entenderá su extravío. Le abrirá los brazos y las piernas.

Quiero estar dentro de ti.

No más penas ni olvidos. Tengo un dinero. Tendré más.

No. A don Víctor no lo mató la preñez de Renata sino la pérdida del bebé. No soportó tanta vergüenza.

Tendremos otro y le pondremos su nombre, Renata: Víctor Montes Morantes. Vamos a recuperar el tiempo perdido, Coneja. Quiero comerte.

El bus tose, todos los huesos le duelen.

¿Cuándo saldremos de esta niebla?

Daniel Montes juega toda la tarde en el Café Estrella con gente que ignora su reputación.

Limpia a todos.

Tahúr, al fin y al cabo.

Daniel regala ventajas y vuelve a ganar.

Las bolas, perras sumisas, van y vienen sobre el tapete verde a su antojo, tropiezan y regresan.

Daniel es el amo y se regodea. Las carambolas se hacen a pesar suyo.

Carmen del Bosque sigue pendiente de su cerveza.

Daniel le mira las piernas mientras restriega la tiza en la punta del taco.

—Mamacita —dice—. *Amor perdido*.

Y Carmen busca la canción.

Borracho, Daniel se deja llevar por la mujer, se deja tender en la cama, se deja desvestir.

—Renata —dice mientras busca su boca.

—Soy Carmen —dice la mujer.

Vengo a llevarte, ni siquiera te lo voy a preguntar. Vengo a llevarte, voy a llenarte de conejos, Renata. Quiero templar tu barriga como un tambor, quiero verla crecer, quiero ver salir conejos de tu entrepierna, Renata, mi luna llena. Quiero oír tu respiración en la oscuridad. Quiero oír tus gritos y gemidos, quiero que pidas más. Vengo a llevarte. Sueño que corres desnuda entre borrachos. Que estiran sus dedos sucios para tocarte. Babosos. De ojos sanguinolentos. Veo tu cara de espanto. Veo que te pierdes en callejones oscuros. Oigo tus gritos. Vengo a liberarte de todos tus espantos, Renata.

Ya no es la mujer que lo miró al cruzar el parque, esa muchachita inocente y fácil, el virgo que trabajó no más de tres semanas. Ya no es la mujer que sedujo y corrompió, la niña dulce que se le entregó sin condiciones en bosques y callejones oscuros, detrás de una puerta o debajo de una escalera, la niña que dejaba y tomaba a su antojo, que dejaría de una vez por todas un día cualquiera. Ya no es la mujer que lamió de pies a cabeza con el frío propósito de enloquecerla. Ya no es la mujer que pudo darle un hijo, ahora desdibujado en la niebla. Ya no es la mujer destinada al olvido, una estación de paso, una delicia del camino. La mujercita de mentiras, la urgencia de los callejones, la conejita pobre, la huérfana. No. Renata Morantes es una manera de empezar y al mismo tiempo su destino. No es un capricho sino una obsesión. «No soy tu territorio», dijo Juanita Uslar. Pero Renata sí. Renata es su página en blanco, su castillo, su río.

Se acerca a Piedra Blanca, el barrio a orillas de La Magnolia, en la salida a San José de Miranda. Una casa antigua de gruesas paredes de adobe, con zaguán, patio y solar.

¿Quién cosió tantas estrellas al manto de la noche?

La abuela abre la puerta. Daniel se presenta y expresa su pedido. Y se queda esperando una eternidad, en la calle.

—Querida, un bigote con señor.

Un puente de faroles comunica las mitades de Piedra Blanca.

Un niño aprende a montar en bicicleta.

Como un borracho, va y viene. Podría caerse al río y desordenar las estrellas.

Por fin aparece Renata, algo despeinada, en pantuflas.

El hombre olvida las frases ensayadas.

—Ya andas con otro.

—¿A eso viniste? —dice Renata, repuesta de la sorpresa, acomodándose los cabellos para ganar tiempo—. No tienes derecho a reprocharme.

—Vine a llevarte.

La abuela tiene razón: Daniel parece un hombre pegado a un bigote. Renata lo ve muerto. Lo ve en el cajón, atormentado, hasta que una mano caritativa le arranca el bigote. Un caballo sin jinete galopa por la lejana montaña.

*Por la lejana montaña
va cabalgando un jinete.
Vaga solito en el mundo
y va deseando la muerte.*

El viento arrastra una lata de cerveza vacía.

—¿Qué dice Juanita al respecto?

—No importa lo que diga.

—Algo importa: te casaste con ella.

—Me equivoqué —dice Daniel.

—Quieres tenerlas a todas y hacer lo que se te dé la gana.

No tienes la más remota posibilidad de recuperarme, Daniel Montes, y menos con ese bigote.

—Sigue.

Al final del zaguán, después del patio, entran a una sala nada ostentosa, pequeña y limpia. Ni lo sueñes, Daniel Montes.

—Siéntate.

—Me equivoqué.

—Te salió faltona la mujer de tus sueños.

—Putá, digamos. Juanita se fue a Caracas con otro hombre.

—¿No te fuiste con ella de luna de miel?

—Luna de hiel.

—Vuelve con Mónica Durazno.

—Es peor.

—Le sienta el apellido. ¿No dijiste que todos la muerden?

—Arrojó a la basura los libros que le di. ¿Puedes creerlo?

—Mónica Durazno no abre los libros, abre las piernas.

—Encontré algunos en las ventas de la orilla del río.

—Pero siempre la tuviste —precisa Renata—. ¿Qué te hacía?

—No preguntes.

—Ya no importa. Pero muchas veces me quise morir.

Daniel intenta un avance.

—Hasta que ya no más —dice Renata, esquivá—. Toda pendeja se cansa algún día.

—Vine por ti.

—Entonces soy tu última opción —dice Renata—. Cuando no hay más, con mi mujer me acuesto.

—¿Todavía eres mi mujer?

—¿Alguna vez lo fui?

—Mi flor de albahaca.

—Nunca fui tu reina blanca. Sólo fui María Renata, tu esclava pobre. Una mensa, una idiota enamorada.

Como el jugador que recurre al as escondido bajo la manga, Daniel saca del bolsillo el paquete de cartas.

—Tu última jugada, ajedrecista —sentencia Renata—. Pero ya no. Ya no. Nunca más.

—«Ya no» es un poema de Idea Vilariño, Coneja, el mejor de todos.

—Tú sabrás, eres el maestro.

Daniel despliega las cartas como una baraja.

—¿Te acuerdas de las cosas que me decías?

—Ya no soy la mujer que escribió esas cartas. Aunque me duele decirlo, no quiero nada contigo. Ya no puedo tener nada contigo. Me mataste el amor, Dino.

—Al fin me nombras.

Ya ni siquiera entiendo por qué te quise.

—Ni siquiera fuiste al entierro de papá. Me tocó sola como una burra. Ese día tú también te moriste.

Tuvo ganas de decirle: «Nos llovió todo el entierro. Nos acosó un caballo blanco hasta que lo ahuyentamos a piedra. No asistió casi nadie». Pero para qué.

—No me enteré.

—Estabas de luna de hiel en Cartagena, Dino. ¿O eso fue después? En alguna mujer estabas.

—Perdóname.

Un solecito tibio los esperaba a la salida del cementerio. Renata entendió que la vida continuaba. Entonces no supo cómo ni con quién, pero continuaba. Quiso tragarse el arcoíris, que comenzaba en Los Garabatos y concluía más allá del seminario, en el bosque de eucaliptos, donde algunas veces Dino le hizo el amor, donde nunca más, donde corrían desnudos los seminaristas, perseguidos por la luna.

Daniel contempla los pies de Renata. Quiere tocarlos, besarlos, abriganlos. Renata siente pasos en el zaguán y al instante ve a Antonio en el patio. No sabe qué hacer. Pasa un ángel y deja su reguero de plumas. Renata, muda, disimula el espanto. Antonio, prudente, se retira. Daniel, con el paquete de cartas en la mano, aún contempla los pies de Renata.

—Ya no siento nada, Dino, ni amor ni odio. Nada.

—¿Qué vas a hacer?

—No es asunto tuyo.

—Te vas con el tal Antonio.

—No es asunto tuyo.

—No puedo permitirlo.

—No tienes derecho. ¿Qué piensas hacer?

—Ya veré.

—Ni te atrevas. Vamos a tener un hijo.

—Mientes.

Renata quiere salir corriendo. Quiere alcanzar a Antonio y explicarle las cosas. Quiere gritar su nombre. Quiere proponerle que tengan un hijo.

—Qué importa —dice. Casi lo ha dicho a gritos. Qué importa que sea cierto o no. Importan las consecuencias. Baja la voz—: Ya no tengo más nada que hablar contigo, Dino. Déjame en paz.

Entonces Daniel comete su peor error:

—¿Este no lo vas a botar?

Renata lo mira a los ojos, peleando por dentro para atajar las lágrimas.

—Vete, Saltamontes.

—El viejo no soportó la noticia —dice Daniel—. Lo mataste.

Las palabras desgarran el cuerpo de Renata, que se abalanza sobre Daniel como una pantera.

—No te veré morir. Porque ya te vi. Ya estás muerto.

Quiere herirlo. Quiere hundir las uñas en su carne. Cobrar tanto dolor.

—Vete, miserable, puto, malparido.

Daniel retrocede, protegiéndose la cara lastimada.

Renata lo empuja hasta echarlo a la calle.

Daniel unta el dedo en el pozo de cerveza y dibuja sobre la mesa una serpiente inacabable, hasta que Carmen del Bosque se acerca y le susurra al oído:

—Es él, el más alto.

Daniel levanta la mirada hacia la puerta.

Antonio entra con Oviedo.

Pálido y flaco, las solapas del saco levantadas para cubrir las orejas, y las manos en los bolsillos, señala con los labios una mesa vacía.

Oviedo el Oscuro, corte de cepillo y ojos saltones, devora una bolsa de papas.

Amor perdido, si como dicen es cierto

que vives dichoso sin mí,

vive dichoso.

Quizás otros besos te den la fortuna

que yo no te di.

—¿Vas a lavar la afrenta con sangre? —dice Carmen.

—Sólo quiero conversar —dice Daniel.

—Santo Cristo del Humilladero —dice Carmen con lástima—. ¿Todavía quieres recuperar a esa gata? ¿Es que no les tienes cariño a tus pelotas?

—*Amor perdido.*

—¿Otra vez?

—Toda la noche.

Daniel termina la cerveza, pide otra y se acerca con la botella en la mano a la mesa que Antonio comparte con Oviedo.

—Quiero hablar con usted —dice—. A solas, si es posible.

Fue un juego y yo perdí.

Esa es mi suerte.

Y pago porque soy buen jugador.

—Claro que es posible —dice Oviedo, levantándose—. Al rato vuelvo. Entonces qué,

Carmencita.

—Qué de qué —dice Carmen, llevándose a Oviedo a un rincón.

—No te hagas, mi amor. ¿Marido nuevo?

—Qué va, soltera y sin compromiso —aclara Carmen—. Daniel vino por la Renata de Antonio.

—Pero lo tienes metido en tu casa.

—No demora en largarse. Y no lo tengo metido. Alquiló un cuarto en El Paraíso. Y tú qué.

Como que le estás buscando males al cuerpo. Te vieron rondando la casa de Escorbuto.

—Chismes.

—¿Donde pones el ojo pones la bala?

—No.

—Pues Agapito Escorbuto sí.

—¿Qué dices?

—La mujer de Escorbuto está buenísima pero te puede costar el pellejo.

—Una cerveza.

—Lo que tú quieras.

—Ay, si supieras lo que quiero.

—Lo sé —dice Carmen—. Ya vengo y te lo digo.

Toda la noche, después de hablar con Antonio, Daniel recorre el pueblo, hechizado por la luna, apedreando perros y espantos, hasta tropezar con el caballo.

Dejo tus calles, Renata.

—Malparido amor —grita, desesperado.

El viejo le estalló una botella en la cabeza porque preñó a Renata, pero él no hizo nada con Antonio, su dueño, el desgraciado que volvió a preñarla. Algo de dignidad aún le queda.

No puedo echar a perder la vida que ahora tienes, Coneja.

El galope lo hace voltear violentamente. Salta al andén y el caballo blanco pasa sin verlo, como perseguido por la espuma de la crin y la cometa de nieve de la cola.

Daniel sabe que la próxima vez galoparán juntos.

Pasa por el cuarto de Carmen y se hunde en ella con furia. Muerde sus pezones y palmorea sus nalgas. No se derrama dentro. No quiere sembrar en tierra de nadie. Estruja su sexo hasta hacerla gritar.

Se imagina encaramado en la motocicleta. El viento le lastima la piel. Acelera, grita, no puede detenerse.

Voy a recorrer el mundo. De pueblo en pueblo. De billar en billar. De mujer en mujer. Me consolaré con todas las mujeres.

—No quiero morir —grita.

—Entonces quédate conmigo —dice Carmen.

—Tú no puedes salvarme —dice Daniel.

—Piérdete conmigo.

—Podría matarte.

—¿Has matado a alguna?

—No.

—Terminarás matándote, Daniel Montes.

—¿No lo hacemos todos?

Desayuna en la plaza de mercado. La cocinera, una vieja milenaria, lo contempla sin palabras. Daniel sabe que la mujer conoce sus tormentos.

—Málaga es una mierda.

—Es cierto —dice la vieja—. Pero nadie te pidió que vinieras.

—Ya me voy.

Lo dice pero no lo hace. Sigue en sus calles. Hastiado, baja al río y contempla las muchachas que se bañan desnudas en el Pozo del Ahorcado hasta que lo ahuyentan a piedra. Avanza río arriba. Pide un plato de sopa en una casa vieja y pregunta por el fantasma del cura. «Ya casi no aparece», le dicen. Pide algo de beber y le ofrecen jugo de mora. No le cobran nada. Duerme debajo de un árbol hasta que un perro lo despierta con su lengua. Oscurece mientras sube a Málaga. Fuma en el parque y observa las parejas que salen de cine abrazadas, con la cabeza llena de sueños. La banda municipal sopla viejas canciones. La gente da vueltas por el parque hasta que los músicos recogen los instrumentos y se van.

Un viejo enciende un cigarrillo, retrasando la hora de volver a un cuarto miserable. Un perro se acerca y el viejo le ofrece los restos de un pan con ajo olvidado en el bolsillo. Se van juntos.

Nunca volveré a verlos, piensa Daniel. Seguirán con sus vidas. No los veré morir.

Después de medianoche retira del hotel el equipaje y va en taxi al terminal de transportes. La noche anterior dejó las cartas de Renata debajo de la almohada de Carmen, pero no quiere volver a reclamarlas. La decisión de olvidar incluye a Carmen. No volverá a ver su rostro ni su cuerpo. No le harán falta para nada en el resto de vida. No le haría daño verla por un momento para reclamar las cartas, pero considera el gesto como una imperfección.

—Desplumó a medio mundo en el Café Estrella —dice el taxista, mirándolo por el espejo. ¿Quién lo arañaría?—. Soy amigo de Carmen.

—¿Otro?

—¿Cómo dice, caballero?

Dos perros copulan en una esquina. La hembra, pequeña y negra, parece indiferente. El macho, flaco y amarillo, aceza, enloquecido y ansioso. Otros tres perros, aburridos, derrotados, contemplan el espectáculo.

El taxista ríe y dice algo que no se entiende. De todas maneras, Daniel no quiere conversar con nadie.

Un muchacho lánguido trapea las baldosas del terminal.

Sumerge el trapero en el balde de agua sucia, escurre y sigue trapeando como dormido.

Seguirá trapeando hasta que encuentre en uno de los baños el teléfono del hombre de su vida. Lo imagina mayor, serio, algo siniestro. Le cantará al oído: *Ya estás grandecito, ya sabes lo que haces*. No es el hombre de espesos bigotes que se acerca a la taquilla y conversa con la mujer soñolienta que confunde horarios y destinos, pero no deja de mirarlo. No es. Demasiado joven. Pero ojalá lo fuera. Le sacaría los tormentos. Le curaría las heridas que le hizo la gata.

Daniel entiende su mirada, lee el deseo en el labio que el muchacho mordisquea y lo sigue hasta los baños vacíos del amanecer.

Un hombre rellena un crucigrama. La mujer duerme apoyada en su hombro. A sus pies, la maleta de cuero y el bebé en la canastilla. El hombre se rasca la cabeza y consulta a la mujer, que pronuncia dormida una palabra. No ven al muchacho que viene de los baños limpiándose la boca.

Un viejo babea dormido, junto a una caja de cartón amarrada con cabuya.

Daniel se duerme con el tiquete en la mano, sentado, hasta que alguien le toca el hombro.

—Estamos de salida.

Se levanta.

Se entretiene por un momento con la raya rosada del cielo.

Seis: Teresa

Extasiado, Oviedo el Oscuro olió en sus dedos el perfume de una mujer reciente.

—Tiempo de fantasmas —dijo, relamiéndose, animal gozoso—. Teresa Barajas volvió y te está buscando, Antonio.

—Pero yo no —dije—. ¿Y el chofer?

—Ya no la maneja.

—¿Cuándo la viste?

—Arregla ese lío antes de ilusionar a Renata.

Renata dijo casi lo mismo:

—Averigua dónde tienes el corazón.

El pincel abandonó la uña, voló despacio hasta el frasco de esmalte y se hundió hasta el fondo.

Así me hundí, con todo, en su carne.

¿La carne de quién?

¿Las piernas abiertas de quién?

—No te dé lástima decírmelo.

En ese instante no sabía si el pincel regresaría a la uña, brillante y perfecta, con una nueva capa que podría considerarse innecesaria. ¿Se decidiría por otra uña? No era el experto sino el mirón.

—Si es conmigo, me lo dices.

Sentada sobre la cama, Renata se pintaba las uñas de los pies. Me concentré en el pincel luminoso, rojo, que cubría de nuevo la superficie de la uña, para evitar el rostro de Renata.

Pero no me estaba mirando.

—Si no, también.

Renata soltaba sus frases como si nada. Como si repitiera la tabla de multiplicar del dos, algo fácil, como si dijera que una cabra vale tanto, entonces tres valen tanto. Lo importante acá era no sobrepasar los bordes de la uña.

Me pregunté dónde diablos tenía el corazón.

Por ahora, sólo sabía que mi lengua iba de los pies de Renata Morantes a las tetas de Teresa Barajas.

—Me muero por ti pero no estoy dispuesta a compartirte.

Las noticias volaban. No había visto a Teresa y Renata ya hacía reclamos. No la nombré para no delatarme o para que no se notara el esfuerzo que me costaba fingir el olvido.

Quise salir corriendo y luego me pregunté por qué. No había hecho nada, aún no había hecho nada.

Había una mancha en la pared, casi la sombra de un lobo. Renata, ¿te parece un lobo o un perro? ¿Huye o ataca? Quise que habláramos de manchas, de lobos, de conejos.

No tenía ánimos de iniciar una conversación inútil, pero dije:

—¿Daniel te fue fiel?

—No sé de quién hablas.

—Así hablarás de mí.

—De ti depende.

Como escapada del sombrero de un mago, Teresa apareció detrás de un árbol: tenis blancos, vaqueros desteñidos y una elemental camisa blanca con algunos botones sueltos, sin maquillaje y como recién bañada. Teresa, una y otra vez, surgía del río.

—Hola, precioso —dijo—. ¿Ya no te acuerdas de mí?

—Ya no —dije, y me tembló todo el cuerpo.

Todavía la soñaba.

Todavía comía insectos en mis sueños.

El lunar junto a la boca.

Tibio.

—Pero te pones pálido.

En el seno izquierdo, el lunar tibio. Maldije el ansia. Ver, tocar y lamer. Hundir la lengua en el ombligo al aire.

—¿Tienes prisa, señorito?

—Voy por unas puntillas.

—Te acompaño.

Se burló de mi cojera. Descalzo, me había golpeado contra la pata de una silla. Teresa jugueteó alrededor como si no hubiera corrido tanta agua bajo el puente, payaseó con un paraguas desbaratado que recogió del piso y luego arrojó a una caneca, se acercó a mi cara y me azotó con el manojito de sus cabellos.

—Me olvidaste sin ninguna misericordia.

Me sentí ridículo. Las palabras no demostraban el dolor padecido. Aunque consideré justo el reclamo, de pronto pensé que Teresa me veía como un niño a punto de hacer una pataleta.

—No creas, Toñito. Siempre me acuerdo de ti, hasta en las situaciones más deliciosas.

—Eres un descarado.

—Así me quieren.

—Te quieren muchos.

—Pero no quiero a todos, no creas.

Se detuvo un momento, pensativa, y luego corrió para alcanzarme.

—¿Te digo una cosa? Me toco pensando en ti. Me preocupé cuando se descarriaron esos toros en Pamplona.

—¿Quién te lo contó?

—Leí la noticia en Bogotá. *El Norteño* estaba en todos los kioscos destilando sangre. Los toros destriparon a un hombre en un ascensor, ¿verdad?

—Lo vi con estos ojos.

—Entonces fue cierto. ¿Y la niña?

—¿Cuál niña?

—La niña que iba con su abuela.

—No sé.

Un ciclista observó con descaro las piernas de Teresa, que no se dio cuenta de nada, y estuvo a punto de estrellarse contra un taxi.

—Recogieron dinero para la cirugía plástica —dijo—. Supongo que ya no será un pequeño monstruo.

El recuerdo me cayó como un rayo.

—La abuela murió —dije.

—Murió en la calle —precisó Teresa—. No sé cómo me acuerdo de todo si esa misma semana un hombre borracho degolló a sus tres hijas en Meissen, un barrio del sur. Entonces ya no se habló más de los toros de Pamplona. Primero pensé que se referían a las fiestas de San Fermín de la Pamplona que hay en España. Después supe que no y leí el periódico entero. No mencionaban ningún soldado muerto. ¿Ves que sí me preocupo por ti?

Paseó la punta de la lengua por los labios, dejando un brillo perturbador.

Habíamos llegado a la ferretería.

—Pablito clavó un clavito —dijo Teresa—. Las puntillas no se van a acabar si me invitas a un helado.

El dolor del pie se agudizó. Necesitaba una hamaca.

—En fin, ya ocuparé la lengua en otra cosa. Imagínate de qué tengo ganas. Ay, Toñito, no seas rogado. Pasa por mí esta noche.

—No veo la necesidad.

—Pasa la noche conmigo y luego decides. Qué cosas digo. Pasa por mí, maldita sea. ¿No quieres volver a ver mi ombligo?

—No.

—O el estrellado cielo de mi espalda, maldita sea.

—No.

—¿No extrañas el lunar de Antonio?

—No.

—Más de uno se muere por saborear lo que rechazas, pendejo.

Y susurró en mi oreja, casi empapándome con su saliva:

—¿No extrañas mi culo?

Fui a su casa y la encontré más bonita que nunca, más provocativa, el mismo ombligo al aire. La

quijada amplia y los labios gruesos, los ojos soñadores, los cabellos rubios y rizados, las piernas de fantasía y el trasero perfecto. Los senos medio expuestos, como frutos que requieren con urgencia la mano del hombre. A Teresa Barajas los años le hacían provecho.

—Ya sé que no te esperé —dijo—. Ya sé lo que dicen de mí. ¿Qué dices tú?

—Casi lo mismo.

—¿Me olvidaste?

—No.

—Pero estás con Renata Morantes.

—Es buena mujer.

—No digo lo contrario. ¿Pero la quieres? ¿Ya no tienes ganas de llenarme?

Me lo decía con su boca muy cerca de la mía. Me hizo sentir su respiración. No pude más y la besé.

—La quiero —dije.

Y seguí besándola.

Teresa se abrió la blusa y los lunares saltaron a mi cara como perros hambrientos.

—¿Qué tanto la quieres?

—Sabes a hierba —dijo Teresa, relamiéndose. Se sentó a la orilla de la cama y encendió un cigarrillo—. Todo el tiempo extrañé este saborcito tuyo. ¿Vamos a vivir juntos?

Pasé a ver las cabras y sorprendí a los viejos en el patio. Mamá, arrodillada, le desataba los cordones de los zapatos a don José del Carmen.

Sentado en su silla de madera, su antigua silla de cuero de vaca sin curtir, la misma que compartía con el gato para asolearse, papá contemplaba fascinado los dedos de mamá. La tocaba con la sombra de su mano.

Habían ido en avión a Sacramento. Tres días nada más. Habían aterrizado esa mañana, pero seguían en el aire.

La melaza de las cabras podía esperar.

Me retiré despacio, algo apenado por espiar un territorio sagrado, preguntándome cómo era posible mantener hechizada a una mujer por tantos años.

Qué mañana tan bella.

El viento arrastró arena hasta mis ojos, que se me encharcaron de repente.

Busqué a Renata y le dije:

—Es contigo.

—¿Estás seguro? —dijo Renata—. Ven, voy a echarte unas gotas porque tienes ojos de marihuanero.

Renata lloraba bajo el agua.

Aparté la cortina y cerré la llave.

Le pregunté por qué y recibí una respuesta que ya conocía:

—Déjame, lloro de dicha.

Volví a la cama.

—Ni cabra ni coneja —dijo Renata, toda desnuda, sin lágrimas—. Ya sé qué quiero ser.

—¿Qué?

—Tu perra.

No volví a ver a Teresa.

—Escogiste bien —dijo Oviedo—. Te tengo un chisme fresco. Mi cabo Ardilla se fue a buscar a la mujerzuela.

—A La Guajira.

—Entre Puerto Escondido y Punta Gallinas, por ahí. Al Mono Ardilla le hicieron falta los cachos. Esas mujeres.

No quise hablar de esas mujeres. No quise hablar de Teresa.

—Anda recuperando el tiempo perdido —me dijeron.

La vieron borracha, la vieron con extraños, la vieron en malos pasos. Teresa Barajas de la Perdición, más ciega que su propia madre. Con dos borrachos detrás del cementerio, hasta que llegó la policía. Con las tetas al aire en La Cosa de Juan. Toda desnuda en el Pozo del Ahorcado. Una noche fue a buscarme a Agua de Dios.

—Tengo un hijo tuyo, Antonio —gritó, borracha, desde la calle, y me imaginé a los vecinos asomados por las ventanas—. Vine a darte lo que te hace falta, señorito, voy a ponerte contento. Todavía soy tu puta.

—Lo último no es tan grave, pero lo primero sí —dijo Renata—. Si así es la cosa, ve a responder. ¿Qué vas a hacer, cariño, entre la puta y la perra?

Y volvió con su abuela.

Me quedé solo en Agua de Dios.

Mamá dijo que volviera a casa pero no quise.

Veía a mi padre todos los días por el asunto de las cabras, comía en casa con la familia y dormía solo en la casita de Agua de Dios. Compré una hamaca y me llevé la vida de Pedro el Grande. Me quedé dormido en la página quince.

De vez en cuando pasaba Candela y arañaba el piso con la escoba.

—Pareces viudo —dijo.

De vez en cuando pasaba Oviedo con dos o tres amigas y nos emborrachábamos.

—Teresa Barajas anda diciéndole a todo el mundo que el hijo que espera es tuyo, Antonio, pero eso ni ella misma lo sabe.

Oviedo el Oscuro, más oscuro que nunca, había venido con dos muchachas bonitas. Una de ellas cojeaba. Bailaba en la sala, descalza. Parecía una marioneta. Oviedo reía con ganas. Tuve lástima. Bebí para olvidarme de la lástima.

—Apuesto que te daría pena salir conmigo —dijo la mujer, abrazándome—. Soy una coja miserable. Para todos soy la coja Alberta. Soy como una referencia geográfica. Enfrente de la coja venden carbón. Dos cuadras más allá de la casa de la coja hirieron al loco Alcides. Serafina, la amiga de la coja, así te dicen, ¿cierto, Serafina?

—Tengo una curiosidad —dijo Serafina—. ¿Verdad que los fantasmas son muertos sin descanso?

—Los fantasmas son amores que no han sabido matarse —dijo Oviedo—. O no se han dejado matar. ¿O me equivoco, Antonio Cáceres?

—Hablo en serio —dijo Serafina—. De niña me perseguía un fantasma.

—Y ahora te persiguen los hombres de carne y hueso —dijo Oviedo.

—Me trepaba a una silla y lo veía en el solar por la ventanita de la cocina. Nadie más lo veía. Una noche chancleteó hasta mi cama y desperté a todo el mundo con mis gritos. No encontraron a nadie en toda la casa. Luego fui a la ventanita y allí estaba, con su tabaco encendido, debajo del brevo.

—¿Y al fin qué? —dijo la coja Alberta—. ¿En qué terminó la cosa?

—Nos fuimos de la casa porque era vieja y los dueños la iban a tumbar.

—La tumbaron y qué —dijo la coja Alberta.

—Arrancaron el brevo y ahí estaba el tesoro —dijo Serafina—. Sería una mujer rica con todas

esas monedas de oro.

Y ahora no eres más que una putita barata, pensé que diría el venenoso Oviedo, filosorráptor de alcantarilla.

—Mamita, eres riquísima —dijo Oviedo—. Tienes un tesoro entre las piernas.

Conversaciones de borrachos, al fin y al cabo.

La coja Alberta me mordió una oreja.

—Te la dejo —dijo Oviedo—. Estoy borrachísimo.

—Más rascado que cabeza con piojos.

—Más rascado que oreja de perro.

Salió con Serafina.

—Vamos a la cama —dijo Alberta—. No me hagas nada. Déjame dormir. Tengo el vampiro, cariño, y las alas lastimadas.

Se estaba desvistiendo cuando oímos los tiros.

—Un borracho —dijo Alberta.

Al rato golpearon a la puerta.

Salí en calzoncillos.

—Le dispararon a Oviedo —dijo Serafina.

Se me espantó la borrachera.

—Se está desangrando.

Me vestí como un relámpago y corrí, perseguido por la coja, descalza y a medio vestir, hasta el pozo de sangre donde Oviedo se quejaba.

—Ay, Toñito. El desgraciado me partió la madre.

Lo subimos al platón de una camioneta y corrimos al hospital. Las mujeres lloraban abrazadas. Descalzas ambas, con los tacones en la mano, como niñas después de una fiesta de disfraces. El maquillaje se les había corrido y los peinados se habían deshecho. Acostado, delirando, Oviedo trataba de cubrirse con las manos las heridas del pecho y el estómago.

—Que me tapen los agujeros, Toñito, que se me está saliendo la vida —dijo, y se desmayó.

Una camilla nos esperaba en la puerta del hospital: habían llamado para avisar que llevábamos un herido grave.

Nos sentamos a esperar en una banca del pasillo.

Las mujeres se durmieron sentadas. Me enternecieron los empolvados pies de Alberta y el esmalte descascarado. A Serafina, cuya cabeza descansaba en el hombro de la otra, se le escurrió un hilo de saliva. La blancura de un seno me entretuvo.

El médico al fin vino a decirnos que Oviedo se salvaría.

—Por un pelo.

—¿Cómo dice, señor?

—Nada, doctor.

—Un milagro, si es lo que quiere decir. Se demoran cinco minutos más en traerlo y el hombre ya no cuenta el cuento.

Ya casi era de madrugada. Les dije a las mujeres que se fueran a dormir. Me quedaría otro rato.

—Estos pelos se van —dijo Alberta.

Nos dimos un beso y nos apretamos, hermanados por el peligro. Se alejaron abrazadas. Alberta cojeó como si todavía llevara en la mano uno de los tacones. Pelos, mujeres fáciles. Dormí a ratos. Soñé con pelos: Lucy, Teresa, Alberta. Todas en una piscina. Como Dios las trajo al mundo. Luego con cabras y conejos. Con un caballo que cojeaba. Que dejaba un reguero de sangre. Estuve a punto de caerme de la banca. Entonces vi a mamá y me pareció que seguía soñando.

—Tu padre tuvo un infarto —dijo—. Candela fue a avisarte.

—Llevo varias horas aquí. Hirieron a Oviedo.

—Me dijeron que lo baleó un policía celoso.

—¿Y qué hay de papá?

—Tendremos que esperar.

Una mujer de blanco trapeaba.

Recogimos los pies.

Contemplamos callados el amanecer. Se veía el jardín desde la sala de espera. En el centro, sobre un pedestal, un hombre blanco nos daba la espalda y extendía sus brazos a los pájaros por toda la eternidad. Quise saber a quién correspondía la estatua. A qué santo. Tal vez mamá lo supiera. La noté tan tensa que desistí del propósito.

—San Francisco de Asís —dijo sin mirarme, adivinando mis pensamientos—. Pero no estoy segura.

Candela llegó con Renata, que se arrojó a mis brazos.

—Lo siento, lo siento tanto —dijo, y no sabía si estaba hablando de mi padre o del abandono.

Papá y Oviedo salieron del hospital el mismo día.

Oviedo dejó a Marisol, y el agente Escorbuto se perdió del mapa.

—Matas al tigre y te acobardas con el cuero —le dijo a Oviedo la mujer de Escorbuto—. ¿Ya no vas a vivir conmigo, cachorrito?

—Difuntito no, gracias.

—Te salvaste por un pelo.

—Por un pelo casi me matan.

—¿Y ahora qué hago? —dijo Marisol—. Agapito se fue.

La barriga de Teresa Barajas siguió creciendo.

Los tiros espantaron de mis sueños el fantasma de Teresa.

Una noche tocaron a mi puerta. Se me hizo raro porque no esperaba a nadie. Oviedo seguía en cama y Candela sólo pasaba en las mañanas.

—Alberta Prado.

—¿Quién?

—La coja, Antonio.

Abrí.

—Te traje un pastel de pollo.

Le ofrecí una silla.

—No tengo ni una cerveza.

—Dejé de beber, Antonio, dejé la mala vida. No vuelvo a ser un pelo de nadie en la puta vida.

—Grave decisión.

—O me toman en serio o nada.

—Mis respetos.

—No te burles. ¿Has visto a Oviedo?

—Voy a visitarlo mañana.

—Le das mis saludos. Vine a despedirme. ¿Sabes que tengo un hijo en Carcasí, en casa de unos tíos? El año entrante lo mando a la escuela. Voy a tenerlo conmigo.

Ví una mosca en la pared y le arrojé un zapato.

—¿Quieres pastel? —dije.

—¿Tienes café? —dijo.

Fuimos a la cocina. Puse el agua a calentar.

—¿Tú crees que estoy loca?

—Al contrario —dije—. Entraste en razón.

—A veces sueño que los tiros que le dieron a Oviedo eran para mí.

—No digas bobadas, no te acostaste con Marisol. ¿Qué hay de Serafina?

—Sigue en las mismas. El susto sólo le duró tres días. Quemó el vestido de esa noche y se pegó una borrachera.

Nos quedamos mirando el agua hasta que hirvió.

—Me da lástima no verla más.

—¿Qué dices?

—Que me da lástima no ver más a Serafina —dijo Alberta.

Abrí el recipiente del café y vertí tres cucharadas en la bolsa. Luego derramé el agua caliente. El polvo hizo burbujas y el olor inundó la casa. Serví el café en los pocillos y revolví el azúcar. Alberta se rascó una pierna con la otra. Volvimos a la sala saboreando con precaución el café caliente y nos sentamos. Compartimos el pastel. Terminamos de beber el café sin mirarnos.

—Le habíamos dicho a Oviedo que la cosa iba por mal camino. Sabíamos que Escorbuto lo estaba buscando. No era la primera vez que Marisol Puertas se la hacía. Marisol Puertas Abiertas, así le dicen. La fulana se enredó con Elías Avendaño, el que encontraron muerto a la orilla de la carretera que va a San José de Miranda, donde llaman La Cueva del Dragón. No se probó nada pero todo el mundo pensó que Escorbuto había tenido que ver con esa muerte. Además, la fulanita tuvo amores con el hijo del doctor Abella hasta que empezaron a amenazarlo por teléfono. El doctor prefirió enviarlo a estudiar a Bogotá. Se casó el año pasado con una buena muchacha. El doctor le prohibió que volviera a Málaga. Preferible lejos que muerto, ¿no?

—La muerte no es más que una lejanía sin remedio.

Alberta llevó los pocillos a la cocina y los lavó. Volvió a la sala sacudiendo las manos para secárselas.

—¿Qué hay de tus alas? —dije.

—No sé dónde las dejé el otro día —dijo Alberta.

No nos reímos. No era una broma.

—Tú eres bonita.

—¿De qué me sirve? —dijo Alberta—. La cojera sólo atrae perversos.

Pasó un ángel.

Arrastró el reguero de plumas por la sala.

Se fue.

—Esta noche estoy sin el vampiro, por si quieres.

—No —dije.

—Entiendo —dijo Alberta.

Nos miramos y soltamos la risa.

—¿Qué entiendes?

—Nada —dijo Alberta—. ¿Te has cogido a una coja?

—¿No que ya no serás más un pelo de nadie?

—Desde mañana. Hoy sigo en promoción. Dos por uno. ¿No tienes curiosidad?

—¿No es lo mismo? ¿No tienen lo mismo que las otras?

—Es lo mismo pero distinto. ¿Una manca?

—No.

—¿Una tuerta?

—Nunca.

—¿Una paralítica?

—No.

—¿Una mosquita muerta?

Me hizo reír el interrogatorio.

—¿A quién te has cogido entonces?

Se levantó y me dio un beso en la boca.

La acompañé hasta la puerta.

—No creo que vuelva —dijo.

La vi alejarse, como un muñeco cuando está a punto de acabársele la cuerda, hasta que volteó la esquina. Ya la había olvidado cuando volvió a tocar.

—¿De verdad no quieres nada? —dijo.

—Sigue.

—Pervertido —dijo Alberta.

La casa era vieja y descuidada.

La madre de Oviedo, flaca y temblorosa, me invitó a seguir con venias profundas y brazos abiertos, atajando pollos, como si Oviedo me debiera la vida. Me precedió hasta la puerta del convaleciente, caminando hacia atrás. Sólo faltó que regara flores en el piso. ¿Estaría loca?

En el patio, un anciano tomaba el sol. Le pregunté a Oviedo si era su padre.

—Mi abuelo —precisó, más negro que nunca, ojos saltones y corte militar—. Papá salió por cigarrillos hace veinte años.

Acostado e inmóvil, parecía feliz.

—Al abuelo lo atropelló un Renault 18 el año pasado. Desde entonces no se ha movido de esa silla. La pierna y dos costillas rotas. En una semana comienzo a dar guerra.

No le creí.

No podía creer que no tuviera el pecho agujereado.

Oviedo conservaba los tres casquillos en la mesita de noche. ¿No los necesitaban como pruebas? Oviedo el Oscuro y sus influencias: se daba mañas para todo.

Le pregunté por el cuento de que las balas le tenían miedo.

—Las putas, hermano, las putas —dijo—. Me fregaron la inmunidad. Dos años en el ejército, cuidándole el rabo al general Loniega, y ni un rasguño.

—Todo el mundo dice que tuviste suerte.

—Es cierto. La suerte del triple bruto.

Le pregunté por la mujer del policía.

—Marisol viene pero mamá no la deja entrar. ¿Sabes qué le dijo? «Le voy a echar la policía, señora».

Nos reímos.

—Sólo puedo reírme una vez al día —dijo Oviedo el Iluminado—. Me puedo descoser. ¿Sabes qué le respondió la condenada a mi mamá? «A la policía me la echo yo, señora».

Tosió. Me pidió que le alcanzara un vaso de agua.

Espanté un mal pensamiento: Oviedo en casa ajena y un marido celoso apuntando a la tos en la oscuridad.

—Como esa hembra, ninguna —dijo Oviedo—. La otra noche que se fue la luz estaba en casa de Marisol y tocaron a la puerta. Me tocó vestirme a toda y escapé por el solar. No te rías, marica. Llegué a casa vestido de policía.

¿Hablabas en serio? Me reí, en todo caso. Que la historia fuese cierta o no, carecía de importancia.

—Entre más putas, más las quiere uno —dijo Oviedo el Oscuro, fiel devoto de su perverso catecismo.

—Será en tu caso.

—En el tuyo también, Antonio Cáceres.

—Ya no sueño con Teresa.

—Pero la traes pintada en la cara.

—Ya se me borrará.

—Cuando te mueras.

—Entonces tendré algún alivio.

—Tal vez. Tal vez tus huesos todavía la recuerden. Tal vez te revuelques cuando vaya a llevarte flores. Las astromelias más baratas.

—Me levanta el ánimo conversar contigo.

—Para eso son los amigos —dijo el filosorráptor—. ¿Te comiste a Teresa?

—Una sola vez.

—¿Ahora?

—Una vez ahora y una vez antes.

—¿En su casa? ¿Qué dice la ciega?

—Nada. Teje hasta la madrugada. Me levanté a orinar y la vi tejiendo un suéter en la oscuridad. Casi me mata del susto. Sabía que la estaba viendo, pero no dijo nada. Sé que sabía que estaba desnudo.

—¿Cómo la viste en la oscuridad?

—Cuando encendí la luz del baño.

—Entonces la ciega hace suéteres. ¿Qué tal le quedan?

—No sé. No era hora de ver la mercancía.

—Serafina vino un par de veces. Mamá la mira feo, como si tuviera la culpa de los tiros.

—Alberta fue a despedirse anoche.

—¿Quién?

—Alberta Prado, la coja —dije—. Anoche me cogí a la coja.

—¿Te la habías cogido antes?

—No. Primera y última porque se va.

—Con razón parece que vienes del Triángulo de las Bermúdez. ¿La coja no va a dejar los malos pasos entonces?

—Dijo que sí.

—La dignidad cojea pero llega —sentenció el filosorráptor de alcantarilla—. ¿Para dónde se tira?

—No le pregunté para dónde piensa tirar. Tiene un hijo en Carcasí.

—Tierra de niñas bonitas.

—Nunca he ido. ¿De qué te ríes, oscurísimo desventurado?

—Tienes el síndrome de Bellalú: coges una vez y ya.

—No me jodas.

—La que viene seguido es Gloria Sábila.

—Gloria la Dulce. ¿Te sigue trayendo arequipe? ¿No era la única «gloria» que querías?

—Me tiene empalagado.

—¿Y la Pirañita?

—La mandó de paseo, al menos por un tiempo. No me dice nada pero sigue con los remordimientos, Antonio. Esa mujer nació con el corazón repartido. Las malas lenguas dicen que la Pirañita ya tenía sus ahorritos.

—¿Para llevársela a vivir? Imagínate el escándalo.

—En otras partes ni se nota. La Pirañita sueña con Cartagena de Indias, territorio de perdición.

—Entonces te quedas con Gloria Sábila.

—No lo sé. Y mientras lo averiguo, que padezca.

—Ni las balas te quitan lo miserable.

—Miserable no, aplomado.

Más risas y toses, más agua.

—Ya sabes el método para que una mujer se decida —dijo Oviedo, medio oscuro, medio iluminado—. Que te peguen tres tiros.

—Bonito método —dije, levantándome—. Me voy.

—Siéntate, Antonio, porque te vas a caer de culo con la noticia que te tengo.

Bebió dos sorbos largos, disfrutando el suspenso.

—El cabo Ardilla se envenenó.

Me senté, derribado por la noticia.

—Otra Gloria Sábila. Ay, perdón. ¿Cómo te enteras de todo?

—Tengo mis corresponsales —dijo Oviedo—. Te dije que el reyecito echó a la mujer y que luego fue a buscarla a La Guajira, ¿no? La mujer prefirió quedarse con el negro Fernández y mi cabo Ardilla volvió a Pamplona con el rabo entre las piernas. No pudo soportarlo. Cuando lo llevaron a la enfermería, ya estaba más muerto que vivo. Murió como una rata. ¿Te acuerdas que les temía como si fuera una niña?

—¿Por qué no se pegó un tiro?

—Eso mismo me pregunto. El veneno es para las mujeres.

—Qué muerte tan marica.

Un olor delicioso entró al cuarto.

—¿Qué es?

—Conejo —dijo Oviedo, y olisqueó con ansia—. Están asando conejo. ¿Te quedas a comer?

—Dime una cosita, sin ánimo de ofender. ¿Tu mamá está loca?

—Desde chiquita —dijo Oviedo—. Pero cocina bien.

Pasé a saludar a los viejos y revisé la comida de las cabras. Papá se veía mejor. Tomaba el sol y leía poesía en el patio. Fui solo al Café Estrella. Carmen, que se había pintado el pelo, se despedía de Perico con un beso en la mejilla.

—¿Qué hay de Renata, caballero? —preguntó Perico al salir, sin esperar respuesta.

Una morena rubia. Con semejante cuerpo, Carmen podía hacer lo que le diera la gana.

—¿Y Oviedo? —preguntó.

—Como un cielo.

—¿Parcialmente nublado?

—Los nubarrones son su adorno. Lo vi a mediodía, Carmencita. ¿Cuándo pasas?

—Por allá me echaron agua caliente. Saludos.

—Con gusto. ¿Y Daniel Montes?

—Ni más.

Me bebí la cerveza despacio. Al fondo, el estruendo de las bolas de billar. Celia Cruz cantaba *El Yerbatero*.

—Tengo un guardadito que me está quemando el alma —dijo Carmen, y arrojó un paquete sobre la mesa—. Las cartas que Renata le escribió a Daniel. Llévaselas, por favor. Alguien quiere hablarte.

—Con permiso, caballero —dijo un borracho gordo y colorado, de espesos bigotes—. Usted no me conoce. Soy Agustín Santos. ¿Puedo invitarlo a una cerveza?

Acepté la cerveza y paré la oreja.

Le faltaba un botón de la camisa, pero los espesos bigotes le quedaban bien. Encajaban con su barriga.

—¿Puedo sentarme, caballero?

—Por favor.

—Soy el hombre que se llevó a Teresa Barajas a Bogotá.

Tuve el impulso de levantarme.

—Espere, espere, no se vaya. Permítame decirle una cosa. Permítame decirle que quiero a Teresa. La quiero más que a la vida.

—No es a mí a quien debe decírselo.

Derramó la cerveza al tratar de llenar el vaso. Carmen acudió de inmediato y secó la mesa con el trapo rojo.

—Usted perdone —dijo Agustín Santos—. Estoy borracho pero sé lo que digo. Usted era su novio, ¿no es así?

—Por poco tiempo.

—Hace tiempo, sí —dijo Agustín Santos—. Me llevé a Teresa a Bogotá y fui el hombre más feliz del mundo. El más feliz y el más desgraciado. Qué mujer, y perdone que se lo diga. Uno se sacia, ¿sí me entiende? Uno se relame, se retuerce, bate la cola como un perro. Pero no supe hacerla feliz. Me quedó grande. Era como una yegua desbocada y le solté las riendas. Hizo amistades de un día para otro. Se la pasaba de fiesta en fiesta. Ningún hombre aguanta su trote, y menos a mis años. Usted no me lo está preguntando, Antonio, pero tengo cuarenta y dos y me estoy muriendo por Teresa.

Vi su dolor. Vi que lo estaba carcomiendo.

Bestias, pequeñas bestias, eso somos.

El dolor como pus, como un relleno. Lo demás es el pellejo que los otros ven.

—¿Ya se lo dijo?

—Ya lo sabe. Estoy dispuesto a reconocer al niño que espera, sea o no sea mi hijo. Si se quiere casar, nos casamos. Le compro una casa en Málaga o en Bogotá, donde ella quiera.

—¿Por qué me cuenta todas esas cosas?

—Quiero que usted hable con ella.

—No soy la persona indicada.

—Sé recompensar un favor.

—No estoy interesado.

El hombre me miró como al borde del llanto, luego clavó la frente en la mesa.

Me levanté sin acabar la bebida y salí del Café Estrella. Tuve ganas de vomitar. Qué vida tan puta.

—Antonio.

Me volteé y vi que Carmen se acercaba corriendo.

—Me debes una cerveza.

—Va por cuenta del hombre —dije.

—No, otra.

Saqué un billete del bolsillo.

—Espérate, voy por el cambio.

—No te preocupes.

Carmen sonrió y se fue corriendo.

Fui en taxi a Piedra Blanca y le entregué a Renata el paquete de cartas sin abrir. Me llevó hasta el puente de los faroles, rompió las cartas una tras otra y arrojó los pedacitos al río.

Papá ya estaba listo, bebiendo su primer café. El médico le había recomendado reposo absoluto por otro mes, pero papá se volvía loco sin trabajar. No le bastaban los libros gordos. Ni la poesía.

—Se le pegaron las cobijas al muchachito.

—Todavía es de noche, papá.

Bebí el café de afán, mamá nos bendijo y nos fuimos a la plaza de mercado.

—¿Qué pasa con mamá? Ni se rio del chiste del murciélago.

—Se nos va Candelaria. Anoche nos dijo que quiere estudiar medicina. Le vamos a dar el gusto, pero será duro para tu mamá. ¿Tú crees que vuelva? Se casa con otro médico y ni más.

—¿No dicen que los hijos son prestados?

—Una cosa es decirlo y otra padecerlo. Viví cagado del susto esos dos putos años que pasaste en el ejército. Por culpa tuya, Antonio, me volví rezandero y tengo pendiente un par de promesas.

Papá encendió el primer tabaco del día.

—No deberías fumar.

—Es el último.

—Me parece que es el primero.

—No es tan malo: espanta los zancudos.

Hombres de ruana y sombrero habían llegado con sus animales y sus cosechas. Papá y yo nos separamos para comprar cabras. De vez en cuando comprábamos un cerdo entre ambos. Los cerdos no eran mal negocio, pero mamá se fastidiaba y teníamos que venderlo lo más pronto posible. Mandamos a casa el primer lote de cabras con un muchacho de confianza, desayunamos en la misma plaza y volvimos al negocio.

—Espero que no sean problemas —dijo papá.

Busqué el objeto de su mirada: Teresa Barajas, más barrigona que nunca, del brazo de Agustín Santos, el chofer cornudo.

Ya no sentí nada. Sólo alivio. El dolor había pasado.

Papá se levantó el sombrero a manera de saludo y se mantuvo a prudente distancia, con la oreja parada, conversando de todo con una vendedora de huevos.

—Antonio, te presento a mi esposo.

—Ya conozco al caballero —dijo Agustín Santos.

—Ah, no sabía.

Nos dimos la mano.

Teresa Barajas me ofreció su mejilla.

Después del tibio beso, se me ocurrió decir:

—Felicidades.

—Aún no nos casamos pero ya es mi marido.

Se veían felices.

—Estás invitado —dijo el hombre, y se diría que los cachos no se le notaban.

Me correspondía dar las gracias.

—Gracias —dije.

¿No van a quererme de padrino?

—Nos estamos viendo —dijo Teresa, y se fueron.

—Dime una cosita —dijo papá—. ¿Tuviste algo que ver con esa barriga?

—Ni ella misma lo sabe, papá.

—Pobre hombre. Ya lo veo borracho y vomitado en una esquina.

—¿Compraste huevos?

—Estaba pendiente de los tuyos.

Alguien gritó en la calle que no le pegaran al perro.

—¿Oíste, Candela? Por ahí anda uno de mataperros.

—¿Entonces vas a dejarte el bigote? —dijo Candelaria—. Te queda bien.

Pero mi hermanita del alma no había venido a hablar de mi reciente bigote. Tampoco de perros o mataperros.

—¿Por qué no le dijiste nada a Renata? —dijo—. ¿Por qué no le dijiste en el hospital que volviera contigo?

Impulsé la hamaca con el pie.

Redondeaba una respuesta cuando Candela lanzó una pregunta fácil:

—¿Oviedo bien?

—Oviedo bien.

—Y del agente Escorbuto qué.

—Ni más.

—¿No quieres conversar, hermanito? Te veo de muerte lenta.

—Estoy como alguien que contempla el abismo. ¿Saltar o empezar de nuevo?

—Tú no te matarías.

—No soy de los que se matan, hermanita. No me tienta el abismo, pero me fascina contemplarlo.

—¿Por qué coños no le dijiste que volviera?

—¿Con esa boquita le das besos al bobo?

—¿Por qué no le dijiste?

—Pensé que me diría que no.

—Lo mismo pensó Renata. ¿Sabes qué le dijo al tal Daniel para que se fuera? Que estaba esperando un hijo tuyo. Si una mujer inventa tal cosa es porque se está muriendo de amor. Esa muchacha te adora, maldita sea. Ví cómo te abrazaba en el hospital. Como si te buscara las heridas.

—Las tengo por dentro.

—Pensó que estabas muerto. Nos cruzamos cuando iba a buscarla y me clavó las uñas de la angustia. Ese día, hermanito, a cualquier cosa te hubiera dicho que sí.

—Ese día.

—Todos los días, menso. ¿Por qué los hombres son tan imbéciles? Renata no va a negarte nada.

¿Estás enfadado por las cartas?

—No.

—¿Qué pretendía ese imbécil con las cartas?

—Un golpe de suerte.

—Se necesita más que un golpe de suerte para recuperar a una mujer. Ese tipo la llevó hasta el límite y se sobrepasó.

—¿Podrías cambiar de tema?

—Ah, se me olvidaba, te escribieron de Ocaña.

Candela sacó de uno de sus bolsillos una carta doblada y me la entregó.

—El flaco no me olvida.

—¿Es el mismo Abelardo Ramírez de quien tanto hablas?

—El mismo.

Rompí el sobre y leí.

—El hombre está bien, con novia y trabajo. Con ganas de casarse. Te manda saludos.

—Gracias, pero no me conoce.

—Le hablaba de ti. Me decía «cuñado».

—Pero se va a casar.

—Tú también.

—Yo no. ¿Estás loco?

—¿Cómo que no?

—No tengo vocación de sirvienta.

—Mamá hasta le amarra los cordones al viejo. Es una esclava feliz.

—Con un hombre así, con un amor así, quién no es feliz, Antonio. Pero don José y doña Ceci son la excepción en un mundo lleno de hombres y mujeres solos. Se van de luna de miel en noviembre.

—¿Cartagena?

—Cartagena de Indias. Doña Ceci no conoce la ciudad amurallada y, según dijo, no quiere estirar la pata sin mojarse el culo en el mar. Papá ya se dejó convencer y anda como marrano estrenando lazo.

—Van a volver negros de la dicha.

—¿Te imaginas a mamá con trencitas y un vaso de ron en la playa?

—¿Entonces qué haces con ese bobo?

—¿Qué? Estaba tirada en la playa y me despiertas con semejante pregunta. Ay, Antonio, ojalá mamá no se nos muera antes porque papá no sería capaz de vivir sin ella un solo día.

—Los hombres nos morimos primero.

—La naturaleza es sabia.

—Aléjate, animal, que me salpica tu veneno. En serio, dime. ¿Qué haces con ese bobo?

—Pero qué preguntadera.

—Contesta.

—Un entretenimiento. ¿Y quién te contó? La chismosa de Oviedo.

—Filosorráptor, señorita.

—De alcantarilla, caballero.

—Filósofo de la oscuridad.

—Pero cómo lo defiendes. Antes ni siquiera eran amigos.

—Antes me caía mal. Pero sigue con el cuento, señorita.

—Recién empezamos y ya le dije que no le convengo. No hay mucho que contar. La otra noche me traje serenata, pero no me asomé a la ventana. Le aconsejé que se fuera buscando otra.

—Pero qué amor —dije.

—Le gusta Renata. Le advertí que ya tenía dueño. Fui al cine con tu mujercita. Una araña se descolgaba desde el techo.

—¿Desde cuándo se hicieron tan comadres?

—Todo el mundo se muere por Renata. Papá, mamá, doña Jerónima. Mamá y doña Jerónima también andan de comadres, van a misa de seis juntas. ¿Me estás oyendo, inútil?

—Te estoy oyendo.

—La dulce Renata está leyendo biografías y papá anda todo feliz porque al fin tiene con quien hablar de Carlomagno, Julio César, Cristóbal Colón y otros.

—Todos difuntos.

—En vez de rajarse del prójimo. ¿No es una maravilla? Y tu mujercita tiene a don José del Carmen leyendo poesía.

—Ya me di cuenta. Y ahora tú tienes una hermanita.

—Te voy a contar una cosa. Renata se fue descalza a ver a la Virgen para que te ayude a olvidar a esa mujer. Hasta San José de Miranda, ¿te imaginas? Ojalá le hubieras visto los pies cuando volvió. ¿Sabes qué dijo mamá?

—Qué —dije—. Adivino no soy.

—«Este hijo mío no merece tanto».

—No me digas.

—Eso dijo doña Cecilia Oreja.

¿Qué haría con la araña? Su destino dependía de mi decisión.

—Conque eso dijo. ¿Y tú qué dices?

—Gracias a Dios no eres mi hijo.

—El Club de las Santas Mujeres.

—Me voy, Antonio.

—¿Tan pronto? Espera y hacemos café.

—Voy a ingresar a la universidad el año entrante.

—Ya lo sabía. Bogotá, ¿cierto?

—Bogotá. O Medellín. No, Bogotá. Mamá está hecha una lágrima, pero ya se le pasará.

—Otra que coge para Bogotá.

—Pero no a coger.

—No como Teresa Barajas. Ella haciendo y deshaciendo y nunca me escribiste ni nada, y cuando volví de Pamplona ni siquiera me dijiste que se había ido con un chofer.

—Ya te lo dirían.

—Hice el ridículo mientras tanto.

—¿No te lo dijo su madre?

—Esa pobre ciega vive en otro mundo.

—¿Quién te lo dijo al fin?

—Le pregunté a medio mundo hasta que Oviedo tuvo los pantalones de contarme la verdad.

—¿Teresa todavía te duele?

—Hay días en que no, pero me va a doler toda la vida, hermanita.

—Que eso no me pase a mí, y menos con alguien así, mierda.

—Esas palabras no son dignas de una dama. Y a propósito, si te vas, ¿qué vas a hacer con el noviecito?

—Qué otra cosa: olvidarlo. ¿Qué otra cosa se hace con los entretenimientos? ¿No me estás escuchando? Nunca le prometí nada.

Me acordé de la línea de una canción: *Nunca te prometí un jardín de rosas*. Traté de cantarla. No me salió la música.

—¿Supiste que el chofer habló conmigo?

—Lo supe. Qué descaró. ¿Qué quería Agustín Santos?

—Que intercediera por él ante Teresa.

—Y tuviste éxito: van a casarse. ¿Cómo te parece, hermanito? La señorita Teresa entra a la familia de los Santos. Como quien dice, ya llegó al cielo.

—No intercedí.

—Van a armar tremenda fiesta. ¿Me llevas?

—Uno no va a la boda cuando la novia se casa con otro.

—¿No te pidieron que fueras el padrino?

—Se vería raro, ¿no?

—Dime que no lo pensaste.

—Lo pensé.

—Te digo, hermanito, Agustín Santos va a echar la casa por la ventana. Va a contratar una orquesta de Bogotá y se habla de quinientos invitados. Se amarran por la iglesia, ¿no? Lástima. Ese matrimonio va a durar menos que un merengue en la puerta de una escuela.

—¿Por qué lo dices?

—¿Tú crees que Teresa lo quiere? Cualquiera día vas a verlo dormido en la mesa de un bar. Esa mujer no quiere a nadie. Ni al Juan. Ni a ti. Ni al chofer. Ni a los otros.

—Pero la quieren todos.

—No siempre va a estar así de buena.

—Ojalá le dure.

—Mierda, hermanito, cómo te duele decirlo.

—Hasta las pelotas.

—No tienes que ser tan explícito.

—Discúlpame. Su fantasma va y vuelve.

—Esa herida se encontró.

—Según Oviedo, tengo a esa mujer hasta en los huesos.

—Hizo metástasis.

—Hasta el polvo de mis huesos recordará su perfume. No sentí nada el otro día que la vi en el mercado con el chofer, pero esa noche no pude dormir. Amanecí dándole puñetazos a la puta almohada.

—La puta no es la almohada.

—Animal rastrero.

—Mierda, mierda, mierda. ¿No vas a terminar en La Cosa de Juan?

—No.

—El Juan de Jesús me gustaba.

—No me di cuenta.

—Nadie se dio cuenta. Ni el mismo Juan de Jesús de los Palotes.

—Canta tan mal el Juan de Jesús de las Pelotas. Una noche nos entramos al cementerio y despertó a los difuntos con la primera canción.

—No lo quería precisamente para que me diera serenatas.

—El Juan de Jesús no toca la guitarra, hermanita, la aporrea.

—Imagino que sabes que se juntó con el Duende y está aporreando cristianos en el páramo. Me gustaba ese idiota, pero tenía malas mañas. Botó la baba por Teresa y luego se encaprichó con la menor de las Bermúdez, la Pirañita, y no siempre tenía para pagarle los servicios. No me iba a conformar con las sobras. El Juan de Jesús se encerró a fumar marihuana en La Cosa de Juan hasta que le dio la ventolera de irse al monte a buscar lo que no se le había perdido. Doña Pilar anda como loca.

—Va a terminar apedreando las ventanas.

—La pobre se pone peor con la luna llena.

—¿Sabes quién se conforma con sobras de Pirañita?

—Oviedo.

—¿Cómo sabes?

—Todo el mundo lo sabe. La Gloria Sábila se envenenó el otro día por la Pirañita.

—Lo sé, pero ahora Oviedo la tiene juiciosa.

—Ahora la Pirañita está que se envenena. ¿Y el café?

—Sí, gracias, hermanita, con azúcar.

Candela sonrió y fue a la cocina. La araña y yo nos quedamos solos. Pude releer la carta o averiguar algo más de la vida de Pedro el Grande, pero elegí no perturbar la perfección del momento.

—¿Y Renata al fin qué? —gritó Candela.

—Qué de qué.

—No te hagas, hermanito. No puedes dejar esperando toda la vida a una mujer.

—Lo sé.

—A doña Cecilia Oreja ya le están haciendo falta los nietos.

—Otra vez la burra al trigo.

—Y mucho más ahora que la niña de la casa se larga para otras tierras.

Candela volvió con los pocillos humeantes. Bella mi hermana. Nos íbamos a querer toda la vida. Además, hacía el café casi tan bien como mamá.

—Te ves tan horrible de perdonavidas.

Qué delicia. Café, mujeres y cabras.

—¿Cómo así, hermanita?

—¿Te vas a pasar toda la vida en esa hamaca?

—No, haré excursiones para mear.

—Ya no te ves como un soldado y hasta me gusta que no vayas al peluquero. Te luce el bigote, en serio. Ya no piensas como el pinche soldado Cáceres Oreja. Qué pena decírtelo, Antonio, te habías vuelto un pendejo con el puto cuento de servirle a la patria. ¿Cuándo le sirven a la patria los hijos de los doctores? Te morirías de la vergüenza si leyeras las cartas que me escribías. Me hablaste sin ningún pesar de un viejo y de su pobre hijo muerto.

—En el ejército no te dejan pensar, hermanita, te ordenan qué pensar.

—Ya pasó y nunca más. El aire malagueño te hizo provecho. No puede decirse lo mismo del filosorráptor.

—Ya se le quitará la pendejada.

—Lo que ahora te digo es que no eres el rey del mundo.

¿No era otra canción?

—¿Entiendes lo que quiero decirte, Antonio?

—No tengo nada que perdonar. Pero tampoco sé si al contrario.

—¿Vas a dejar pasar a la mujer de tu vida?

Una mujer gritó en la calle: «Efraín, ven acá».

—Estoy pensando en irme.

—En vez de *Pedro el Grande*, deberías estar leyendo *Antonio el Miserable*. ¿Para dónde piensas largarte?

Decidí que la araña siguiera con vida.

Volví a empujar la hamaca con la punta del pie.

—Todavía no lo sé.

—Piénsalo bien entonces.

¿A dónde?

¿A dónde iría con mis apaleados huesos?

¿Señalaría a ciegas un punto en el mapa?

Todavía lo estaba pensando cuando apareció Renata.

Lo pensaba apenas. No preparaba equipaje ni me despedía de nadie. No entregaba la casa. Había ido después de mediodía a Piedra Blanca con un vago propósito, pero no encontré a Renata.

—Una mujer vino a buscarla —dijo la abuela.

—¿Embarazada?

—Bastante.

No había ido para despedirme de Renata, puesto que aún ignoraba mi destino, sino para provocar una reacción, un susto, algo que la decidiera a volver a mis brazos.

El susto fue mío. Un toro me obligó a esconderme de un salto en la tienda de Pascual. Oí los gritos pero no pensé que tuviesen que ver conmigo. Como si soñara y los gritos sucedieran en una calle de la realidad. Entonces vi que la gente me hacía señas y me examiné desde la camisa hasta los zapatos. Luego vi al toro sin dueño a mis espaldas, sus cuernos larguísimos y afilados, la baba espumosa, y de un salto alcancé la puerta. Pascual se retorció de risa. Entonces contemplé la algarabía, los canastos derribados, las naranjas que rodaban. Un hombre descalzo y sin camisa perseguía al animal para enlazarlo. La gente se escondía con los pelos de punta, las mujeres gritaban y los niños lloraban. El hombre arrojó el lazo a los cuernos y falló. El animal dobló la esquina. El hombre corrió mientras recogía el lazo. La plaza había quedado vacía como por encanto. Sólo una mujer, despeinada y mal vestida, gritaba más allá de los canastos. Pedí un café. Desde la mesa, vi al hombre que halaba el lazo, luego vi al toro y los hombres que puyaban sus ancas con palos.

—El susto te blanqueó hasta el bigote —bromeó Pascual.

—¿Qué tal me queda?

—Pareces hombre.

—No te imaginas el esfuerzo.

—Qué peligro con esos animales sueltos. Menos mal que no pasó nada. ¿No fue en Pamplona donde hubo todos esos muertos?

—¿Qué dice?

—En Pamplona, Antonio. ¿No supiste?

—Estuve ahí.

—¿Y viste todos esos toros?

—No vi ninguno.

—Pero no fue un invento: salió en el periódico.

—No fue un invento.

Señalé a la mujer que seguía gritando en la plaza.

—¿Qué dice? ¿Qué está diciendo?

—Ah, la mamá del Juan. Pobre. La luna llena la pone así.

—¿Ya está tirando piedra?

—La encerrarán cuando empiece a empelotarse.

—Pobre doña Pilar. No la reconocí. Está en los huesos.

—Se cree la novia del Duende. Mira cómo se estruja la animaleja. El Juan va a venir por ella.

—¿Para ofrecérsela al Duende?

—Y que el hombre le acomode su duendecito. No, qué va. La va a llevar a una clínica de Sacramento.

—¿Cómo lo sabes? Del Juan no se sabe nada. Ni siquiera se sabe si está vivo.

—Duende malparido. Todas caen. Las enamora y las preña y ni más. ¿Dónde las guarda? Ninguna lo ha traicionado hasta el momento y el páramo sigue llenándose de duendecitos de ojos azules.

—Mujeres, suerte de unos, desgracia de otros.

—Así es —dijo Pascual, señalando los tres agujeros del techo.

Pascual Tres Tiros.

La mujer se regaba manotadas de polvo.

—Le estoy haciendo una recomendación a todo mundo. Si sabes de una niña que me ayude a atender el negocio, me la mandas, no se te olvide.

—¿Y la Pecososa?

—Me la preñaron y se fue.

—Pero no fue el Duende.

—Hay una preñadera tan impresionante que hasta a uno le da miedo salir a la calle. ¿Sabes quién me caería de perlas? Carmen, la amiga de Oviedo, pero está feliz en el Café Estrella.

—Va a terminar de dueña.

—No me extrañaría. El viejo Jacobo no tiene herederos.

—Lo vi en silla de ruedas la última vez. El pobre acezaba como un perro. Por el bar ni se aparece.

—Así es cuando a uno no le quedan alientos ni ganas. Te digo una cosa, Antonio, uno es hasta que el cuerpo aguanta. Ah, dile a tu amigo Oviedo que el agente Escorbuto cambió de uniforme.

—¿Cómo así?

—De negro hasta los pies vestido, se dedica a asaltar cristianos en el páramo.

—Ver para creer —dije—. Con el Duende, por supuesto.

—¿Con quién más?

—Mierda. Sólo cambió de uniforme, porque rata ya era.

Oí gritos y me alisté para ver pasar un toro sin dueño. Pero no.

—Un ladrón —dijo Pascual, y la gente se amontonó en la puerta—. Ya lo cogieron.

—Ave María Purísima —dijo una mujer, persignándose y dando codazos para disfrutar del espectáculo en primera fila.

—Sin pecado concebida —dijo otra.

Perezoso, me conformé con los informes de Pascual, que gritó por encima de otras cabezas:

—Un raterito. Allá lo lleva la policía dándole palo. Ay, le dieron en la cabeza. Va escurriendo sangre. Un animalito asustado. Pero qué bestias.

En el cielorraso de madera, tres agujeros de bala: baladronadas de borracho, según la leyenda. La cosa se puso intensa con una apuesta estúpida y Pascual descargó al aire el viejo revólver. Pascual Tres Tiros, así se quedó, aunque tal vez lo ignoraba. Antes Pascual era muy loco. Se le olvidó que su mujer dormía en el segundo piso y uno de los tiros le hirió una mano. Desde entonces la mujer se fue a dormir con otro.

La gente regresó a las mesas.

Había boleo. Sudaba como un caballo el pobre Pascual. Recogía los pocillos, limpiaba las mesas con el trapo rojo, conversaba con uno y otro, atendía nuevos pedidos. Se demoró con el café pero valió la pena. Absoluta delicia. Observando de reojo a Pascual, flaco y con los pantalones escurridos, pensé que un café así retendría a cualquier mujer. Pero no sólo de café vive la hembra.

Un hombre dormía en una de las mesas del fondo, la cabeza sobre los brazos cruzados, los zapatos untados de barro, la mesa repleta de botellas vacías.

—Oye, Pascual, ¿no piensas ponerle nombre al negocio algún día?

—Este no es un bar. Ni una tienda.

—Donde Pascual, decimos todos.

—Tres Tiros —dijo Pascual—. ¿Qué te parece?

Solté la risa.

—¿Crees que no sé cómo me llaman? El otro día vino un niño a comprar algo. «Señor don Tres Tiros», me dijo.

Una mujer algo despistada entró y se acercó a la mesa.

—¿Eres Ángel?

—No.

Salió corriendo.

—Otra loca —dije.

—¿Qué te preguntó? —gritó Pascual desde una mesa lejana.

—Que si soy un ángel.

—No es para tanto.

Pagué. Por un momento me distrajo una nube de polvo. Al voltear la esquina, recuperé el hilo de mis pensamientos: Renata.

Tres perros sin dueño despedazaban un zapato como si fuese un trozo de carne.

Pasé a ver las cabras y encontré a mamá con dolor de cabeza. Le traje Buscapina de la farmacia de don Sixto. «Pero no me duele la barriga», dijo. Volví a la farmacia y compré acetaminofén, procurando que no se me quebrara el hilo. Don Sixto hizo un chiste que no entendí.

—Todo va a estar bien —dijo mamá, y me abrazó.

El mismo hilo me llevó a casa.

Me estaba muriendo por Renata y no me atrevía a reconocerlo, tigre enjaulado, cuando advertí que tocaban desde hacía rato y abrí.

—Págale a Perico, please, que no tengo sencillo —dijo Renata.

Así lo hice.

—Suerte, caballero —dijo el taxista.

—Hablé con la Teresa —dijo Renata—. Ese hijo no es tuyo ni del Espíritu Santo. ¿Vas a ayudarme con la maleta?

Todavía desconcertado, arrastré la maleta de cuero hasta la sala.

—Y la caja.

—¿Qué santo le hizo el milagro? —dije—. ¿Agustín?

—Te vas a quedar con las ganas de saberlo.

Entré una caja de cartón llena de agujeros.

—¿Qué santo? —insistí.

—No me lo dijo.

—¿Qué traes? —pregunté—. ¿Ratones?

—Abre, señor gato.

Abrí la caja: eran dos conejos grandes y cinco pequeños.

—Mis hijos —dijo Renata.

Monte dentro, 1976

Cuatro vientos, 2018



«Bestias, pequeñas bestias, eso somos. El dolor como pus, como un relleno. Lo demás es el pellejo que los otros ven».

¿Qué hay después del amor? ¿Qué sucede en ese territorio de ausencia, desolación y espera? Renata, Daniel y Antonio, protagonistas de esta novela intensa, atormentados por sus propios delirios y fantasmas, acosados por los dioses del deseo y la muerte, buscan una segunda oportunidad.

Con un tono de alto vuelo poético y una sólida estructura dramática, el autor ha conseguido construir un universo de imágenes preciosas, y a veces profundamente dolorosas. Un mundo íntimo y apasionado, un bestiario de amor explorado con un lenguaje filoso como una navaja, cauteloso como un animal salvaje en la oscuridad.

«Triunfo Arciniegas pone en escena la eterna disputa entre el deseo y la posibilidad del amor con un lenguaje cuya belleza le hace contrapunto a su descarnada exploración de la naturaleza humana. Los escenarios son Pamplona y Málaga, y los protagonistas —conscriptos a punto de terminar su servicio, y las mujeres que entran y salen de sus vidas— intentan encontrar su lugar en un mundo dominado por la irrelevancia de la muerte.

Dulce animal de compañía es una novela que revela a cada paso los años que el autor ha dedicado al oficio».

MARGARITA VALENCIA



TRIUNFO ARCINIEGAS

Nació en Málaga, Santander. Magíster en Literatura (Pontificia Universidad Javeriana) y especialista en Traducción (Universidad de Pamplona). Obtuvo el VII Premio Enka de Literatura Infantil en 1989 con *Las batallas de Rosalino*, el Premio Comfamiliar del Atlántico en 1991 con *Caperucita Roja y otras historias perversas*, el Premio Nacional de Literatura de Colcultura en 1993 con *La muchacha de Transilvania*, el Premio Nacional de Dramaturgia para la niñez en 1998 con *Torcuato es un león viejo*, el Premio de Literatura Infantil Parker en 2003 con *La negra y el diablo* y el Premio Nacional de Cuento Jorge Gaitán Durán en 2007 con *Mujeres muertas de amor*. Su libro *El niño gato* fue seleccionado dentro de la lista White Ravens en 2014, por *Letras robadas* recibió el Premio Fundación Cuatro Gatos 2014 e hizo parte de la lista de honor IBBY 2016, y *El perfume del viento* recibió el premio de la Fundación Cuatro Gatos en 2019. Su obra completa ha sido recomendada por el Banco del libro de Venezuela y en 2018 estuvo nominado al Premio Hans Christian Andersen.

Foto: © Triunfo Arciniegas

Título: *Dulce animal de compañía*

Primera edición en Alfaguara: marzo de 2019

© 2019, Triunfo Arciniegas

© 2019, de la presente edición en castellano para todo el mundo:

Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. S.

Cra 5A No 34A-09, Bogotá – Colombia.

PBX: (57-1) 743-0700

www.megustaleer.com.co

Diseño de cubierta: © Penguin Random House Grupo Editorial/ Patricia Martínez Linares

Imagen modificada de cubierta: © Getty Images / Jena Ardell

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

ISBN 978-958-5496-43-9

Conversión a formato digital: Libresque

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Índice

Dulce animal de compañía

Dedicatoria

Epígrafe

Primera parte. Tres noches

Uno: Renata

Dos: Mi cabo Ardilla

Tres: El viejo

Segunda parte. Fantasma

Cuatro: Antonio

Cinco: Daniel

Seis: Teresa

Sobre este libro

Sobre el autor

Créditos